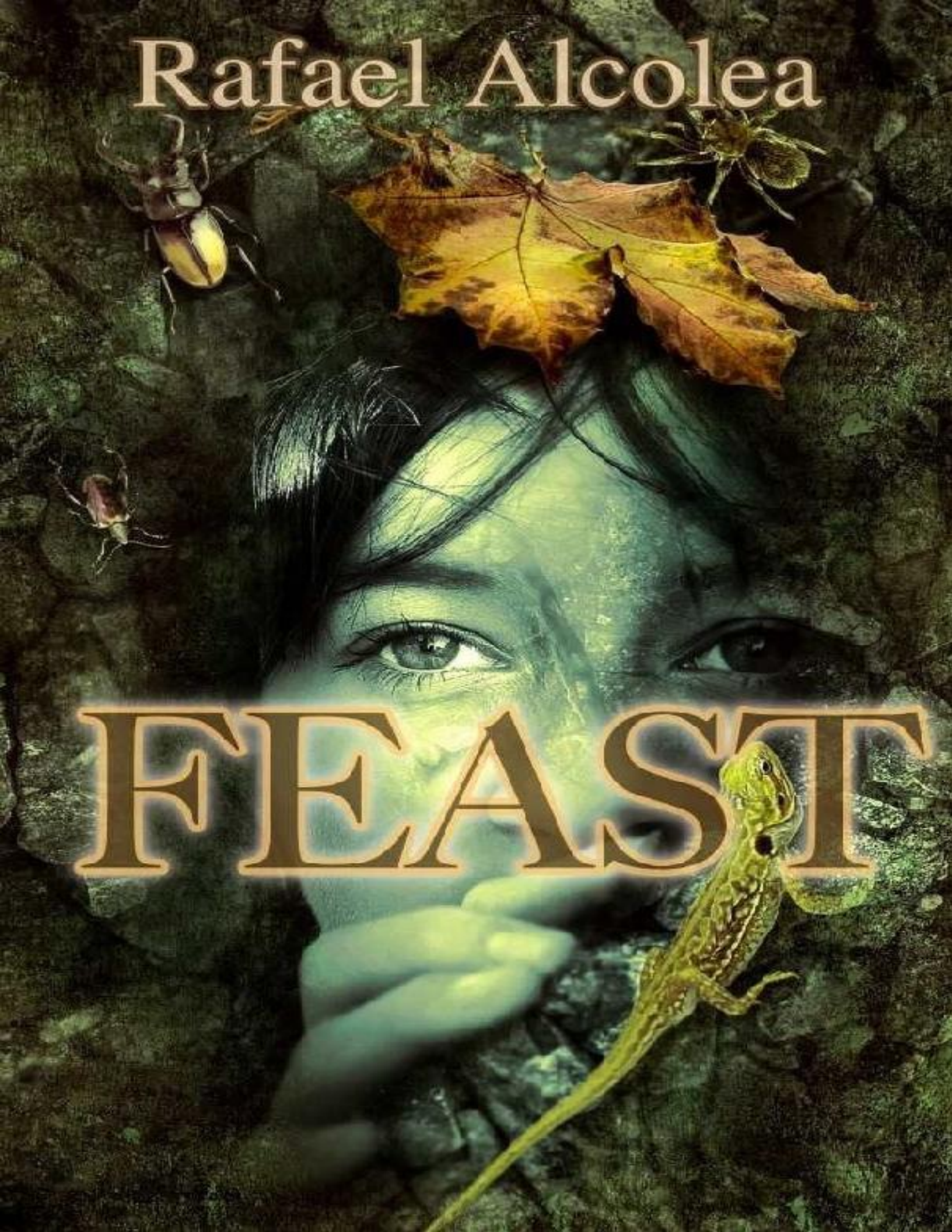


Rafael Alcolea

FEAST

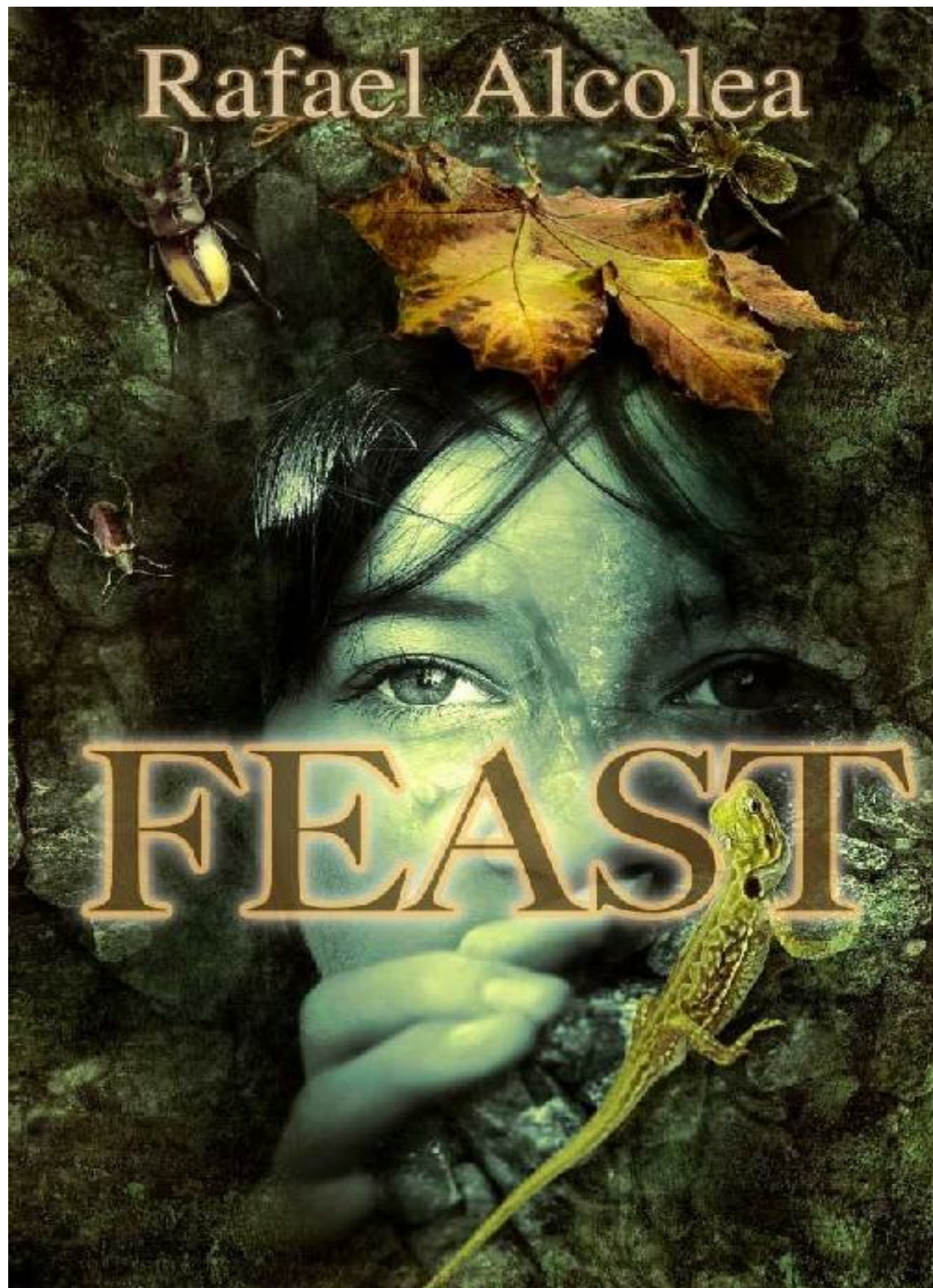


RAFAEL ALCOLEA HAROLD

FEAST
el juego

Rafael Alcolea

FLEAST



FEAST, El Juego.

Diseño de portada: Dpto. de diseño Gráfico RAR.

©Rafael Alcolea, 2019.

Obra y derechos de autor registrados a través de SAFE CREATIVE.



Todos los personajes y acontecimientos de este libro son ficticios y cualquier parecido con personajes reales, vivos o fallecidos es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este libro puede ser reproducida, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético, fotocopia, digital, internet o cualquier otro sin la autorización previa y por escrito de RAFAEL ALCOLEA, titular de los derechos de propiedad intelectual ; su contenido está protegido por la ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujesen o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1 · Mara

2 · Encuentro

3 · Festante

4 · Descubrimiento

5 · Compañía

6 · Las Pruebas

7 · Destino

8 · Comienzo

9 · Juego Sucio

10 · Sobrevive

11 · Reencuentros

12 · Miedo

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Correr por tu vida... ¡Qué fácil es decirlo! Nadie sabe lo que es hasta que pierde la razón al sentir el dolor de sus pies en carne viva y, aun así, tensar todos los músculos de sus piernas para escapar de una muerte segura. La adrenalina galopa por tu cuerpo aislándote del dolor y cualquier realidad que no sea escapar, correr, ponerte a salvo. Sabes que, si te detienes llegará el fin, así de simple. Notas que la muerte te roza por la espalda y no puedes hacer nada para evitarlo. En el último momento te rindes, no puedes más, decides enfrentarte con aquello que te persigue, piensas que podrás hacerle frente, pero entonces ya es muy tarde: un despiadado asesino que apenas te deja tiempo para vislumbrar su rostro va a terminar con tu vida. No puedes con él, simplemente no estáis al mismo nivel. Sientes el primer lancetazo sobre tu costado, el dolor te hace imposible respirar, después otro y otro más profundo que hace que la vista se te nuble y caigas al suelo, ya bocarriba, mirándole a los ojos, suplicando clemencia. Una vez allí, a su merced, escuchas como se agacha hasta que su aliento se entremezcla con tus heridas y empieza a succionar tu sangre con frenética avidez. Su virulenta saliva se mezcla con tu torrente sanguíneo que, lejos de calmarte y anestesiararte para dejarte marchar en paz, actúa como un ácido corrosivo que achicharra tus entrañas, abrasándote por dentro, como si mil quemaduras explotasen en tu interior a la vez, abrasándote por doquier. Entonces todo se apaga y descansas por primera vez desde que viniste a este maldito mundo de condenados en el que se ha convertido la Tierra.

Despertó en medio de un charco de sudor. Otra vez aquella maldita pesadilla. La culpa era de su padre por contarle esas horripilantes historias de vampiros y la odiosa Noche de la Libertad, el *Festum*. Desde que era niña, le habían descrito cómo su madre y él habían conseguido escapar de esos monstruos y cómo los habían abandonado en aquella isla como premio tras ganar su libertad. Allí estaban a salvo, o al menos así lo creían.

Aún desconocía el sufrimiento que le aguardaba, ni imaginaba que el mundo perfecto y tranquilo de aquella isla era una ilusión, un espejismo en mitad del infierno para los miles de seres humanos que todavía vagaban por la tierra, desesperanzados, condenados, deshumanizados. Desde que era niña

había ignorado la cruenta realidad que los rodeaba, jamás tuvo la percepción de estar en peligro hasta que su padre comenzó a contarle lo que era el mundo real o lo que había quedado de él: no había escuelas, no quedaban parques infantiles y no había niños para jugar en ellos. No existía nada de aquella apacible normalidad que tanto gustaba a los humanos. Todo lo que le mostraban en aquellos antiguos libros de texto había desaparecido. La tierra había quedado yerma tras la gran guerra entre esas desconocidas criaturas llamadas vampiros y los humanos. Todo el planeta había sucumbido en pocos meses. Casi acabaron con el ser humano, los asesinaron y diezmaron hasta que cayeron en la cuenta de que tenían que seguir alimentándose de alguna manera. Entonces reservaron unos pocos de miles. Al principio, esas gentes se consideraron afortunados por haber salvado la vida, pero hoy sabían que hubiera sido mejor morir en aquellas guerras. Al menos, allí la muerte hubiera sido digna y rápida.

Los científicos de todo el mundo siempre pensaron que un meteorito extinguiría al ser humano, al igual que pasó con los dinosaurios, o que un virus o una enfermedad incontrolable, tipo Ébola, arrasaría la especie, incluso había quienes imaginaban un final apocalíptico con zombis, pero lo que nadie podía imaginar era que habíamos sido estudiados y observados por otra especie superior a nosotros y que, cansada de nuestros aires ufanos, había decidido demostrar quiénes gobernaban la Tierra en realidad.

Esta es la historia de lo que ocurrió con el ser humano. Los hombres desaparecieron casi por completo tras la devastadora guerra de 2030. Hoy día solo quedan algunos reductos con seres humanos, en tres grandes islas, donde somos alimentados, nos reproducen para ser sacrificados como alimento para un mundo infestado por sanguinarios vampiros, cuya voracidad parece no saciarse nunca.

Los humanos son criados hasta que alcanzan la mayoría de edad. Cuando cumplen los 18 años son enviados a criar más humanos o son sacrificados extrayendo su sangre hasta que los exangües cadáveres son retirados y sustituidos por otros nuevos. Solo existe una ínfima élite de elegidos que, por sus cualidades físicas o psicológicas, son liberados en una de las islas, una noche al año, para participar en su diversión favorita: El *Festum* o “La noche de la libertad” como llaman a la retransmisión de una especie de cacería de

humanos, realizada por vampiros, en la que una treintena de personas son perseguidas como reses escapadas del matadero.

El macabro juego es una trampa mortal para los humanos que participan en ella. Aquellos que sobreviven conservan la vida y son enviados a un entorno controlado, donde se les sigue espiando. Esa es su máxima aspiración en la vida, sobrevivir al *Festum*. Aunque saben que el grupo de elegidos es minúsculo, cabe una posibilidad entre diez mil de poder sobrevivir a una muerte segura y angustiosa, y si esa noche mueres, al menos sabes que el sufrimiento no pasará de esa cacería nocturna. Desde un principio, la descendencia de los supervivientes del *Festum* había sido exculpada de igual manera, y permanecía viviendo en la isla menor con los progenitores. Hasta ahora.

Para los últimos miles de humanos que conformaban la especie, esa era la luz al final del túnel, la única enrevesada forma de sobrevivir: participando en esa cacería nocturna anual. Solo podrían salvar la vida si corrían hasta su último aliento y lograban huir de esas criaturas nocturnas, o si lograban matar a los vampiros que los cazaban.

Los treinta participantes, los *festantes*, conocían la única regla: mantenerse vivo hasta el amanecer.

Ser elegido para participar en ese macabro juego era todo un acontecimiento en las vidas de los pobres humanos, una vía de escape de ese infectado mundo al que les habían condenado los vampiros, la única fórmula de despojarse de esa heredada y humillante condición de ser meros trozos de carne para satisfacer el apetito de los vampiros.

1 · Mara

La fuerte lluvia caía sobre su cabeza, la azotaba. No podía pensar, dormir, siquiera respirar. Ya casi no recordaba lo que era ser una persona, o aquellos años felices junto a sus padres en aquella isla, aquello se había esfumado; recordaba lo feliz e ingenua que había sido, aislada de todo, incluso de la cruda realidad que día a día debía soportar el resto de la gente. Su isla, el último reducto de humanidad libre, era una pequeña sociedad formada por menos de cien personas que vivían como lo hicieron los primeros seres humanos, felices en su cotidianidad a pesar de saberse observados y estar confinados en una tierra lejos de un mundo infestado de vampiros sanguinarios que habían dominado y controlado la tierra desde la última gran guerra.

Las siniestras criaturas, cansadas de aguardar en las tinieblas, de ver cómo otros seres más irresponsables y efímeros controlaban el planeta, desplegaron sus fuerzas y todo su poder en forma de un poderoso y despiadado ejército de aniquiladores vampiros que fue destruyendo al ser humano, poco a poco, como un malévolo cáncer, que iba alimentándose de los cuerpos caídos de las gentes de ciudades enteras y, más tarde, fueron los países los que acabaron desapareciendo.

Ni siquiera las armas nucleares pudieron frenar esa plaga apocalíptica. Nada los detuvo. La luz del sol les hizo daño al principio, el día se convirtió en el único respiro que daban a los humanos. Esto fue hasta que también aprendieron a usar carros de combate y vehículos con protección en sus ventanas para poder atacar incluso de día, a la luz del sol. Ahora se habían convertido en la nueva especie dominante del planeta, la evolución continuaba con ellos, pero un nuevo reto se presentaba ante los vampiros: demostrar si eran dignos de dominar la tierra como había hecho el ser humano durante miles de años, o constatar que eran una simple malformación genética condenada a la extinción. Por primera vez, una especie había plantado cara e incluso había vencido a los humanos, aunque estaba claro que los necesitaban. Los hombres eran un mal necesario: necesitaban alimentarse de ellos.

Por entonces, el ser humano casi se había extinguido. Se dieron cuenta tarde, pero supieron perdonar la vida a unos miles de ejemplares humanos,

con el único propósito de seguir alimentándose de ellos. Muchos de aquellos pobres infelices, nacidos en las nuevas generaciones de humanos, habían crecido con la carencia de sentirse libres, y asumían que la libertad era una recompensa solo al alcance de aquellos que participaban en el *Festum*. Los humanos eran controlados hasta la saciedad, maltratados, torturados y asesinados sin motivo alguno. Por esto, algunos de los más antiguos pedían clemencia a sus dioses suplicándoles que, en algún escondite, en algún lugar recóndito del mundo, un grupo de humanos pudiese hacerse fuerte y llegase a plantarles cara, una especie de rebelión de los humanos que los liberase de su agónica existencia. Pero eso nunca llegó.

Los humanos que habían sobrevivido al exterminio y que eran usados para fines alimenticios se encontraban hacinados en una gran isla perdida en el pacífico, llamada Isla Muerte. Allí eran tratados como comida, ganado dispuesto para el matadero, se les transportaba en estrechas jaulas, medio drogados, y no importaba el estado mental de sus cerebros, solo les interesaba su sangre.

Los vampiros se divertían haciéndoles sufrir, tratándolos como simples trozos de carne, comida o mascotas a las que maltratar, en un modo parecido en el que los humanos habían tratado a los pollos, cerdos, vacas y demás animales de los que se habían alimentado en el pasado. Les gustaba recordárselo: solo eran alimento, los trataban de ese modo para que se despojasen de cualquier resquicio de humanidad que les pudiese permitir volver a pensar de manera autónoma y conseguir sublevarse. No obstante, de vez en cuando, los vampiros debían frenar levantamientos de algún grupo de humanos desarmados, que no tenían nada que hacer contra esas colosales máquinas depredadoras, capaces de partir a un hombre en dos pedazos con la fuerza de sus brazos.

Desde muy jóvenes, sabían que podían llevar a cabo dos tipos diferentes de ocupaciones en aquellas grandes despensas de humanos. Al cumplir la mayoría de edad, el año que más temían desde la guardería y la escuela, podían ser destinados a proporcionar alimento, encerrados durante unas pocas semanas en alguna de esas horripilantes “ordeñadoras”. Eso significaba pasar el resto de sus vidas allí, a lo sumo 21 días, desangrándose y reanimándoles en una de esas sillas de tortura destinadas a obtener hasta la última gota de

sangre. Al principio, los cuerpos resistían, pero tras una semana perdiendo y recuperando litros y litros de sangre, el organismo no aguantaba y moría poco a poco, tras dolorosas convulsiones y espasmos. Pero esa forma de proporcionar alimento no era mucho mejor que ser transportados en vehículos hasta las “ferias de muestreo” en las que el mejor postor podía conseguir un cuerpo para hacer con él lo que quisiese: servirlo a sus invitados en una fiesta, abusar sexualmente de él hasta que suplicaba la muerte, en el mejor de los casos, alguno de aquellos retorcidos vampiros podía encapricharse del humano y fantasear con transformarlo en uno de ellos, aunque no estaba bien visto debido a la superpoblación vampírica del planeta. Necesitaban más y más humanos de los que alimentarse, y sobraban vampiros. Sin embargo, los vampiros no eran unos seres que fuesen capaces de ceñirse a restricciones. Estaban acostumbrados a poder poseerlo todo, y de manera rápida.

Debido a esta impaciencia vampírica que se mostraba de manera natural en todos ellos, en las épocas de mayor “sequía” de humanos, los dirigentes de los vampiros proporcionaban una sustancia, que se mezclaba con algo de sangre, y era suministrada para combatir ese “mono” de sangre. Esto también tenía otra finalidad: anulaba el virus que contagiaba, por así decirlo, la enfermedad del vampiro a cualquier humano, impidiendo así que los humanos subastados y comprados desapareciesen de la faz de la tierra bajo un apetito voraz e incontrolable. De esta forma se ayudaba a controlar la población de vampiros, que había aumentado sin control en los últimos años.

La otra ocupación era igual de denigrante y mortal: parir y criar nuevos bebés humanos que les sirviesen para alimentarse. Normalmente escogían a los machos más fuertes y sanos, las hembras más saludables y vigorosas y los emparejaban sin descanso hasta que perecían. Para llevar a cabo esta selección, se les exponía a un durísimo entrenamiento durante años, de manera que se pudiesen escoger a los mejores sementales y a las criadoras más óptimas. Los vampiros habían desarrollado incubadoras y personal especializado con el que eran capaces de seguir desarrollando los bebés tras el cuarto mes de gestación. Una vez la madre había dado a luz, por así decirlo, era nuevamente preñada por otro semental, y así sucesivamente durante años, sin descanso. De esta manera, cada criadora podía dar a luz de dos a tres veces al año, y en la mayoría de los casos eran partos múltiples: dos, tres o cuatro niños. Lo máximo que las mujeres aguantaban como criadoras era siete

u ocho años, con suerte. Los hombres aguantaban un par de años más, pero a los 28 años eran sustituidos y enviados a las ciudades para satisfacer los más bajos deseos y fantasías de los vampiros de todo el mundo, o acababan devorados por el vampiro de turno que lo pudiese ganar en una subasta.

En esa tesitura se encontraba Mara, a sus 17 años. Pronto decidirían si se dedicaba a ser criadora, si moriría desangrada en una de esas demoníacas “ordeñadoras”, o tal vez fuese descuartizada y devorada en alguna de esas ciudades de perdición controladas por los vampiros y que ahora infestaban el planeta.

Ella se sentía y sabía que era diferente. Había crecido lejos de ese hediondo lugar donde los masacraban. Ella había conocido la felicidad al lado de sus padres, que habían tenido el tiempo y las fuerzas necesarias para poder criarla de manera adecuada, habían vivido una vida “normal” por así decirlo. Tenía arraigo por su familia, al contrario que los demás bebés humanos, que eran criados en guarderías y colegios hasta la edad madura sin llegar a conocer a su madre o a su padre. Ahí empezaba la deshumanización del ser humano, destruyendo todos los vínculos familiares que derivasen en otras uniones sociales o de protesta contra el sistema impuesto por los vampiros. Las nuevas generaciones no sabían lo que era un padre, una madre o unos hermanos, solo eran seres que se dejaban guiar y manipular por miedo a reprimendas de sus señores. Los vampiros ejercían un control mental absoluto sobre los vacíos intelectos humanos, obligándoles incluso a cosas inimaginables, que estos llevaban a cabo sin rechistar.

Mara, al contrario que el resto de humanos que la rodeaban, había crecido en un paraíso natural de paz, a salvo de todo lo que ahora se le había venido encima. Por suerte, sus padres, antiguos supervivientes del *Festum*, que se habían enamorado y conocido en Isla Menor, la habían entrenado sobre cómo luchar y defenderse desde pequeña y le habían enseñado a esconderse, trucos para sobrevivir en mitad de la jungla y a valerse por sí sola desde sus primeros años de vida.

Los crueles vampiros alentaban a los desdichados humanos con una única salida, una esperanza en esa condena a muerte que eran sus malvidas existencias: el *Festum*, o *La Noche de la Libertad*, como la conocían los más antiguos. El acontecimiento era televisado por y para los vampiros, que veían

absortos e hipnotizados cómo los indefensos humanos caían uno tras otro bajo el grupo de vampiros-cazadores: los *segadores*. Recibían ese nombre puesto que se encargaban de cortar las malas hierbas que esa noche habían crecido en el bosque, una desafortunada metáfora para denominar el macabro juego que se desarrollaba en Isla Muerte, como la bautizaron los primeros humanos que sirvieron a los vampiros. Los hombres sabían que entrar allí era no salir jamás de ese círculo denigrante y viciado de exterminio y aniquilación. Isla Muerte distribuía el alimento al resto del mundo—los humanos sabían poco sobre qué había ocurrido después de que los vampiros dominasen el mundo, sobre qué había sido de las grandes urbes mundiales—, lo cierto era que en aquella isla se había concentrado todo el alimento, evitando de esta manera la codicia y agonía por poseer los valiosos cuerpos que portaban el líquido vital para la existencia de los vampiros. Así se evitaba que los pocos ejemplares que conservaban fuesen malgastados, impidiendo que su número diezmase hasta cantidades ínfimas, lo que provocaría la psicosis global por obtener sangre fresca.

Los vampiros más importantes y relevantes viajaban de todas partes del mundo como invitados de excepción para ser testigos del macabro divertimento del *Festum*. Los candidatos que debían sobrevivir esa noche eran elegidos por su fortaleza, belleza, inteligencia o por distintos motivos, como ser hijo de antiguos supervivientes de la gran noche, como fue el caso de Mara. Acabar con ella, la primera humana resultado de dos supervivientes libres, añadía un morbo especial para esos sádicos vampiros. Podrían mostrarles a sus padres que, aunque ellos hubiesen sobrevivido al *Festum*, el fruto de su amor moriría en la carrera, y ellos serían testigos de su muerte. Era una manera de recordarles que ni en Isla Menor se estaba del todo a salvo.

La noche del *Festum* todo se paralizaba para los vampiros. Los humanos podían presenciar, con suerte, cómo alguno de los suyos sobrevivía y era liberado. Sin embargo, durante los últimos cinco años no había sobrevivido nadie. El grupo de los *segadores*, los cuatro vampiros-cazadores más despiadados, vampiros asesinos, implacables guerreros capitaneados por Caleb, hijo del gran jefe de todos los vampiros, Gornav, había sido implacable, dejando un balance muy negativo para aquellos pobres desdichados que soñaban con la libertad. En los últimos años, desde que Caleb participaba en el *Festum*, ningún humano había sobrevivido hasta las siete de

la madrugada, la hora límite para poder ser libres, cuando el juego se daba por terminado.

Aquel cruel pasatiempo consistía en dejar que los los participantes del *Festum*, salieran corriendo con una ventaja de unos minutos, e intentaran sobrevivir durante toda la noche recorriendo la salvaje jungla llena de cániros, que eran perros-lobo que habían sido infectados genéticamente con el virus que propagaba la anomalía genética de los vampiros, una especie de virus de laboratorio sintetizado a partir de la sangre de los vampiros que, de manera experimental, había surtido efecto en aquellos pobres animales, que se les mataba de hambre para ser liberados durante la noche del *Festum*. La mitad de los humanos morían en las fauces de aquellas bestias sobrenaturales. Las traicioneras playas desiertas, los peligrosos ríos de la isla, o el mar infestado de tiburones blancos eran la otra alternativa al suicidio. Algunos de los preferían quitarse la vida arrojándose por los acantilados, antes que morir descuartizados por las fieras y los peligros ocultos de la isla, una extensa lista de peligros naturales que no quedaba ahí. A esto, también se le sumaban los más expertos vampiros cazadores, que iban eliminando uno a uno a todos los posibles supervivientes con ayuda de trampas, sus híper-desarrollados sentidos, habilidades especiales y todo tipo de artilugios o medios tecnológicos. La treintena de humanos solo eran provistos de unas zapatillas de deporte y un objeto de su elección. Los pobres, en clara desventaja, solían desaparecer antes de que el sol saliese y pudiesen ser reconocidos como vencedores del *Festum*.

Mara era hija de dos de aquellos extraordinarios vencedores. A pesar de la dificultad que entrañaba sobrevivir aquella noche, sus padres lo habían logrado. Y ahora era su turno. Ella debía conseguirlo, tenía que hacerlo por ellos y por ella misma. Ya hacía un par de años que se la habían arrebatado. Los vampiros argumentaron una gran falacia, alegando que sus padres se habían ganado la *libertad* en el *Festum*, pero que Mara no lo había hecho. A diferencia de todos cuantos estaban allí, en aquel oasis ella era la única que no había corrido por su vida en el *Festum*. Aunque era ilógico: ella había nacido allí y era, por lo tanto, libre también. Estaba claro que querían amargarles la existencia, aun cuando les habían dicho que allí los dejarían tranquilos para siempre. Les aseguraron que, si querían volver a verla, debería superar el *Festum*. Así que, sin avisarlo, una noche se presentaron en su casa diciendo

que venían a por ella y la sustrajeron del lado de sus entristecidos padres. Aunque ambos se ofrecieron a ir en su lugar, los vampiros los ignoraron. Era evidente que querían destrozarles la vida. En cierto modo, parecía deseaban aniquilar la felicidad que se habían ganado, hacerles sentir que volvían a ser nada.

La mayoría de los niños y jóvenes humanos crecían rodeados de miseria y con la clara idea de que, al cumplir los 18 años, iban a morir de una u otra forma, con mayor o menor sufrimiento. No podían esperar casi nada de la vida, solo se molestaban en sobrevivir. No servía de nada revelarse, luchar o intentar cualquier cosa que no fuese obedecer. Las nuevas generaciones apenas si sabían leer o escribir. Tan solo unos cientos de privilegiados, los súbditos que eran instruidos para poder utilizar las maquinarias e instalaciones de los vampiros, podían recibir alguna instrucción que les alejase del analfabetismo o la incomprensión del mundo que les rodeaba. En poco tiempo, el ser humano se estaba deshumanizando, sin duda. Cada vez se asemejaban más a los animales que criaban en el pasado para alimentarse. Embrutecidos y egoístas, nadie miraba por los demás, solo por sobrevivir el mayor tiempo posible, una especie de frenética cuenta atrás en la que debían cuidar muy bien sus espaldas o lo pagaban con su sangre.

Los vampiros disfrutaban comprobando lo débiles que eran sin su sociedad y la maraña de relaciones personales y profesionales que habían ido tejiendo a lo largo de décadas y décadas de despreocupada existencia. Sin un lugar en la jerarquía social de los vampiros que reclamar, los humanos habían perdido cualquier inquietud o ansia por salir de esa situación; solo eran borregos dispuestos en fila para ir al matadero. Todavía había pasado poco tiempo, pero muchos comenzaban a olvidar qué habíamos sido en el pasado, que existió otra realidad distinta a lo que nos mostraban cada día. La mayoría de los ancianos desaparecieron los primeros años. No eran útiles y, por lo tanto, se deshicieron de ellos. No obstante, existía un pequeño grupo de humanos que llegaba a una edad avanzada, solo aquellos que eran sujeto de estudio en laboratorios para averiguar cómo poder incrementar la resistencia del hombre ante la voracidad de los vampiros, pero lo normal era que cualquier ser humano hubiese desaparecido de una u otra forma a edad temprana.

Mara, en cambio, siempre había disfrutado de una vida tranquila y libre,

pensando que jamás tendría que preocuparse por ser sacrificada, desangrada, violada o preñada hasta su muerte. Para ella fue duro, muy duro. Tal vez era quien peor lo había pasado en los últimos años en aquella odiosa isla de sufrimiento y muerte, alejada de los suyos y de todo lo que había conocido hasta entonces.

En Isla Muerte todos la miraban con una mezcla de pena, envidia, admiración e incluso odio. Al principio, huía de todos y no quería relacionarse con nadie, encerrada en su agónica existencia que, en definitiva, no difería demasiado de la de los demás. Había tenido que soportar todo tipo de desplantes y graves episodios de violencia en el módulo A2577, donde la habían confinado a su llegada. No cabía duda de que Mara era especial. No por su exótica belleza, que la tenía, no por su estatura o fortaleza, que eran evidentes, sino por sersimplemente quien era: hija de dos admirados héroes del *Festum*. Incluso algunos vampiros la admiraban en silencio. Les sobrecogía la manera en que sacaba fuerzas de donde no las había para continuar cuando las vejaciones y el maltrato rozaban lo insoportable. Algunos vampiros pensaban que hacerla participar en el *Festum* era un despropósito, era malgastar una materia prima de incalculable valor. Deberían haberla subastado al mejor postor. Desde luego, candidatos y admiradores no le hubiesen faltado. Algunos vampiros influyentes, conocedores de su existencia, fantaseaban con convertirla en vampiro, aunque fuese de manera ilegal. Cada día, el número de vampiros que la deseaban en secreto aumentaba, sobre todo al saber que jamás podrían tenerla. Gornav ya le había preparado un destino bien distinto: participaría en ese juego que tanto le divertía.

De una manera u otra, estaba fuera de su alcance: o moría en la Gran Noche o conseguía la libertad como sus padres y regresaba a Isla Menor. Algunos de los vampiros segadores en el *Festum* deseaban que llegase el momento de tenerla bajo sus brazos, la harían suya en el fango y después destrozarían ese terso cuello, mientras le succionaba toda la sangre de su cuerpo hasta que no quedase un ápice de ese aire de superioridad que emanaba de ella cada vez que se cruzaba con sus miradas. Sabían que ahora no podían tocarla o lo pagarían con su vida, el señor de los vampiros lo había dejado claro: Mara era la primera candidata del *Festum* de este año, el plato fuerte para divertir a las masas. Ya se había anunciado en todos los avances del programa que, año tras año, batía los records de audiencia entre los vampiros. Se había

comunicado que ese año había una participante muy especial, incluso se había proyectado su rostro de manera fugaz, alimentando la curiosidad y el deseo hacia su persona.

Para la Noche de la Libertad, los vampiros habían diseñado un enjambre tecnológico de cámaras con sensores nocturnos, unidades móviles y la tecnología más avanzada heredada de los humanos, para proporcionar la mejor calidad de imagen y sonido del evento. Había que lograr que hasta en el rincón más remoto del mundo se sintiese la desesperación y el pánico de los participantes como si estuviesen al alcance de su mano. Los organizadores sabían que nada proporcionaba más morbo a los vampiros que ver a la hija de dos supervivientes destrozada a manos de alguno de los segadores o devorada por una alimaña salvaje, dando una lección a todos aquellos que aún recordaban a los supervivientes como a héroes a los que imitar. Si ella caía, destrozaría el símbolo de esperanza en que Mara se había convertido.

Los humanos eran obligados a presenciar el *Festum*, y aunque la mayoría disfrutaba al verlo, lo contemplaban con contenida emoción por ver si aún había alguna esperanza y los elegidos podían arrojar algún rayo de luz en el rincón más oscuro del planeta.

Se levantó inquieta, sabía que al día siguiente salía la lista de los festantes para participar en aquel macabro pasatiempo. Ya sabía que su nominación estaba clara, pero quería conocer quién lucharía a su lado por la supervivencia. Durante todo el tiempo de reclusión, desde que la habían apartado de sus padres, hacía algo más de dos años, Mara no había hecho amigos, apenas si se había relacionado con alguien aparte de sus carceleros. Además de ellos, en realidad solo estaba Melanie, una compañera de la celda de al lado, con la que compartía un par de horas de patio para ejercitarse, pero solo hacía unas semanas que la habían encerrado a su lado, por alentadora del desorden público. Los vampiros decían que exaltaba a las masas, les hacía pensar y removía sus conciencias durante los escasos momentos de descanso y ocio en las fábricas. Su espíritu revolucionario era admirado por muchos de los humanos, así que no querían desperdiciar la oportunidad de demostrarles que revelarse contra ellos no les iba a servir de nada. Melanie también sabía que era uno de los nombres seguros para el *Festum*. Su historia también era

desoladora. Melanie había sido elegida como *ponedora* el año anterior, y ya le habían robado un hijo. Al escucharlo la primera vez, Mara lloró en silencio al ponerse en el lugar de la joven, que le dijo: “Prefiero morir en las fauces de uno de esos monstruos antes que dejar que me arrebaten otra criatura que haya llevado en mis entrañas”. Sus lágrimas constataban la dureza de lo que había vivido. Nunca más la volvió a ver llorar, ni siquiera cuando se enfrentaba a los vampiros y la golpeaban con dureza o trataban de aterrorizarla mostrándole sus colmillos y sus rostros desfigurados, amenazándola con una muerte lenta y dolorosa. Melanie era una muchacha fuerte y con una gran determinación. Tenerla a su lado durante el *Festum*, en cierto modo, le daba tranquilidad.

Por ilógico que pareciese, miles de personas tenían la esperanza de resultar elegidas en aquel juego infernal, les daba igual la sangría. Cuando todo tu mundo se basa en el sufrimiento y el maltrato, a te agarras cualquier resquicio de cambio o libertad como si fuese un hierro ardiendo, al borde del abismo, cuando estás a punto de caer. Cada año se repetía la misma historia, los pobres infelices que eran seleccionados saltaban de alegría sin darse cuenta de que eran simples ratoncillos de laboratorio recorriendo los estrechos pasillos de un laberinto creado con listones de madera, mientras unas amenazantes víboras se les aproximaban a darles caza. ¿Qué posibilidad tenían? Mara no podía evitar sentirse nerviosa y, en parte, aterrada. No porque temiese la muerte, sino porque no quería imaginar qué sería de sus padres si veían en directo, a través de la televisión, cómo la mataban. Solo esperaba poder regresar junto a ellos, aunque ya no sería lo mismo, no regresaría siendo la misma niña inocente y confiada. Ahora había contemplado el sufrimiento y el dolor extremo delante de sus narices, en ocasiones lo había sufrido ella misma demasiado cerca, había visto demasiadas cosas para que la ingenua chiquilla que abandonó Isla Menor regresase simplemente a casa con los brazos abiertos y preguntase qué había de cenar sin cuestionar demasiadas cosas o preguntarle a sus padres por qué no hacían nada para cambiar la situación de miles de personas que sufrían a diario en ese lugar. No entendía cómo podían seguir sufriendo inmóviles e impasibles ante el dolor de sus iguales y el propio sufrimiento.

De repente, Mara recordó que había algo más que la hacía *especial*, por así decirlo. Sonrió levemente, satisfecha.

2 · Encuentro

Hacia poco menos de un año, realizando una de las tareas diarias asignadas, le había tocado limpiar y ordenar las dependencias de los *enganchados*, vampiros que no podían dejar de consumir grandes cantidades de sangre, más de lo que se les permitía a diario, y de lo que les hacía falta para sobrevivir. Aquellos seres eran unas criaturas indomables y que habían ido degenerando en abominaciones de escasa apariencia humana. Aquellos *upiros*, como les llamaban los de su propia especie, eran realmente peligrosos. La zona donde los albergaban estaba muy vigilada y era restringida. Casi nunca trabajaban los humanos cerca de sus celdas, por evitar que se volviesen tan incontrolables que ocurriese un motín o una estampida.

Mara se encontraba limpiando el enjuto pasillo que existía entre las celdas a ambos lados. El lugar parecía tranquilo. La cámara de vigilancia le permitió acceder a la zona que separaba las jaulas. Cada cuatro celdas existían un control y una separación, todas las precauciones eran pocas. Los vampiros temían que esa especie de engendro vampírico se extendiese por el mundo, provocando una pandemia incontrolable. Mara entró despacio y se agachó para estrujar la fregona en el cubo. No lo vio venir. Algo la agarró fuertemente del brazo, tirándola al suelo de golpe y arrastrándola violentamente hacia la reja de una de las celdas. A causa de la velocidad del ataque, su cabeza golpeó el frío hierro de los barrotes y entonces lo vio: el ser más horrible que había podido imaginar. Su cara estaba inflada como si mil abejas le hubiesen aguijoneado, tenía los ojos inyectados en sangre y su fondo era amarillento, casi fluorescente. Su aliento era lo más pestilente y asqueroso que había oído en toda su vida, como la peste de una cloaca nauseabunda infestada de vómito. Observó desde el suelo cómo su labio superior se retraía y unos descomunales colmillos negros iban proyectando hacia su brazo con celeridad. Mientras caía, se agarró al carrito de la limpieza, arrancándole de cuajouna de las esquinas metálicas para defenderse. La vara de metal salió disparada como un proyectil desde su mano hacia la boca de aquella alimaña, insertándola con fuerza y atravesándola hasta la nuca. Mara pudo sentir como su caliente

mandíbula se cernía sobre su antebrazo. Entonces, aquel bicho la soltó, no sin antes desgarrar un poco de carne de su brazo al caer hacia atrás. Aquel ser chilló como una rata malherida, solo que muchísimo más alto. Su grito estridente y doloroso le hizo taparse los oídos mientras se levantaba, a pesar del dolor en el antebrazo. En vez de correr hacia un lugar más alejado de la celda, se quedó observándolo, petrificada, pero satisfecha por lo que había hecho. Por primera vez, tras tanto tiempo de sometimiento, había experimentado el “ojo por ojo”. El upiro la miró y trató de sacar la vara metálica de su gáznate, se acercó hacia ella con rabia contenida y, cuando lo tuvo encima, se arrancó el hierro con fuerza, sin dudar, provocando que un tremendo chorro de sangre oscura y caliente cayera sobre su cara, obligándola a cerrar los ojos con rapidez. La bestia cayó postrada cerca, tras las rejas. Solo entonces, los vigilantes se atrevieron a entrar y recogerla del suelo. En medio de aquel dantesco espectáculo de sangre negra y pegajosa, la arrastraron como a un saco de patatas que iba describiendo eses de color negro y fondo rojizo por el suelo. Después, en las duchas del módulo A2577, notó que no se encontraba bien. Le habían hecho un lavado de estómago, incluso le habían lavado con peróxido para limpiar bien su piel de la sangre infectada del upiro. Sin embargo, algo no marchaba bien. Sintió que se desplomaba, se estaba mareando, trató de agarrarse a la cortina de la ducha y gritar para pedir auxilio, pero fue demasiado tarde, ya estaba a punto de chocar contra el rojizo suelo de la ducha. Entonces, lo más sorprendente sucedió, todo se ralentizó y vio como las gotas de agua de la ducha caían como si bajasen en una filmación a cámara lenta, sin llegar si quiera a rozarla. Tuvo tiempo de proyectar sus manos y no darse de bruces contra el suelo. Miró abajo y el agua estaba casi parada, había dejado de colarse por el desagüe, lo hacía tan despacio que tuvo tiempo de preguntarse “¿Qué ocurre?”. Cuando hubo puesto las manos en el suelo de la ducha, todo se precipitó. El agua comenzó a correr de manera frenética por el desagüe, los botes de jabón y champú cayeron sobre su cabeza, a la vez que las veloces gotas de agua que caían desde arriba volvían a mojarla, pero había evitado caer de bruces en el suelo. El agua se estaba llevando los últimos restos de sangre de upiro cuando otras reclusas fueron a auxiliarla. Al llegar, la encontraron envuelta en la toalla, como si no hubiese ocurrido nada. Solo el jabón y el champú, que amenazaban con inundar de espuma la zona de duchas, delataban que allí había ocurrido algo extraño.

Aquella fue la primera vez que aquellas habilidades especiales se manifestaron, pero no la última.

No sabía en qué se había convertido, si era aún humana o vampira. Quería seguir siendo humana, normal, como todos aquellos cientos de personas que alimentaban a esas bestias. De lo contrario, no podría volver a su soñada normalidad junto a sus padres. Desde ese día, observó en qué había cambiado. Lo cierto es que seguía siendo humana porque podía salir a la luz del sol, cuando le habían dado permiso para ello, un par de veces al mes, pero descubrió que había desarrollado mayor fuerza y velocidad. Trataba de ponerse a prueba cada día, en aquel rincón ciego del patio que las cámaras no captaban. Su oído también había mejorado notablemente y era capaz de escuchar conversaciones a varias decenas de metros de distancia. Sea lo que fuere que la sangre del upiro había hecho en su cuerpo había sido positivo, confiaba en que sus nuevas cualidades la ayudasen durante el *Festum* y no se convirtiese en un ser abominable como aquellos que escondían en esas mazmorras. Los primeros días se sintió observada por los vampiros que la custodiaban. En cualquier lugar al que se dirigiera encontraba casualmente a un guardia o a una compañera. Estaba claro que los vampiros desconocían las consecuencias de haber sido *bautizada* con sangre de upiro.

Jamás comprendió cómo alguien podía hablar siquiera de su fascinación por ellos, esa erótica, ese halo de poder y sofisticación que revoloteaba por la mayoría de ellos. Los odiaba a muerte, así de simple. Le repugnaba cada una de esas criaturas por lo que eran y les hacían. Le era indiferente si era hipnotizada o la seducían con su encanto natural. Una vez se viese en brazos de uno de aquellos parásitos trataría de sesgarle la yugular o atravesarle el corazón con el primer objeto punzante que estuviese al alcance de su mano, aunque tuviese que destinar su último aliento a ello. Así había pensado siempre, al menos hasta que un día se cruzó con él y todas sus convicciones se tambalearon.

Caleb caminaba por el patio interior del castillo rodeado por otros de los que mandaban y organizaban a los humanos. El joven caminaba ensimismado en sus pensamientos, parecía no querer mirar cuando castigaban o golpeaban a los esclavos para que acelerasen el trabajo. Caleb provenía de una antiquísima familia de vampiros transilvanos, la más antigua sobre la faz de la

tierra. Su padre, el señor de todos los vampiros que habían plagado la tierra, era el mismísimo Gornav, aquel que cuando era nombrado todos los de su especie temblaban. Durante el tiempo que Mara llevaba como prisionera, había oído hablar a muchas personas sobre su crueldad einquina hacia el ser humano. Algunas mujeres trataban de arrojarse al vacío cuando subían a la fuerza por las escaleras hacia sus aposentos, cualquier cosa antes de caer a merced de los depravados deseos del señor de los vampiros.

Esa noche, Mara era de las pocas que permanecían fuera, limpiando la sangre vertida tras la última masacre cometida en aquel patio de armas. Por lo visto, un grupo de cinco jóvenes había intentado huir tras permanecer en la habitación de unas vampiras durante varios días. Habían conseguido degollarlas y habían logrado escapar. Los desafortunados jóvenes no pudieron ir más allá del bosque que rodeaba la fortaleza. Rápidamente fueron apresados y torturados hasta su último aliento en aquel lugar. Allí, tirada de rodillas, rasgando el suelo de piedra con el cepillo, tuvo que toparse con dientes partidos, trozos de hueso, vísceras y puñados de cabellos adheridos a la sangre seca del suelo. Mara sintió ganas de vomitar en más de una ocasión y tuvo que reprimirse. No quería ser apaleada por los que los custodiaban, como habían hecho con un muchacho que no pudo aguantar más al recoger un corazón humano con sus propias manos.

Absorta en la pastosidad y densidad de la sangre, Mara se sintió un poco atraída por su color y textura de repente, no le asqueó tanto como antes. Mientras la comitiva caminaba, Mara, inmersa en sus pensamientos y sensaciones, no se percató de que se aproximaban, así que se levantó con el cubo entre los brazos y, al girar, chocó con uno de los mandamases. El contenido del cubo cayó sobre el vampiro, bañándolo con toda la porquería que había estado limpiando. Sintió cómo los vellos del cuerpo se le erizaban, estaba perdida, moriría allí mismo, en ese preciso instante. Antes de reaccionar para poder pedirle disculpas, el vampiro le propinó un puñetazo en la cara, lanzándola contra el suelo, a varios metros de distancia. Sintió que varios dientes se movían de su sitio, tintineando como frágiles tazas de porcelana sobre una bandeja. Notó que la mandíbula se había partido en algún punto y su frente había golpeado contra el duro suelo. En seguida una brecha se abrió y la sangre comenzó a verterse sobre su regazo.

Los vampiros corrieron a su lado una vez olisquearon la sangre. Iba a morir antes de llegar al *Festum*. Sintió que uno de ellos se agachaba para tocarla, entonces notó una fuerza brutal que la hizo resistir a su fatídico destino, de un salto se incorporó y le propinó una patada en todos los morros. La velocidad que había adquirido por la sangre de upiro se manifestó de manera espontánea, sin que pudiera disimularla. El vampiro, que no lo esperaba, chilló de dolor al recibir el golpe en la parte más sensible de su organismo: cerca de los colmillos. Otros dos corrieron a socorrerlo mientras Caleb miraba la escena entretenido. Mara hizo un quiebro y se deshizo del primero zancadilleándolo, haciéndolo caer de bruces. Era consciente de que moriría, pero lo haría luchando. Ya todo estaba perdido, pero les plantaría cara. El segundo, más corpulento y rápido, se lanzó sobre ella con gran furia y fuerza, derribándola con facilidad. Tras recibir el golpe, tuvo la sensación de que una energía sobrenatural se apoderaba de ella. Por primera vez, tuvo la certeza de que podría quitárselo de encima. Empezó a empujar hasta que consiguió evitar la primera dentellada en su garganta. Entonces, introdujo sus dedos en la boca del vampiro y empujó para separar los dos extremos hasta que empezó a notar que la mandíbula cedía y se iba partiendo, como si fuese un pedazo de pan duro. Al principio costó, pero después todo vino seguido. Los huesos rotos penetraron en su cerebro, provocando que su cuerpo inerte cayese a su lado. “Ahora sí que la he liado buena...”, pensó para sí.

Se levantó como pudo, sabiendo que estaba muerta, pero al menos lo haría con dignidad. El último pensamiento fue para sus padres, ese era el fin. Tal vez así fuese mejor, de manera rápida y letal, preferible a ser violada cada poco para darles hijos humanos que poder comer. Recordó las caras de sus padres descompuestas cuando se marchaba de Isla Menor, prometiéndoles que volvería con ellos. Sentía haberles decepcionado.

Aún no se había recompuesto de la lucha cuando tuvo encima otros tres. Esta vez sí la rodearon, con cautela, aunque no hacía falta, ya que aquella fuerza descomunal que había usado antes para derribar al otro vampiro la había abandonado. Consiguieron sujetarla sin esfuerzo, no opuso resistencia. Entonces, cada uno comenzó a tirar de un brazo y del cuello. “¡Quieren partirme en pedazos!”. La adrenalina galopó desbocada hacia su pecho, su cerebro no dejaba de empujarla para que no se rindiese. Trató de moverse, pero el pánico la había paralizado instantes antes de morir, se había entregado

a su destino. Su mente estaba bloqueada y su cuerpo, por sí solo, no podía hacer nada por mantenerla con vida. Poco a poco fue notando que sus músculos, tendones, incluso los huesos comenzaban a ceder. Entonces, un grito tosco y seguro los detuvo.

—¡Aalto! —gritó Caleb, acercándose—. ¿Qué diablos estáis haciendo? ¿No veis que lleva un ropaje rosa? Va a ser una criada, no podéis acabar con nuestra fuente de sustento, imbéciles.

—Señor, con el debido respeto... Ha matado a...

Caleb se acercó y se deshizo de ellos con dos empujones. La agarró del brazo para ayudarla a levantarse.

—No te preocupes, todo irá bien —le susurró al oído—. ¿Es que queréis que pronto no tengamos qué comer? ¿De qué nos alimentaremos? Una *ponedora* es mucho más importante que todos vosotros juntos, ¡idiotas!

—Señor, ¿qué podemos hacer? Ha matado a uno de los nuestros... Debe ser castigada. Estoy seguro de que...

—¡Disculpad! —interrumpió otro vampiro mayor que había sido testigo de la escena completa—. ¿No os habéis percatado de la inaudita fortaleza de este ser, y de su gran belleza?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Caleb, desconcertado por la intromisión. Él era el hijo de Gornav, nadie le cuestionaba.

—Estamos ciegos si esta chiquilla no es enviada al próximo *Festum*, sería un ejemplar inigualable para participar en la *Noche la Libertad*. Imaginad las apuestas, la chica que mató a un vampiro con sus propias manos... Estoy seguro de que la diversión estará asegurada.

Si supiesen que ya había matado a un upiro, seguro que no la dejaban marcharse de rositas. Mara, bañada en sangre, en lo único en que podía pensar era en cómo salir de allí. Recuperó la razón y barajóla posibilidad de salir corriendo. Miró de nuevo a Caleb y sus ojos, sin saber por qué, le rogaron que abandonase esa idea, como si pudiese leer su mente. Su mirada la tranquilizó, olvidándose de intentar escapar.

—De acuerdo entonces, la propondremos como candidata para el *Festum*, pero será el consejo el que decida si es adecuada para participar. Mientras

tanto, se quedará en mis aposentos del castillo como sirvienta.

Caleb no imaginaba, ni por asomo, que el consejo, hacía mucho tiempo, ya había elegido a Mara como la principal atracción de la próxima noche sangrienta.

—Pero, señor, es peligrosa, es una asesina —repuso uno de los vampiros—. No me arriesgaría a tenerla tan cerca de usted.

—Ni siquiera la estoy sujetando, y a mí no parece que quiera agredirme. Tal vez si trataseis a los humanos con mayor respeto y dignidad... Muchacha, si deseas venir a servirme debes hacer una promesa: no atentarás contra mi vida o la de cualquier otro vampiro del castillo.

—Sssí —contestó con un hilo de voz, cualquier cosa por salvarse.

—De acuerdo entonces, llevadla a que la asean y que sea conducida hasta mis aposentos personales. No quiero que mi padre la vea, ya lo conocéis... es demasiado bella... —todos sonrieron. Mara también imaginó a qué se refería. Había escuchado historias sexualmente cruentas de lo que hacía ese vampiro con las jóvenes.

Por esta vez había salvado la vida, aunque desconocía si sería peor la penitencia. De lo que estaba segura era de que ya nadie la libraría del *Festum*. “Mejor —pensó—, una ponedora, vaya destino me hubiera esperado...”

3 · Festante

Una vez en el castillo, la dejaron asearse y cambiarse. Le indicaron que debía cubrirse el cuerpo con una traslúcida túnica rosa que yacía apoyada sobre un sillón verdeacolchado. Se miró y comprobó que aquellas telas eran muy suaves y demasiado... transparentes, podía comprobar su propia desnudez bajo la débil luz de aquella habitación, nada que ver con los tiosos harapos que había llevado hasta ese momento. Cubrió sus senos con pudor y esperó a que le indicaran qué debía hacer, en qué consistiría su trabajo hasta que llegase el *Festum*. Faltaban pocos días, pero no sabía si llegaría viva. Quería dejar atrás ese holocausto de una vez. Cualquiera que fuese su destino, quería que le fuese revelado ya.

—Vaya, vaya, qué tenemos aquí... Una pequeña zorrilla que quiere conseguir los favores del joven amo...

Un sirviente, disfrazado con un ridículo ropaje que le confería un aire de bebé gigante con un enorme pañal dorado alrededor, apareció ante ella, increpándola.

—¿Qué le has hecho, marrana? No le había visto prepararse tanto para fornicar con una humana en mucho tiempo.

—¿Perdona?

—¿De dónde vienes? Es obvio que por tu piel y tu aspecto has debido criarte muy lejos de aquí. ¿Te ha comprado en el mercado negro? ¿Te ha prometido que te convertirá? Ve olvidándote, preciosa. Disfruta del momento y *Carpe Diem*. ¡Ja, ja, ja!... —lanzó una risotada al aire mientras se dirigía a abrir los ventanales de la habitación del castillo.

Por primera vez Mara se dio cuenta de que aquello era un dormitorio. Esa fastuosa estancia no tenía nada que ver con lo que ella había tenido en Isla Menor. Miró la cama, no con deseo o temor por lo que ese vampiro pudiese hacerle, más bien con añoranza de la suya propia, de su hogar. Toda su vida había descansado en una confortable cama, mucho menor y más humilde, pero cómoda; nada que ver con el camastro a ras del suelo en el que había dormido

todo ese tiempo en su celda. Las primeras noches no pudo pegar ojo de puro dolor, se retorció de los calambres y tirones en espalda y cuello. Más tarde, después de un tiempo, se acostumbró a dormir incluso sentada. Miró el lechey sintió un irrefrenable deseo de saltar sobre él y dormir. Dormir hasta que todo hubiese acabado.

—¡Oye, perdona! ¿Sigues entre nosotros? —preguntó el afeminado sirviente, que sin dudar se hubiese cambiado por ella esa noche.

—¿Qué quieres? —preguntó a la defensiva. Oteó la mesa, las encimeras y los muebles y no descubrió nada con lo que poder defenderse. Luego recordó que tenía sus manos. Si el vampiro quería forzarla, se resistiría.

—Uy, uy, te veo muy peleona. Seguro que cuando te quedas a solas con Caleb, toda esa energía se va por la... Ya me entiendes. Bueno, tampoco pretendo ruborizarte con mi lenguaje soez. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay! ¡Quién fuese tú, chiquilla! Por desgracia, mi amo no es un vampiro como otros, que les da igual quien les caliente la cama... Caleb es muy macho, ya me entiendes... Pero, ahora que te miro... No sé, te noto muy paradita. No eres del tipo que le gustan. ¿Qué has hecho para que te traiga aquí? ¿Cómo lo has convencido para este privilegio?

—He matado a dos vampiros.

—¡Arg! ¿Cómo? ¿Y sigues viva...? No puedo explicármelo. Te habrían descuartizado viva, a no ser que... —se aproximó más para verla de cerca—. Ya está, lo tengo. Eres una ponedora... —dijo subiéndole la túnica por detrás, dejando su trasero al descubierto.

Mara se giró y con un movimiento ágil y le propinó una patada en la entrepierna. El sirviente cayó de bruces contra el suelo.

—Vuelve a hacer eso y te clavo la fuente de metal que hay colgada en la pared en la cabeza y te la abro en dos.

El sirviente, dolorido, se fue alejando de ella a rastras con profundos lamentos de dolor.

—¿Así tratas a mis súbditos? ¿Quién diablos te crees que eres, muchacha?

Mara odiaba que no la llamasen por su nombre y corrió a rectificarlo.

—Mara... Mi nombre es Mara. No soy una muchacha...

—¡Insolente! —sollozó el sirviente desde una esquina.

—Veo que tienes coraje, Mara. ¿Sabes que por menos de lo que tú has hecho esta noche hemos ejecutado a muchos de los tuyos? ¡Dame una razón para que no lo haga!

Mara observó al joven que tenía delante. El vampiro era fuerte. Su apolínea constitución lo elevaba por encima suya un par de cabezas. Los hombros eran anchos y robustos, en armonía con su poderoso pecho, que se encontraba enmarcado por unos cincelados brazos. Estos salían de una ancha espalda que se perdía en una estrecha cintura y una abultada entrepierna. Mara trató de apartar la mirada de su torso desnudo y de sus vaporosos pantalones en gasa blanca, que dejaban poco a la imaginación. Aquel vampiro poseía un superdotado cuerpo para el pecado, Mara sintió que se ruborizaba y tuvo que volver la vista al mancillado sirviente, que huía por la puerta haciéndole gestos soeces a modo de rabieta.

—¿Una razón me pides? Dámela tú. Al fin y al cabo, fuiste tú el que me salvaste.

—Lo hice porque eras una ponedora, simplemente. No busques más motivos.

Mara detectó un regusto a mentira en su respuesta. Se aproximó a la luz de los candelabros. Estos emitían una calidez sensual que la envalentonó aún más en su juego con aquella fiera depredadora, sin ser consciente de que podría matarla con solo pestañear. La dorada luz bañó su escote y todas sus curvas de mujer se reflejaron con la mágica luz como el néctar del fruto prohibido revelado por primera vez a quienes están dispuestos a pecar. Caleb la observó sin disimulo. Claramente complacido, se deleitó en cada pliegue de la vaporosa túnica que le permitía contemplarla como si estuviese desnuda.

—Mejor aún, dame una razón por la cual no deba violarte y chuparte la sangre hasta la última gota.

Mara abrió los ojos de par en par al escuchar sus palabras. Se quedó pensando mientras se apoyaba en aquel lecho, destinado a un heredero, a un monarca, y no a ella.

—Primero, porque no podrías acabar de satisfacer tus instintos, antes te mataría. Sabes que soy rápida y al menor descuido acabaría contigo, y segundo... porque eliminarías a una futura festante.

—Así que no solo piensas que podrías acabar conmigo, sino que piensas que estarás en el *Festum*... Eres muy atrevida, lo reconozco, tal vez demasiado loca o temeraria. Veo que estás muy segura de ti misma...

Caleb respiró el perfume que destilaba su cuerpo y enseguida detectó que su olor no era como el de los demás humanos. Algo ocultaba esa joven en su interior que lo estaba volviendo loco, apenas podía reprimir las ganas de poseerla en ese mismo lugar, suerte que le intrigaba su gran desparpajo.

—Así es, —suspiró, y se tumbó bocarriba sobre la cama. En realidad, no sabía por qué se estaba comportando así, lo estaba provocando, pero a la vez se sentía muy rara, algo la atraía hacia él, y ni podía, ni quería evitarlo. Siempre había odiado a los vampiros, máxime después de su secuestro de Isla Menor, pero con este se sentía extraña. Estaba comportándose como una fulana, pero le gustaba.

—No durarías ni la primera media hora —dijo él desde los pies de la cama.

—¿Apuestas? —le retó Mara, que vio como él avanzaba lentamente desde abajo, al igual que un gran felino antes de saltar sobre la presa. No obstante, no sintió miedo, sino todo lo contrario, ese juego aumentó su deseo por él. Un ardor interno que no podía dominar se estaba apoderando de su ser. Ante la presencia de ese apolíneo dios, el deseo que sentía por ese ser parecía incontrolable. Su mirada le indicó que él también la deseaba, sus ojos ya se habían rendido a los del otro, no había nada ni nadie que los pudiese frenar.

El rostro de Caleb se situó junto al de su víctima, la muchacha era increíblemente bella. Su boca, roja y turgente, le incitaba a morder esos voluptuosos labios hasta hacer que la sangre brotase de su interior. Sus ojos parecían dos huecos por los que contemplar extasiado el cielo azul del amanecer, ese que hacía muchísimo que no veía. Los miró de nuevo y sintió ese vértigo que le daba cada vez que intentaba retar al sol de la mañana, cuando comenzaba a salir por el este.

Mara lo vio tan cerca que le pareció que el corazón se le desbocaba, su

boca se entreabrió esperando recibirlo, decidida a sentir su boca dentro de la suya. Sus manos agarraron las sábanas para evitar que se lanzase a recorrer el entramado de músculos que perfilaban su abdomen hasta donde el fino pantalón dejaba ver.

Permanecieron mirándose unos instantes, unos segundos en los que ambos fantasearon mil cosas acerca del otro. Mara imaginó que la tomaría allí mismo y después la mataría una vez se hubiese entregado a su voluntad. Él, por su parte, pensó que jamás había visto un ser tan bello, tan sublime y misterioso a la vez. Deseó hacerla suya, tomarla allí mismo y convertirla en vampiro. Esa belleza quedaría para siempre congelada en su rostro y la tendría para siempre a su lado. Sin embargo, recordó la prohibición: no podían crear nuevos vampiros. La magia se borró y él se apartó de ella. Si no podía ser suya para siempre, no tenía sentido seguir con ese juego, y tampoco le apetecía abusar de ella, utilizarla y más tarde pedir que se la llevaran. Quería saber más de ella. Algo en la joven la hacía diferente, no era del todo como las demás humanas...

—¿Por qué crees que podrías aguantar más que los demás?

—Porque yo soy especial...

—¿A qué te refieres?

—Vengo de un lugar en el que me han enseñado a defenderme, a luchar y a valerme por mí misma.

—¿Sí? ¿Cuál es ese lugar si puede saberse? ¿Algún desierto lejano? ¿Una gran urbe?

—No, una isla...

—¿Qué clase de isla?

—Una en la que solo hay héroes, una isla en la que no hay vampiros, una isla que es la esperanza del ser humano... Ese lugar se llama Isla Menor.

—¡Cómo! —exclamó—. ¡No puede ser!

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada por el repentino cambio en el rictus de un rostro que había mudado de la relajada curiosidad anterior a un semblante más preocupado y tosco.

—¿Eres tú? ¡Tú! Tú eres esa chiquilla que mi padre trajo de Isla Menor y que arrebató a dos supervivientes..., la que no había crecido aquí, como el resto de niños humanos...

—Sí.

Caleb se llevó las manos a la cabeza y resopló agobiado. Había metido la pata hasta el fondo, su padre lo castigaría si se enteraba.

—¡Maldita sea! ¡Tienes que irte de aquí, de inmediato! Gornav me matará si se entera de que te he traído al castillo... Se supone que tú eres la principal atracción de mañana.

—¿Qué ocurre mañana?

—Mañana saldrán los nombres de los festantes y el tuyo será el primero, Mara. Esto ha sido un error, no deberíamos habernos visto, ni hablado siquiera. Tú no deberías conocerme...

—¿Por qué, Caleb? —dijo su nombre por primera vez—, pronto no volveremos a vernos nunca más, tanto si gano como si pierdo.

Él se volvió como si al escuchar su nombre le hubiese dolido.

—¿Quieres saber por qué? —preguntó, mirándola a los ojos. Ella asintió con la cabeza—. Porque yo..., yo soy el que dirige a los segadores durante el *Festum*... ¿No lo entiendes, pequeña...?

... Yo soy quien debe matarte.

4 · Descubrimiento

Caleb llamó de inmediato a los guardias que permanecían apostados cerca de sus aposentos. Había que borrar ese error mayúsculo de inmediato. El *Festum*, el espectáculo favorito de los vampiros, peligraba. Si su padre se enteraba de que había estado jugueteando con una de las festantes, y no con una cualquiera, sino con aquella de la que le había hablado en varias ocasiones, la muchacha que habían traído a rastras desde Isla Menor para que cuando cumpliese dieciocho años les recordase a todos los demás que nadie escapa de los vampiros. Había sido una gran injusticia, pero su padre era así: imprevisible, macabro y tremebundo.

—¿Quieres que me marche? —preguntó Mara, improvisando. Lo último que deseaba era volver a ese húmedo y tieso camastro sobre el suelo en el que dormía todas las noches. No sabía por qué, pero un ardor interno, desconocido para ella, recorría su cuerpo. Caleb era el culpable de esos sofocos, y no quería perderlo de vista. Él parecía diferente, para nada le asqueaba, como le pasaba con los demás vampiros, además le parecía sincero.

Lo observó con parsimonia mientras él se debatía entre abrir la puerta del dormitorio para llamar a la guardia, o responderle. Ahora que lo miraba mejor, se dio cuenta de que Caleb era la viva imagen del deseo convertido en un cuerpo humano: su torso esculpido y desnudo a la luz de la trémula luz de las velas le hizo descubrir que era el ser más hermoso que jamás había contemplado. Se excitó al recorrer con su mirada los poderosos brazos que flanqueaban su imponente espalda, que se estrechaba hasta ese pantalón que le colgaba al límite de sus caderas y que amenazaba con caer a sus pies y mostrarle su desnudez al completo. Por un momento lo deseó, lo deseó a él al completo, como si el placer más oscuro y pecaminoso que pudiese imaginarse se hubiera apoderado de ella. Tal vez la sangre del upiro la hacía comportarse de esa manera tan desenfadada con el vampiro... Su porte, regio y masculino, junto al quicio de la puerta pensando qué hacer con ella, lo hacía aún más sexy. Las facciones de su cara eran claros signos de virilidad: un mentón recto y amenazante, acompañado de unas mandíbulas marcadas, sus pobladas cejas de color negro azabache protegiendo su mirada penetrante e intimidatoria la

hechizaron. Su mirada desprendía un halo de seguridad en sí mismo y un control de la situación que la paralizó aun sin moverse, todavía tumbada en el lecho. Sus ojos eran una tentación para cualquier mujer. Esas dagas cristalinas y aceradas la miraban despojándola de todo su ser con solo pestañear. Caleb era el ser más misterioso y sexy que jamás había visto. Mara, aún tumbada en la cama, se mordió el labio en señal de súplica y sus pupilas se dilataron por el deseo, haciéndole retroceder y dirigirse hacia donde ella estaba mientras empujaba de nuevo la puerta que se cerró en las narices del desconcertado miembro de la guardia personal de Caleb.

Se le acercó casi sin verlo. Era rápido, casi imperceptible. Ahora que lo tenía más cerca, analizó su piel, firme pero suave. Mara imaginó lo que sería recorrer esos firmes músculos y sus tersas formas con las yemas de los dedos, sintiendo el gran placer de dominar ese poderoso abdomen. La joven era incapaz de pensar, tal vez embrujada por el magnetismo de ese depredador sexual. Él, por su parte, tampoco podía dejar de contemplarla, era la joven más bella y enigmática que había visto, algo primitivo lo avocaba irremediamente hacia su cuerpo. Su sencillez, paradigma de su hermosura, le hacía que el deseo por poseerla le empujase a tomarla allí mismo. Sabía que su padre lo mataría por eso, sabía que no lo perdonaría, le impondría un severo castigo al segador que había quebrantado una de las normas más básicas del *Festum*: los vampiros jamás podían hablar con un festante. Por lo tanto, era impensable que él estuviese con ella en su lecho y se dispusiese a hacerle el amor.

Mara se sintió indefensa y perdida ante el endiosado ser que tenía delante, no controlaba la situación y eso la puso un tanto nerviosa. No sabía a dónde le llevaría aquello, tal vez sería el fin, sin embargo, no lograba que su cordura se impusiese sobre ese libertino deseo que la engullía y amenazaba con asfixiarla a medida que su respiración se aceleraba. “¿En qué me convierte esto? ¿Soy una cualquiera al dejarme seducir por este ser bautizado de un magnetismo oscuro y sensual imposible de resistir?”.

Caleb se aproximó hacia ella, la agarró de la nuca, y acercó su cabeza a la de ella, dejando claro que él tomaba la iniciativa. Mara había comentado en ocasiones con Melanie, su compañera de celda, que no le gustaría morir siendo aún virgen, solo que no había candidatos lo suficientemente buenos

como para que le apeteciese hacerlo con nadie en Isla Muerte... Era obvio que Caleb estaba en el primer puesto de los tíos con los que perder la virginidad. Su amiga, que había sido seleccionada como ponedora en el pasado, pero que había acabado encerrada por ser peligrosa, asesinó a una vampira cuando le estaban arrebatando a su bebé. Melanie le aseguró que el sexo era lo mejor, que a ellas, las ponedoras más jóvenes, las dejaban elegir entre el grupo de los mejores sementales. Ellas podían pensar con tranquilidad qué cuerpo deseaban. Los muchachos, en cambio, eran exhibidos en toda su desnudez tras unos cristales. Una vez que habían elegido, lo preparaban todo para que copulasen. Melanie siempre había elegido al mismo, según le había contado, un fornido joven rubio, de mirada penetrante, aspecto tosco y amenazante que la había hecho gritar hasta quedar afónica mientras lo hacían varias veces para asegurar que quedaba encinta. Las primeras veces era así, placentero, pero cuando los vampiros veían que ese ejemplar era compatible con la ponedora, ya solo la inseminaban para que pudiese dar todos los hijos posibles en cada parto sin perder tiempo. Según le contó Melanie, el semental le había prometido que solo la amaba a ella, pero que su labor consistía en fornicar con muchas otras, aunque no sintiese nada por ellas. Sin embargo, el chico ya llevaba algún tiempo en el puesto como semental, y pronto sería reemplazado. Melanie albergaba la esperanza de que ambos participasen en el *Festum* y pudiesen salir de allí para poder vivir su historia de amor como debía ser: solos los dos, sin que tuviesen que prostituirse para satisfacer a sus amos, los vampiros.

Caleb estaba tan excitado que se golpeó en la cabeza cuando saltó sobre ella, Mara dejó escapar una sonrisa que la relajó. Él la miró, y sonrió con una media sonrisa pícaro y sensual que la hizo lanzarse a sus brazos. Sus labios, carnosos y calientes, recibieron los firmes y fríos labios del vampiro, que los acogió con el ansia del náufrago. Entonces, sus bocas se enredaron en un baile asfixiante y húmedo, haciendo que Mara tuviese que bajar hasta su cuello para besar su aterciopelada y nívea piel. Mara sintió que besaba el cielo. Caleb pareció disfrutar con el jugueteo de la humana en su cuello. Mara le había dado la vuelta a la tortilla, ella era la que lo mordía. Dejó lanzar un suspiro profundo cuando ella empezó a mordisquear su piel hasta que llegó a la parte trasera de la nuca y el lóbulo de la oreja, cosa que lo volvió loco de placer. Caleb quiso hacer lo mismo, deseaba tanto besar ese cuello, pero se controló,

estaba muy excitado y podría hacerle daño. Hubiese succionado su sangre hasta no dejarle una sola gota de vida en el cuerpo, y en cambio, le apetecía desflorar a esa muchacha que se entregaba a él como la más experta de las amantes.

Caleb retiró su rostro del de ella por un instante para contemplarla maravillado. Mara poseía esa especie de pátina de pureza virginal que le fascinaba, pero a su vez no se mostraba cohibida o asustada, y menos de hacerlo con un vampiro.

—No te preocupes, sigue... —le imploró Mara, que pareció haberle leído la mente, cosa que le encantó—. Tal vez esta será la única noche de mi vida en la que pueda hacer el amor y quiero hacerlo contigo, no me importa nada más. Solo somos tú, yo y este momento. Olvida todo lo demás.

Las palabras emitidas por la sensual voz de Mara fueron escalando en grado de excitación hasta que lo enloqueció. Esa muchacha tenía razón, esas serían seguramente las últimas horas que podría disfrutar. Una vez pasado el *Festum*, ese rostro y ese cuerpo de perfección ilimitada se desvanecería como otro recuerdo caliente más de su alcoba. Decidió, por tanto, que esa noche aprendería todo lo que hasta ahora le había sido vetado. Estaba dispuesto a grabar en fuego todo lo que se había perdido durante los primeros años de su vida sexual.

—¿No tienes miedo? —preguntó mientras la rodeaba con sus poderosos antebrazos. La joven pareció derretirse al sentirse, en cierto modo, atrapada por aquel colosal abrazo.

—No, no tengo miedo, no sirve de nada. Me gustas y te deseo... De todas formas, no puedes hacerme nada que no me pueda pasar también pasado mañana en el *Festum*. Esta noche estoy a tu merced, pero durante la carrera no pienso dejar que me alcances. Aprovechate de mí ahora, luego no te será tan fácil.

Sus deseos fueron órdenes para él. Le arrancó la traslúcida túnica rosa de ponedora que, a duras penas, ocultaba la excitación de sus turgentes pezones. Cuando ella creía que él se tumbaría sobre ella para penetrarla y dejarse hacer, él se acercó y recorrió desde sus pechos hasta el ombligo con su lengua. Se detuvo ahí, pero mientras tanto acarició sus pechos con gran maestría,

haciéndola desear que jamás dejase de cubrirlos con sus grandes y fuertes manos. Después continuó hasta sus partes más íntimas, aquellas que siempre había ocultado a todos por vergüenza, pero que no sabía por qué le mostraba a ese desconocido, como si fuese el legítimo dueño que podía reclamarlas. Mara se olvidó de todo, y pronto los gemidos acompasados de la joven indicaron a Caleb que se estaba derritiendo bajo sus caricias y besos. Mara se sintió húmeda, agarró la cabeza del vampiro con fuerza por detrás de la nuca para que no parase. Entonces él se apartó con rapidez y de un salto estuvo dentro. Un estallido de placer explotó en su interior. Lo miró con deseo irrefrenable y lo besó con el ansia de la amante frenética que está gozando al máximo. Contemplar a aquella hermosa joven disfrutando tantísimo de su primera noche de sexo le provocó un placer indescriptible. Casi tuvo que concentrarse en el olor de su piel, la suavidad de su pelo, o el sonido de las sábanas bajo sus movimientos para no dejarla insatisfecha y dar rienda suelta a su propio placer. Al cabo de unos minutos de desenfreno, Mara le arañó la espalda. El aire de superioridad del vampiro le hizo sonreír cuando vio la cara de complacencia de su compañera. Después, poco a poco fue ralentizando sus movimientos mientras ella aún seguía sobreexcitada. Mara lo miró de nuevo, seducida por el sudor que perlaba su frente y sus penetrantes ojos, entonces, lo besó.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ayudarme a descubrir el mayor placer que existe en la vida y que jamás pensé que podría experimentar aquí.

Se quedó mudo, sin saber qué contestarle, tenía razón. Pensó en esa envenenada vuelta de la ruleta de la fortuna que eran sus vidas. El destino los había cruzado para convertirlos en amantes improvisados, pero que en unas horas los convertiría en víctima y verdugo. Se lamentó para sí de que no hubiese forma de escapar de eso.

Ella tenía razón. Pensar en la sincera verdad de sus palabras, y en la certeza de que jamás podrían volver a disfrutar de lo que habían vivido esa noche le entristeció.

Había sido algo más que sexo, de alguna manera habían conectado. Mara

poseía algo que ninguna otra mujer o vampira le habían hecho sentir. Sabía que eran el uno para el otro, se acoplaban a la perfección. Ella era a quien él había buscado durante tanto tiempo... ¿Por qué tenía que encontrarla precisamente ahora y ser precisamente ella una de sus próximas víctimas?

Ni siquiera se le pasó por la cabeza hablar con su padre. Gornav lo castigaría por haber pasado la noche con ella. Su padre era inflexible y jamás mostraba escrúpulos o debilidad alguna, ni siquiera con su hijo. En realidad, Caleb era solo el primero de un sinfín de vástagos repartidos por todo el planeta, solo que a él le dejaba estar a su lado por ser el primogénito, el único que poseía la fuerza de su sangre.

Caleb se tumbó al lado de Mara. Su cuerpo desnudo quedó al descubierto solo bañado por la cálida luz de las velas. Ella se cubrió los senos con la sábana al sentir un repentino pudor a su lado, pero se deleitó contemplando la musculada figura de su compañero. Cada parte de su anatomía parecía cincelada por algún maestro escultor especializado en la simetría de las formas, cuyo trabajo se había perfeccionado durante días para la obra maestra que tenía ante sus ojos.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Sí, un poco. Lo siento, pero no te haré la misma pregunta...

—No te preocupes, el sexo me quita el apetito, especialmente si es bueno... —le guiñó el ojo—. ¿Sabes? Ha sido fantástico, creo que la mejor noche de sexo que he tenido en mi vida.

—No te rías de mí, por favor, no sabía ni qué hacer...

—Ha sido perfecto, te lo aseguro. No quiero ni imaginar lo que llegaría a ser con más práctica, lástima que...

—No sigas, no quiero que me recuerdes el *Festum* constantemente. ¡Olvídalo! Por favor, no estropees el momento.

—De acuerdo, pediré que traigan algo de comida para ti, pero al amanecer debes regresar a tu celda. Mañana darán los nombres de los festantes y deben encontrarte allí. Te darán algo para dormir, así que pasarás casi un día durmiendo. De lo contrario, no descansarías pensando en que vas a morir o por la emoción de que puedas volver a ser libre. Créeme si te digo que es

sumamente difícil sobrevivir, casi imposible.

—Lo sé, mis padres me hablaron de ello. No te preocupes, me hago cargo. Pero mientras haya juego, hay esperanza, ¿no?

—Solo puedo decirte que podremos olerte, presentirte, observarte, acecharte y encontrarte en cada rincón de la isla, no hay escapatoria posible. Tal vez si encuentras un buen lugar para esconderte y solo te enfrentas a uno de nosotros puedas sobrevivir hasta el amanecer, pero a medida que los festantes disminuyan, seremos más los que podremos darte caza.

—Mis padres me contaron que te hacen un corte para poder seguir el rastro de tu sangre...

—Sí, es cierto, lo olvidaba. Tú juegas con ventaja, sabes muchas más cosas que cualquier humano. Nadie que ha ido a Isla Menor ha regresado a Isla Muerte, excepto tú, claro. No obstante, no debes confiarte, cuando tus padres sobrevivieron al *Festum* fue en los primeros años, los vampiros estábamos menos organizados y, además, el sistema de cámaras y vigilancia no era óptimo, por lo que algunos festantes consiguieron burlar la seguridad del juego.

—Sé más de lo que imaginas —dijo levantándose. Se detuvo ante un espejo y se meció el pelo. Sus bucles de fuego se movieron sobre sus hombros desparramándose por la espalda, su piel se erizó al sentir los labios de Caleb en su piel de nuevo, ni siquiera lo escuchó acercarse. Él la besó con ternura en el hombro, y la sábana cayó a sus pies, dejándola completamente desnuda frente a su amante. Caleb volvió a tomarla y la besó sin premura. La lentitud con que sus labios se buscaban les proporcionó un placer infinito. Los dos entrelazaron las manos mientras se besaban. Junto a la ventana de la cámara de Caleb se veía la luna llena, bañando con su clara luz la silueta de la isla.

— Es en forma de “F”, ¿verdad? —susurró, interrumpiendo el beso.

—¿El qué? —preguntó absorto, despertando de la fragancia de su piel.

—La letra que nos dibujan al cortarnos la piel, la figura con la que nos marcan... lo digo porque mis padres tienen una enorme cicatriz en el hombro. Cuando tuve uso de razón, les pregunté qué era, y cuando tuve la edad suficiente me lo explicaron.

—Sí, pero puede hacerse en cualquier parte del cuerpo. A aquellos que se ven más débiles y que pueden dar menos juego, les hacemos el corte en una pierna, esto les impide correr demasiado. De todas formas, están condenados y así nos evitamos perder el tiempo persiguiéndoles.

—Pero, ¿eso no es justo! Los atraparéis enseguida —protestó, separándose de él y recogiendo la sábana del suelo. Él la miró con gesto contrariado por haberse separado de él, como si hubiese despertado de un placentero sueño de forma repentina. Suspiró y descubrió que, si quería volver a tenerla a su lado, y volver a lo que estaban haciendo antes, debía explicarse mejor.

—Difiero en tu protesta. Os damos bastante tiempo para que podáis correr, esconderos, buscar algún tipo de arma de las que hay escondidas por la isla...

—¿Cómo dices? ¿Hay armas? Eso lo desconocía, cuéntame más. —él la miró detenidamente. Tal vez le estaba contando demasiado, quizás debía callarse...

—Lo siento Mara, no puedo seguir. Lo que sí te diré es que solo hay cinco zonas en toda la isla. Yo que tú me dirigiría ala que está más alejada, suele ser la última en caer.

—¿Me estás ayudando? —sonrió.

—No, solo quiero que no pienses que somos tan mezquinos. El *Festum*, en cierto modo, es justo y una prueba de valentía y superación personal. Solo aquellos que demuestran ser los mejores entre los humanos merecen vivir. Es una especie de indulto hacia los mejores ejemplares... No sé si me explico, tal vez lo estoy complicando y pensarás que soy un diablo.

—Bueno, no tanto. Solo pienso que eres todo lo mezquino que se puede ser al confesarme que la próxima vez que nos veamos me vas a asesinar.

—Podría ser diferente...

—¿Cómo?

—No sé, podría tratar de convertirte... —dijo a lo loco, improvisando para que ese momento que vivían juntos no se desvaneciese.

—¡No! De eso nada. Preferiría morir en el *Festum* mil veces bajo las fauces de uno de esos cániros antes que convertirme en uno de vosotros.

—¿Qué tiene de malo ser un vampiro?

—Todo.

—Eres algo injusta, ¿no crees?

—Puede, pero la injusticia es lo que os define, asesinando y masacrando a miles de hombres para después criarnos como a borregos para volver a llevarnos al matadero. Perdona, no tienes ni idea de lo que es injusto en la vida, deberías pasearte por los lugares donde la gente sufre. ¡Mírate! Rodeado de todas las comodidades y consiguiendo todo lo que deseas casi antes de que comiences a quererlo. Te jode que no quiera que me conviertas, ¿verdad?

—Aunque quisiera, no podría. Eres la festante estrella de esta edición, mi padreno lo permitiría, ni los que están con él organizando la Noche de la Libertad. Lo tenemos muy difícil.

Mara se quedó mirando a sus melancólicos ojos que volvían a derretirla, se dirigió a la cama para esconderse entre las sábanas. El servicio llamó a la puerta para traer algo de comida destinada a saciar su apetito. Cuando el sirviente se hubo ido, Mara emergió del revoltijo de cojines y sábanas revueltas que se encontraban sobre el lecho en el que había hecho el amor por primera vez y lo recibió más alegre.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó picarona.

—¡Dispara!

—Quiero que seas tú el queacabe con mi vida, llegado el momento. ¿Podrías? —preguntó de forma directa. Caleb estuvo a punto de responderle que sí, podría matarla allí mismo y le contaría a su padre que la heroína de Isla Menor había desaparecido, pero algo le revoloteaba en el estómago que no le dejaba decir todo lo que pensaba. Nunca había tenido ningún miramiento con las humanas, se sustituían por otras nuevas, y punto. Le estaba ocurriendo algo increíble con ella, algo que le hacía saltarse todas las normas y le hacía ignorar su sentido común.

—Claro que podré —trató de responder con seguridad—. ¿Estás segura? ¿Prefieres que sea yo?

—Sí, por supuesto. Deseo que sean tus ojos lo último que vea de este mundo, y perderme en ellos mientras los míos se cierran hasta que

desaparezca. Supongo que la muerte no es dulce, pero nadar en tus ojos me ayudaría a abandonar esta vida.

—Como desees, Mara. Ahora podrías comer algo del festín que he mandado preparar para ti. Te dará fuerzas para mañana, lo necesitaremos.

5 · Compañía

Ya en su celda, casi no pudo dormir nada. Los febriles recuerdos de alcoba asaltaban su memoria en aquel camastro duro y húmedo, haciéndole echar de menos aquel mullido colchón y a su acompañante. Recordó lo a gusto que había descansado tras haber hecho el amor con Caleb. Había regresado tan temprano que nadie se percató de que no había dormido allí, Caleb le ayudó a colarse y burlar la vigilancia. Apenas si había dormido, un par de horas en brazos del vampiro. A pesar de no haber descansado, no tenía sueño, solo deseaba que todos se pusiesen en pie y el día comenzase ya. Deseaba contar lo que le había ocurrido, no todo, pero al menos compartir su dicha con otra persona. Miró hacia la celda de Melanie y la vio allí tumbada, hecha un ovillo. Quiso despertarla para contárselo, sin embargo, le dio pena importunar su descanso.

Se colocaron el áspero uniforme para ir a desayunar. Mara no tenía hambre, había comido bastante cuando estuvo con Caleb. Él no había probado bocado y en las bandejas había comida suficiente para satisfacer a diez comensales. Él justificó tanta comida argumentando que no sabía qué le gustaba, así que pidió un poco de todo. Mara le dio su comida a Melanie, que la aceptó con agrado, aunque algo extrañada. La comida no era algo que abundase en prisión y no era normal dejársela. La muchacha imaginó que Mara estaba nerviosa y por eso no tenía hambre. Tras el desayuno, les indicaron que debían dirigirse al patio central que se encontraba entre las cárceles y los criaderos. El lugar había sido cubierto con grandes paneles opacos para evitar que la luz del sol se colase por cualquier resquicio. Aun así, los guardias que estaban subidos sobre los tejados no parecían muy entusiasmados con la idea de que tantos humanos fuesen congregados durante el día. Los grandes altavoces del impresionante lugar resonaron antes de que la voz siniestra y grave de Gornav hiciese retumbar cada una de las piedras de las construcciones que los rodeaban. Tras una extensa introducción y justificación de la barbarie que estaba a punto de comenzar, Gornav, que aparecía en la pantalla gigante con un aspecto imponente y cuyos rasgos le recordaron a Caleb, se dispuso a dar la relación de la treintena de participantes. Mara ya sabía que ella sería uno de

ellos.

No tuvo que esperar mucho pues el líder de los vampiros explicó que ese año solo se había permitido el lujo de escoger a un candidato, alguien muy especial. Mara tragó saliva, estaba segura de que su nombre vendría después.

—La primera festante de este año es Mara Malone —anunció, mientras una enorme imagen de su rostro aparecía en la gigantesca pantalla, detrás del vampiro.

De repente, Mara observó su rostro en aquella enorme pantalla mientras aparecía con sus padres en Isla Menor, paseando, e incluso limpiando las celdas en esadecrúpita cárcel, era como un resumen de su corta existencia en imágenes. Imaginó lo que hubiese supuesto que imágenes de su tórrida noche con Caleb hubiesen aparecido a ojos de todos. Mara esperaba que esto ocurriese, no era una sorpresa. Sin embargo, lo que le sorprendió fue que se formó un gran círculo a su alrededor, muchos la señalaban. Extrañada, no supo por qué todos la miraban como si de un bicho raro se tratase. Miró de nuevo a la pantalla y vio que se estaban proyectando imágenes de las técnicas y los entrenamientos que sus padres le habían enseñado durante su adolescencia. Cuando su imagen quedó congelada en la pantalla, se mostró el número con el que los vampiros podían apostar por ella. Solo por esas imágenes y por haberla elegido el propio Gornav, las apuestas en su nombre estarían subiendo como la espuma, eso sin contar con el hecho de que era hija de unos supervivientes del *Festum*.

Pronto los nombres se sucedieron sin descanso. Mara no les prestó casi atención, hasta que pronunciaron uno que le heló la sangre: —Melanie Curtis, el número 345672—. Su amiga casi se desmaya al escuchar su nombre, comenzó a gritar de la emoción. Todo lo contrario que Mara, que sentía cierta compasión por todos los festantes elegidos.

—¡Por fin! ¡Vamos a salir de esta mierda! —gritó exaltada, dando brincos de alegría.

Mara estuvo tentada de pedirle que bajase la voz, no podía oír los demás nombres, pero Melanie saltaba abrazada a ella como si le hubiese tocado la lotería.

—Adam Thomson —pronunció la voz metálica del vampiro que ayudaba a

Gornav en el nombramiento de los festantes.

Ese chico sí lo conocía. Había llegado hacía poco al módulo donde limpiaba Mara, y habían entablado conversación en alguna ocasión. Él, al contrario que Melanie, no se lo tomó bien. Su ceniciento semblante mostraba que no le enloquecía la idea de tener que correr a muerte para salvar su vida, lógico. Adam era uno de los sementales, y de los buenos, pero por culpa de un altercado en el hospital, lo habían relegado a las fronteras exteriores de la cárcel como limpiador mientras decidían qué hacer con su personalidad inestable, o se corregía o acabaría en una de esas ordeñadoras hasta que no le quedase una gota de sangre. Finalmente, habían decidido incluirlo en la lista del *Festum*. Aunque era un poco mayor, veinte años, falsearon un poco los datos para que pudiese entrar, según la pantalla tenía dieciocho. Esa noche no había reglas, tampoco se entendía de protocolos, los vampiros querían espectáculo, eso era todo. Querían seguir demostrándole al mundo en qué nos habíamos convertido y que ellos eran los únicos dueños y señores del mundo. Mara no sabía la gravedad de lo que había hecho Adam, pero debía ser algo grave cuando se lo querían quitar de en medio. Por otra parte, el chico era un reclamo para las audiencias. Cuando su rostro apareció en las pantallas, se escucharon muchos vítores por todas partes. Mara pensó que debía hablar con él para tratar de ayudarse mutuamente la noche del *Festum*. Trató de buscarlo, pero, cuando miró de nuevo, ya se había confundido con el gentío.

El siguiente nombre que pudo escuchar fue el de Meltzer, un chico de color que había venido hacía unos seis meses de una tierra lejana. No lo dejaban socializar con los demás y, al igual que a ella, lo habían destinado directamente para esa gran noche. Una noche, hacía unas semanas, Mara escuchó a unos guardias hablando del muchacho. Por lo visto, lo habían encontrado en un remoto lugar, una isla sudafricana, donde quiera que quedase aquello, pero lo interesante era que los vampiros se quejaban del hecho de que aquella isla había permanecido aislada y no la habían descubierto hasta entonces. Los humanos habían permanecido libres, sin control durante todos estos años. Aquella conversación despertó en Mara la esperanza de que aún existieran pequeños reductos o rincones en el inmenso planeta que los vampiros no hubieran podido controlar, lugares en los que los humanos vivieran aislados, ajenos al cruel destino del resto de la humanidad. Sus padres le contaron que los pedazos de tierra estaban separados por grandes

extensiones de mar u océanos. Tal vez fuese posible que los vampiros no hubiesen llegado a todos los rincones habitables del planeta.

Pronto olvidó esa idea del paraíso terrenal para centrarse en la lista de nombres que parpadeaban en letras luminosas sobre la gran pantalla.

Treinta, como siempre, treinta incautos, víctimas de un horrible juego, solo que esta vez ella misma era uno de ellos. Tantos años escuchando hablar de esa estúpida noche, tanto tiempo temiéndola, asustada por tener que enfrentarse a algo así, y ahora que faltaba un día para que comenzase, no se encontraba siquiera nerviosa. Tal vez debió ser por su encuentro con Caleb, o por la sangre de upiro que llevaba en su cuerpo. Lo que quiera que fuese, le confirió una fortaleza y determinación inaudita en ella. Supuso que al atardecer los conducirían hasta unos habitáculos especiales, les dormirían durante veinticuatro horas, y después despertarían un par de horas antes del anochecer. El *Festum* comenzaba a las 19.00 y duraba 12 horas, hasta las 7.00 de la mañana. El que lograra llegar vivo hasta el amanecer conseguiría escapar de esa pesadilla.

Recorrió la lista de nombres, todos desconocidos, no le decían nada. Así era mejor. Debía hablar con Melanie para que permaneciesen juntas y pudiese ayudarla. Las pistas que Caleb le había dado podrían serles de gran ayuda. El vampiro parecía sincero cuando le reveló los entresijos del *Festum*, aunque tampoco podía creerlo todo a pies juntillas. Al fin y al cabo, Caleb estaba dispuesto a matarlos por pura diversión. Entonces, se bloqueó, cerró los ojos y los abrió de nuevo, deseando que su vista le hubiese jugado una mala pasada. Tuvo que leerlo de nuevo. Un nombre apareció de repente en mitad de esa lista, como un hachazo que la partió en dos. Notó que sus piernas le temblaban, sintió que la visión se emborronaba, parecía que se mareaba. No podía ser, no era posible, no podía tener tan mala suerte... Sabía que él no era ya tan joven, había sobrepasado la veintena y además ya había participado en aquella noche macabra, había ganado su libertad y Mara no entendía por qué habían incluido su nombre, debía ser un error. Si era él realmente, no entendía por qué no habían dicho nada al respecto, al igual que habían hecho en otras ocasiones. Lo leyó de nuevo y su nombre se grabó en su retina como si le fuese tatuado a fuego lento en el corazón: "Ethan Ford"

El nombre se clavó en su mente, las sienas comenzaron a bombardearlo, la presión estaba escalando hasta su cerebro. Respiró profundamente y trató de mantener la calma, debía existir una explicación para ese error, debía tratarse de una equivocación; tal vez alguien se llamaba igual que Ethan, su Ethan..., su compañero de diversión y juego en la isla.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Melanie, sujetándola. Mara se tambaleó a su lado— ¡Estás muy pálida!

Tardó unos instantes en responder.

—Debe ser un error —repitió varias veces como un autómatas.

—¿Qué pasa, Mara? ¡Dime algo, me estás asustando!

—Ese nombre: Ethan Ford. Creo que se trata de alguien que conozco de antes de llegar aquí...

—Pero, ¿Cómo? No entiendo... Has pasado dos años en este sitio. ¿Cómo es posible?

—Debieron traerlo aquí desde la isla, después de que me capturasen...

—Pero no han dicho nada de su procedencia...

—Está claro que quieren matarlo, quitárselo de en medio. Si se trata de él tengo que buscarle, debo averiguar si es él realmente. ¡Hay que encontrarlo!

Mara se apartó de su amiga y levantó la vista por encima de la muchedumbre. Recordaba que Ethan era castaño, con unos penetrantes ojos azules y muy alto, su metro noventa sobresaldría por encima de los demás. Continuó buscándolo, pero no encontraba nadie que se le pareciese. “¿Y si es una trampa, una manera de volverme loca?”, pensó.

Recorrió varios metros buscándolo por todas partes, sin éxito. Melanie la seguía pidiéndole que se tranquilizase o los guardias la apresarían. Mara sabía tan bien como ella que no podían abandonar el límite de su pabellón, no podían mezclarse con los demás festantes que no estaban encarcelados. Melanie fue testigo de cómo uno de los guardias, ataviado con casco negro y ropajes oscuros, protegido con un chaleco y protecciones negras flexibles, las observaba, pronto daría la voz de alarma. Los guardianes se ocultaban en su armadura negra de la luz solar, que los podía debilitar hasta el punto de

matarlos. Los vampiros habían creado una indumentaria que impedía que la luz del sol los abrasase. El único inconveniente era que cada dos horas debían ser relevados por otros vampiros, no podían aguantar por más tiempo el sofocante calor que soportaban bajo esos trajes.

—¡Mara! ¡Para! Vas a hacer que nos maten. No sigas, no podemos salir de aquí.

Mara no la escuchaba, solo cuando su amiga la sujetó de los hombros y la obligó a que la mirase a los ojos, se detuvo.

—¡Mara! ¡Por favor!

—¡Lo siento! Tienes razón, no debe andar por aquí. Debe tratarse de una trampa, volvamos.

Entonces, como una exhalación, algo la agarró fuertemente y la arrebató del lado de Melanie. Algo la empujó detrás de una esquina del edificio, donde los guardias no podían verla. Melanie pensó que su amiga había sido apresada por los guardias. Una mano tapó su boca para que no gritase.

—¡Mara! ¡No grites, soy yo, Ethan!

Mara relajó su postura, aún a la defensiva. Entonces saltó de alegría a sus brazos. Ethan era el único joven de Isla Menor. Ella tenía quince años y él tenía dieciocho recién cumplidos cuando llegó a Isla Menor tras sobrevivir al *Festum*. Ahora tendría unos veintiuno. Se convirtieron en los mejores amigos, eran como hermanos. Ella le enseñó a pescar, cazar y a moverse por la isla. Ethan fue el último superviviente que había llegado de Isla Muerte. Desde su llegada, nadie más logró la libertad. Le había contado horribles historias de lo que les hacían a los humanos en Isla Muerte, cosas que más tarde ella misma tuvo que ver e incluso sufrir en su propia piel.

Para muchos de los habitantes de Isla Menor los dos formaban una buena pareja, y aunque jamás había ocurrido nada entre ellos, pues se respetaban demasiado, Mara lo había sorprendido en más de una ocasión mirándola de otra manera, de esa forma especial en que miras cuando alguien te gusta. Ella misma reconocía que había fantaseado con abrazar su cuerpo y sentirlo cerca de ella. Una vez, cuando era de noche, se bañaron desnudos en una pequeña poza del riachuelo. Cuando ella se acercó, él trató de tapar su entrepierna y, ruborizado, se alejó nadando. Ahora sabía lo que le había ocurrido y lo que

sentía por ella. Mara era por entonces bastante ingenua y jamás hubiese imaginado nada sexual entre ellos.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? Leí tu nombre y no pude creerlo... ¿Y mis padres? ¿Están bien?

—Sí, no te preocupes. Hace tiempo que no los veo, pero me dijeron que cuando te viese te recordase lo mucho que te quieren.

Los ojos de Mara se inundaron de lágrimas al saber que sus padres estaban bien. Por fin se desprendía de una gran angustia. No sabía si los habrían matado y habrían destruido su preciada isla, respiró aliviada.

—Al ver tu nombre pensé que os habían hecho algo.

—No tienes por qué preocuparte. Cuando te fuiste se quedaron muy tristes, yo también, me pareció tan injusto que a estas alturas del juego te apartasen de su lado. Ellos ya habían ganado su libertad y, si eran libres cuando te tuvieron, tú también eras libre. Me pareció una gran injusticia, no pude soportarlo y día tras día me juré que haría lo que estuviese en mi mano para devolverte con ellos. Durante un año me acordé de ti cada día, apenas si podía dormir pensando las barbaridades que estarías sufriendo en este lugar, al que prometí que jamás regresaría por nada del mundo... Me equivoqué —acarició su mejilla de la misma manera que había hecho tantas veces en el pasado—. Así que, al año siguiente, cuando vinieron a decirnos que ningún superviviente del *Festum* vendría a nuestra isla, les dije que me ofrecía voluntario para participar en el siguiente. Sabía que te estaban reservando para este.

—¿Por qué hiciste eso, Ethan?

—Por ti, Mara.

La joven se conmovió tanto que lo abrazó con más fuerza y derramó unas lágrimas en su hombro. Él la besó en la cabeza y agarró su mano para darle ánimo.

—No podía dejarte sola, sabía que este año, cuando hubieras cumplido los dieciocho, te obligarían a participar en el *Festum*. Estos vampiros son muy previsibles después de todo. Así que, complacidos por lo que significaba mi presencia en el espectáculo, aceptaron hace unos meses. Solo me hicieron una advertencia, no podía ponerme en contacto contigo hasta el *Festum*. Les he

desobedecido, pero no podía aguantar más tiempo sin verte. Además, me prometieron que participaría de manera anónima, como si hubiese sido cosa mía el introducirme en el juego.

—Ethan, eres un insensato, sabes que puedes morir...

—Les prometí a tus padres que cuidaría de ti, y que volverías a esa isla, y así lo haré. Tú me devolviste la vida cuando llegué a Isla Menor. Entonces no creía en nada, ni en nadie. El ser humano no significaba nada para mí, la vida no merecía la pena vivirse, solo quise escapar de Isla Muerte por no darles la satisfacción de acabar con mi vida. Yo sería el que decidiese cuándo me quitaría de en medio. Esa fue mi intención cuando llegué a la isla, pero entonces te conocí a ti y a tu maravillosa familia. Tú cambiaste mis prioridades, tú me devolviste a la vida, no el *Festum*—el joven deslizó su capucha y reveló su nuevo aspecto ante Mara.

—Pero, ¿qué te has hecho?

—¿No te gusta?

—No sé... Estás raro, te recordaba más...

—¿Rubio? Sí, tuvieron que cambiar el color de mi pelo, hicieron desaparecer el color bronceado de mi piel y he tenido que tatuarme el cuello y este lado del rostro, que ha sido lo más doloroso. Me he dejado crecer la barba y todo lo he tenido que hacer para que no me reconozcan. Imagina qué ocurriría si descubren que un superviviente vuelve a ser enviado a luchar por su vida, los humanos montarían en cólera y habría una revuelta. Los vampiros no quieren eso, esa será su noche, su gran diversión. Solo los vampiros más influyentes conocen mi verdadera identidad.

—¿Qué ocurre aquí? —irrumpió Melanie—. ¿Quién eres tú, tío? ¡Tú, apártate de mi amiga!

—No te preocupes, Melanie, es un viejo amigo, no hay problema, todo está bien. Más tarde te lo explicaré.

—De acuerdo, jovencita, vámonos de aquí antes de que el centinela nos pille en esta zona, no quiero sentir el ardiente calambrazo de esa porra eléctrica en mi espalda.

—Tiene razón, debemos separarnos, no te preocupes. ¡Te buscaré en el

Festum!

—Vale, Ethan. ¡Gracias por todo! —gritó doblando la esquina y lanzándole un beso. Él lo recogió con la mano y lo dirigió hasta su corazón, sin que ella lo viese. Sonrió y volvió a colocarse la capucha, perdiéndose de nuevo entre la gente.

Ese encuentro, en principio furtivo y oculto en mitad del gentío, fue visto por alguien más, un centinela les había seguido y comprobó cómo la cara de Mara se había iluminado al encontrarse con el atractivo humano. Tras su traje oscuro y su casco protector, el guardián sintió una punzada de celos en el estómago sin saber bien por qué, y se alejó enfadado. Se dirigió hasta el interior del edificio aprisa. Una vez dentro, otros centinelas se dirigieron hacia él haciendo una reverencia. Se quitó el casco y lo tiró al suelo.

—Quiero que me pongas en la pantalla los datos de los candidatos del *Festum* —ordenó.

Cuando los datos de la treintena de humanos aparecieron, señaló con firmeza sobre el rostro de uno de ellos. El líquido de la pantalla digital se hundió bajo su dedo, distorsionando el rostro del hombre.

—Este debe ser el primero en ser eliminado—leyó su ficha y comprendió de dónde procedía—. Por lo visto ha querido desafiarnos y se ha presentado voluntario de nuevo al *Festum*. Se cree que podrá escapar una segunda vez... En esta ocasión no saldrá tan victorioso, os lo aseguro —masculló—. ¡Dejádmelo a mí!

—Pero, señor, Gornav dijo que lo reservásemos para el final. Es uno de los más fuertes y de los que más juego pueden dar...

—¿Me estás desobedeciendo?

—No, señor, pero no entiendo esa inquina contra un simple humano... Además, no debería mezclarse en las decisiones del juego. Su padre y el consejo son los que lo dirigen. Si no está de acuerdo con alguna decisión... debería hablar con él.

Caleb levantó el puño en señal de advertencia. El vampiro se encogió y situó a Ethan en la primera línea de fuego, en los primeros que los segadores buscarían. Caleb se prometió que trataría de acabar con él personalmente.

Salió de la sala echando humo y se dirigió a sus aposentos, tenía que prepararse. Durante el trayecto, cayó en la cuenta de que si Mara estaba con él, ella también sería una de las primeras en caer... “Ningún plan es perfecto, qué le vamos a hacer...”, pensó enfurecido.

6· Las Pruebas

Cuando todos se disiparon, los treinta fueron conducidos a uno de los pabellones traseros. Debían tomarles medida para la ropa, entregarles su equipo de supervivencia, recordarles en qué consistía el *Festum* y debían ser marcados. Esa era la parte que menos les gustaba a todos, pero entendían que era un pequeño precio por la libertad. Después de todo, se jugaban la vida, qué podía importar un requisito más.

La marca era una especie de tatuaje, en concreto en el omóplato izquierdo. Tenía forma romboidal, rodeada de una especie de dibujo de espiga con unos puntos a los lados y dos pequeñas flechas abajo. Era una nueva forma de identificarlos, sus padres no tenían esa marca, por lo visto era una práctica más reciente. Mara recordó los cortes en brazos y piernas, pero pronto supuso que era pronto para recibirlos. Lo del tatuaje era algo nuevo y la desconcertó un poco, Caleb no le había hablado de ello. “¿Cuántas cosas me habrá ocultado?”, se preguntó. El tatuaje simbolizaba un laberinto que solo poseía una salida, señalada por las flechas inferiores, a la que debían llegar si se quería salir de él. En caso de sobrevivir, llevarían esa marca de por vida, les serviría para demostrar su libertad, al contrario que ocurría con los esclavos en los tiempos de esclavitud del ser humano. De esta manera, en caso de ser encontrados por un vampiro, este les debería perdonar la vida. Constituía una señal de advertencia. Si un humano con esa marca moría desangrado a manos de un vampiro, habiendo pasado el *Festum*, el vampiro sería localizado, pues su mordedura dejaba un rastro característico y único, como el ADN de los humanos, y tendría que vérselas con Gornav, hecho que no era muy recomendable. De todas formas, era improbable que un festante superviviente se alejase de Isla Menor. Allí estaban seguros y nadie tentaba la suerte de volver a toparse con los vampiros en otro territorio.

Solo había un pequeño problema con el tatuaje. La marca se hacía con un hierro incandescente, al rojo vivo. El metal se posaba durante unos segundos en la piel de los participantes. El olor a carne chamuscada y los alaridos de los festantes al final de la sala hicieron que Melanie y Mara se estremeciesen. Estaba claro que ese método era más rápido que buscar un tatuador, pero

infinitamente más doloroso. Más que nunca, Mara fue consciente de que para ellos los humanos eran meros animales, trozos de carne que se utilizaban para su conveniencia: alimento, diversión o placer.

Llegó su turno. Detrás del biombo había una vampira ataviada con una bata blanca y un hierro, que introdujo en las brasas. Los restos de piel y carne de su amiga, todavía adheridos al metal, se desintegraron bajo una pequeña nube de humo que sobrevoló por encima de la lumbre. Se suponía que el metal ya estaba esterilizado y listo para ser usado de nuevo.

—Mara, ¿verdad? —preguntó la vampira. A su lado había una especie de pantalla de ordenador, sin soporte visible, que le mostraba todos los datos que se conocían sobre ella.

—Sí, soy yo.

—Toma esta pomada para después, tu herida habrá cicatrizado para cuando te levantes del sueño que te proporcionará tomar esta pastilla —levantó la mano para que la viese—. También hará que te duela menos. Yo no soporto el dolor, pero tú tienes cara de valiente. Sin embargo, mi amigo te sujetará por si acaso. No queremos que te lastimes antes de la Gran Noche.

—No creo que sea necesario...

—No te preocupes, querida, lo hacemos con todos. Cuando acerque el hierro al rojo vivo hacia tu piel, tu cuerpo reaccionará advirtiéndole al cerebro para que trates de escapar, ya hemos tenido muchas experiencias anteriores... —la vampira le mostró la pierna bajo la falda, apareciendo media marca del *Festum* en su muslo—. Gajes del oficio. Por suerte, el festante no me la clavó en un ojo.

Antes de que pudiera reaccionar, el enorme vampiro la sujetó por delante y la otra mujer vampiro le posó el hierro incandescente en la espalda, escuchó un *ssssh* y olió su propia carne quemada. No sintió dolor en un primer instante, pero cuando retiró el hierro, gritó como cuando marcaban a los animales. El dolor era tan insoportable que, deno estar sujeta, se abría llevado las manos a la espalda para arrancarle el hierro a la mujer y partírselo en la cabeza. Sintió que se mareaba por un segundo, pero después comenzó a chillar de dolor hasta que fue tranquilizándose.

—Espera un instante, que ya estamos, voy a untarte la crema. No olvides

ponértela otra vez antes de dormir, o no se curará.

Mara hizo un gesto de asco hacia ambos, agarró el bote dejándolos prepararse para la siguiente res en marcar. Una bolsa con todas las cosas que necesitaría la esperaba en la otra habitación. La cogió con desagrado y continuó avanzando.

—¡Ponte esto! Vamos a hacer el reconocimiento de tu estado físico. Os dividiremos en tres grupos: avanzados, medios y condenados —sonrió—. Pareces en forma, yo te pondría en los medios, al menos.

—Un detalle por tu parte.

—No tardes o te pondremos en los condenados —le advirtió el fornido vampiro.

Tardó cinco minutos en cambiarse. El mono oscuro que le habían entregado era una especie de neopreno de goma que la cubría desde el cuello hasta los pies. Se calzó unas zapatillas de deporte, también oscuras, y una especie de gafas que no sabía cómo funcionaban. Cuando salió, vio a Melanie. Junto a ella se encontraban otros diez candidatos. Todos tenían el mismo aspecto ridículo. Se acercó a Melanie y levantó las gafas con gesto de sentirse imbécil. No tenía ni idea de para qué servían.

—Gafas de visión nocturna, Mara. Los vampiros nos dan esa pequeña ventaja durante el *Festum*. Supongo que necesitarán que veamos en mitad de la oscuridad, o acabarían con nosotros en un periquete.

—¿Qué se supone que vamos a hacer aquí?

—Son unas pruebas para dividirnos. Además, los mejores de cada grupo ganan un arma para el *Festum*.

—¿Cómo? ¿Un arma? Mis padres jamás me comentaron nada al respecto.

—Por lo visto es una novedad de este año, de uno de los organizadores del *Festum*, un tal Calden...

—Caleb —la corrigió sin darse cuenta.

—¡Ese! El hijo de Gornav, pero, ¿cómo lo sabes?

Un grupo de vampiros entró en el recinto. Eran los de primera, como Melanie los llamaba. Ella dividía los vampiros en dos subgrupos: los de

primera, aquellos que no hacían nada para ganarse la sangre que consumían, podían tener todos los privilegios, y sus excesos no eran castigados; y los de segunda, aquellos pobres vampiros serviles, asustadizos y silenciosos, que vivían una vida de monjes y eran quienes se cargaban todo el trabajo duro. Los vampiros que acababan de entrar se distinguían por su porte y sus ropajes. Entre ellos apareció Caleb que, sin siquiera mirarla, se sentó en una especie de sillón, desde donde podía ver cómo se desarrollaría la prueba de habilidad.

Mara no estaba concentrada porque la presencia de Caleb la inquietaba. No habían transcurrido ni veinticuatro horas desde que habían hecho el amor como desesperados amantes que llevasen sin recorrer el cuerpo del otro durante años, y ahora, ni siquiera la miraba. Lo comprendió, no podía jugarse el cuello por ella, Gornav no le perdonaría. Ella tampoco haría ninguna tontería como saludarlo. Delatarlo significaría el final. Tal vez él mismo hubiera tenido que mandarla ejecutar, por mentirosa.

En la prueba de habilidad debían correr por un circuito de obstáculos. Aquel que lo completase primero sería proclamado ganador y podría elegir entre una de las dos armas expuestas en la vitrina que estaba junto a Caleb. Todos los festantes fueron conscientes de la importancia de hacerse con una de las armas, les daría seguridad y más oportunidades de enfrentarse a los vampiros segadores y a las otras criaturas que les aguardasen en el juego.

Marano estaba concentrada, no podía evitar sentir que los ojos del atractivo y misterioso vampiro se posaban sobre ella. Sabía que era el centro de su atención y eso la incomodaba. Como cabía esperar, Mara estaba muy distraída. Al comienzo, se tropezó con un saco de arena que le había caído desde arriba y cayó de bruces, y acto seguido fue penalizada. Con suerte iría al grupo de los Medios. Una joven pelirroja de aspecto delicado y enfermizo, que corría cerca de ella, metió el pie en una trampa y quedó atrapada. De pronto, empezó a chillar y gritar amargamente. Cuando consiguieron que lo sacase del agujero, Mara descubrió que su tobillo estaba destrozado por un cepo de cacería mayor, como los muchos que habría distribuidos por toda la isla durante el *Festum*. Mara quiso girarse a ayudarla, pero se la llevaron en volandas con el cepo puesto. Esa joven ya no podría participar en el *Festum*, lloraba amargamente pues sabía que iría al grupo de los condenados, los

primeros en caer. Mara observó cómo algunos de los vampiros se relamían al verla llorar y llevarse las manos de dolor hacia el tobillo.

—Cerdos... —dijo para sí.

En la siguiente parte de la prueba, Mara comenzó esquivando los palos en movimiento que trataban de sorprenderla para hacerla caer de una pasarela de madera en la que se encontraba. Dudó un instante y se giró para mirar hacia donde él se encontraba, así que no pudo esquivar uno de los golpes de los grandes troncos que le sobrevino a la boca del estómago. El tremendo impacto la hizo tambalearse, estuvo a punto de caer sobre un lecho de afiladas rocas que tenían debajo, que no la mataría, pero la condenaría a una muerte segura durante el *Festum*, malherida no podría escapar de los vampiros. Caleb no pudo evitar levantarse de su sillón sorprendido. Entonces, una mano surgió de la nada y la agarró, salvándola.

—¡Salta! ¡No te distraigas! —dijo Meltzer, el joven de color con quien Mara acababa de contraer una deuda de por vida.

—¡Gracias! —le dijo, siguiéndolo y dejando atrás la pasarela. El muchacho continuó corriendo y ni siquiera le respondió. Meltzer estaba en forma. Si lograba completar el circuito, conseguiría entrar en el grupo de los primeros y el arma sería suya. Podían elegir entre un cuchillo de gran tamaño y un revólver. Todos querían la pistola recubierta en plata y con seis balas para poder defenderse de los vampiros segadores. El que la consiguiera solo podía permitirse fallar un disparo, los otros cinco tenían dueño: cada uno de los cinco vampiros segadores. Si se usaban con destreza, una bala de plata en el corazón de los vampiros sería suficiente para dejarlos fuera de combate. Mara no quiso imaginarse con el revólver en sus manos, apuntando a Caleb directamente al corazón. Si debía elegir entre su vida o la del vampiro, lo tenía claro, solo que no quería verse en esa tesitura.

Después, se dirigieron a la zona que simulaba un bosque. Allí debían trepar por un árbol para llegar a la plataforma superior y sacudir una campana, el primero que lo lograra era el ganador de la prueba. Cuando llegó allí, había seis participantes tratando de subir por el tronco, pero resbalaban y caían una y otra vez, desesperados. Meltzer llegó y apartó de un manotazo a una joven que estaba entorpeciéndole el paso, empezó a escalar con pasmosa tranquilidad. Tras él, subió Mara, a gran velocidad, casi tocaba sus talones

cuando el ascenso se endureció y los brazos de Meltzer comenzaron a fallarle.

—¡Vamos, sube! No puedo adelantarte, pero tampoco esperar. ¡Nos caeremos los dos! Y la altura ya es considerable.

—Creo que me voy a caer, no aguanto más —respondió rendido, el sudor perlaba su frente y un semblante de desesperación ensombreció su rostro.

—¡No seas bobo! Te he visto cómo corrías ahí abajo, es lo mismo, pero en vertical.

—De acuerdo, con una diferencia... tengo pánico a las alturas.

—Pues no mires más abajo, sube, o yo misma cogeré el arma cuando gane la prueba y te pegaré un tiro en ese culo de nenaza cobarde que tienes.

El joven se ruborizó, miró hacia arriba y, como si Mara le hubiese inyectado una dosis de adrenalina en el trasero, subió con rapidez. Al final, coronó la cima y, jadeando, se tiró a un lado de la plataforma. Mara llegó cuando Meltzer estaba recobrando el aliento, podría ser su oportunidad para conseguir ser la primera, el joven estaba exhausto. En cambio, le dio un puntapié al joven, animándole a que siguiera para finalizar la prueba. Este se levantó de un salto y, tras tres o cuatro zancadas, alcanzó la campana. Tras él apareció Mara, que le guiñó y le animó a que la tocara.

El sonido metálico de la campana retumbó por las instalaciones, transformándose en la señal inequívoca de que la prueba había terminado.

Mara observó las puntuaciones del panel de clasificación desde arriba. Melzer y ella era los únicos del grupo de los primeros, seguidos por un grupo de seis personas que estaban en los medios, y siete, los más rezagados, eran los que conformaban el grupo de los desesperados. Desde aquel observatorio privilegiado, Mara vio como Caleb sonreía, creyó que era por ella, por lo bien que había quedado en la prueba, pero cuando vio que uno de sus guardias de seguridad bromeaba sobre el nutrido grupo de los desesperados, le dieron ganas de lanzarle la campana desde allí mismo y abrirle la cabeza.

Bebieron agua y se colocaron de nuevo en sus puestos. La segunda prueba, la de fuerza, iba a empezar. Adam Thomson y otro fornido joven, que Mara desconocía, sonreían al ver pesados sacos de arena apilados junto a unos paneles de madera con palos incrustados en ellos. Aquella prueba parecía

consistir en lanzar sacos contra el panel, aunque no lo tenían muy claro.

—Esta prueba se basa en mantenerse de pie, usando la fuerza de todo nuestro cuerpo, sin caer o rozar la arena de esos sacos, que deberéis esparcir bajo los paneles. De esa manera, comprobaremos si se han apoyado los pies en el suelo, aunque sea levemente. —Se sentó en su entronizado asiento y otro vampiro fue el encargado de dar la salida.

A priori, la prueba parecía fácil, sobre todo si se comparaba con la primera, pero unavez que los sacos estuvieron cubriendo todo el suelo debajo de los paneles y los festantes se colocaron sobre los palos de madera que parecían incrustados en el panel, uno para cada uno de sus extremidades, ya no lo parecía tanto. Después, sin previo aviso, uno de los soportes desapareció bajo sus pies o manos, haciendo que todos se tambaleasen, pero sin que llegasen a caer. Alguien los había retirado desde atrás, a traición, oculto tras el panel. El segundo en desaparecer lo complicó todo un poco más porque solo podían apoyar un pie y un brazo, pero podían sostenerse. Cuando el tercero, el último que sujetaba sus pies, desapareció, más de la mitad de los festantes cayeron sobre la arena, para deleite de los vampiros, que se rieron de ellos. Tres más fueron al suelo durante los primeros instantes. Era imposible sujetar todo el cuerpo con tan solo un punto de apoyo, únicamente los más fuertes podían hacerlo. Melanie apoyó a Mara desde su palo, al que se aferraba con las dos manos colgando como si fuese un saco de patatas. Mara adivinó en seguida que su amiga no aguantaría mucho en esa postura. Cuando los calambres apareciesen, caería al suelo. Meltzer y Adam también aguantaron, al igual que una chica alta y morena que había logrado asirse con una mano y había elevado su pierna, enganchándola en el palo también. Ninguno usó la técnica de Mara, aquella que su padre le había enseñado cuando jugaban a equilibrios en las palmeras de Isla Menor. Mara había acabado sujetándose con una mano y la axila del brazo contrario. Todos la miraron sorprendidos, pero sin echarle mucha cuenta. Pronto caería, no era de las más fuertes, a pesar de su técnica. Pasados cinco minutos, solo quedaban Adam y ella, hasta Meltzer había caído.

Adam la miraba con los ojos ensangrentados y la frente perlada de sudor, estaba claro que no resistiría mucho. Mara, en cambio, había cerrado los ojos para concentrarse y creerse que estaba en su querida isla, escuchando la voz

de su padre, lejos de aquella pesadilla. Al cabo de unos instantes, escuchó un golpe seco y, tras este, un grito de rabia. Adam había caído. Miró a los lados para comprobar que no había nadie más y se dejó caer al suelo con suavidad. Había ganado. Melanie corrió hacia ella para abrazarla.

—¡Has ganado, tía! Pero, ¿cómo cojones lo has hecho?

—Jugaba a algo parecido en casa con mi padre.

—Cada día me sorprendes más, ahora podrás elegir un arma. Coge la pistola y vuélale las pelotas a esos chupadores de sangre —rió a carcajadas mientras saltaba de alegría junto a ella. Alzó la vista y vio como Caleb ocultaba una media sonrisa de satisfacción bajo su mano.

Fueron reunidos en torno a las vitrinas. Meltzer y ella podían elegir un arma. Debían ponerse de acuerdo en cuál coger o los dos perderían el premio. Caleb abrió las vitrinas para mostrárselas. Cuando todos admiraban la empuñadura y el esbelto cañón de la pistola, Caleb le hizo una rápida señal a Mara con el ojo para que cogiese el puñal, menos aparente. Por algún motivo el vampiro le indicaba que lo eligiese. Estuvo a punto de no saber qué quería decir, pero cuando recuperó su rictus impertérrito, supo que debía hacerle caso.

—Yo quiero la pistola —se apresuró a decir Meltzer.

—De acuerdo entonces, yo me quedaré con el cuchillo —respondió conforme. Se recogió el pelo con una goma elástica. Tenía mucho calor y el sudor comenzaba a recorrer su espalda bajo aquel traje de licra.

—Voy a demostraros cómo funcionan, —anunció Caleb tomando el revólver. Sacó un par de balas de su propio bolsillo y disparó por sorpresa contra uno de los vampiros que allí se encontraba. El pobre diablo se retorció de dolor, pero no llegó a hincar las rodillas en el suelo. Pudo incluso dirigirse a Caleb y pedirle explicaciones. Entonces, volvió a dispararle en la cabeza y el corazón, solo entonces cayó al suelo, inerte.

—He necesitado tres balas, a corta distancia y con buena visibilidad. ¿Cuántas gastarás tú de noche, asustado y rodeado de peligros?

Llegó el turno del puñal, un arma que aparentemente parecía inofensiva, pero al final resultó que, apretando una pequeña hendidura con el dedo,

saltaba un mecanismo por el cual el puñal alargó tres veces su tamaño, convirtiéndose en una espada considerable, afilada y de aspecto mortal. Se giró entonces hasta uno de los vampiros más cercanos y, de un solo golpe, lo rebanó por la mitad. La hoja de la espada volvió a plegarse tras haberse dividido en tres hojas diferentes dentro del cuerpo del vampiro. Todos exclamaron de asombro. Todos, menos los pobres vampiros que habían muerto en la explicación.

—Como verás, has elegido bien, mujer —dijo refiriéndose a Mara—. Esta arma, que al principio parecía menos poderosa que la pistola, os ha demostrado que las apariencias engañan y que la daga es mucho más mortal que la pistola, ya que puede usarse en cientos de ocasiones sin que pierda su precisión y su dañino potencial. Le entregó el arma e introdujo un trozo de papel por debajo de esta cuando Mara la recogía.

Después, cuando estaba en el baño, a solas, desvistiéndose para darse, la que podría ser su última ducha, abrió el papel que Caleb le había pasado.

Si lees este papel es que lo has hecho bien. Enhorabuena. Más tarde iré a verte.

El arrugado trozo de celulosa se deshizo con el agua de la ducha que caía sobre su cabeza, llevándose los malos recuerdos del día y las preocupaciones por el *Festum* de la noche siguiente. Se dio cuenta de que estaba más nerviosa por volver a verlo que por lo que se le venía encima.

7 · Destino

Tras cenar, les fue entregada la píldora que debían tomarse a eso de las doce para dormir hasta el día siguiente. Mara se fue a su celda, Melanie le deseó que descansara, tenía un aspecto horrible, como si no hubiese dormido mucho. Su joven compañera de celda parecía bastante nerviosa, por eso le dijo que nada más pudiese tumbarse en el camastro, se tomaría la pastilla. La incertidumbre la carcomía por dentro.

Más tarde, cuando la luna parecía ser la única que se preocupaba por darles compañía y todos dormían, una sombra de la noche fue aproximándose a la zona de celdas donde Melanie dormía a pierna suelta, y Mara se limitaba a permanecer inmóvil y repasar las imperfecciones del techo, con los ojos bien abiertos por culpa del insomnio. Aunque ya era hora de dormirse, todavía esperaba la visita de Caleb. Aquella nota de papel citándola a un encuentro secreto, justo antes del *Festum*, la intrigó sobremanera.

“¿Qué quiere de mí? ¿Por qué arriesga tanto viniendo hasta aquí?”, se preguntaba mientras cerraba los ojos para ver si le iba venciendo el sueño.

Escuchó un ruido furtivo cerca de su celda, pensó que sería él, pero cuando levantó la cabeza resultó ser uno de los vigilantes que hacía la ronda. Cuando creyó que el vampiro se alejaba, la puerta se abrió y la sombra oscura se introdujo dentro, a su lado, tan cerca que no pudo dejar escapar un pequeño grito de asombro. Mara saltó de la cama en posición de defensa. No era la primera vez que había imaginado que alguno de aquellos desaprensivos y sanguinarios vampiros acudía a su celda en mitad de la noche, abusaba de ella o trataba de matarla bebiendo de su sangre hasta dejar un exangüe cadáver tirado sobre el suelo de la celda.

—No temas, Mara, soy yo, Caleb —susurró, tapándole la boca para evitar que el guardia los descubriese. Se despojó de la capucha y reveló su poderoso y sensual rostro de dios mitológico que la hacía tambalearse, recordándole todas las maravillosas sensaciones de la noche anterior. Caleb era arrebatadoramente guapo. Sabía que la había cautivado, aunque estuviese dispuesto a acabar con ella.

—Estaba a punto de tomarme esa especie de droga que nos dais...— observó su indumentaria, vestía como un guardia más—. ¿Dónde están tus ropajes de príncipe de las tinieblas? ¿Te has disfrazado?

—Sí, para venir a verte...—acercó su cuerpo al de ella, y la abrazó—. ¡Escucha! Es importante que sepas algunas cosas antes de mañana. No tengo mucho tiempo... Pueden haberme seguido.

Mara abrió los ojos para prestar atención, su vida dependería de ello. Él se sentó en el camastro y elevó una ceja al comprobar la dureza de la colchoneta donde dormía. De repente, se quedaron callados. Caleb no pudo resistirlo y se acercó a ella lentamente para besarla, como pidiéndole permiso. Ella lo deseaba también. Nada más ver sus profundos ojos verdes, sintió el fuego y el ardor de la noche anterior, pero ahora no estaba tan dispuesta a dejarse matar, ahora tenía más esperanzas de superar *la Noche de la Libertad*. La visita de Ethan le había hecho plantearse muchas cosas...Sabía a qué bando pertenecía, sabía qué era y quiénes habían estado de su parte todo ese tiempo. Caleb, en cambio, no pertenecía a su mundo, era un recién llegado que estaba en el bando contrario, en el que los oprimía. Además, Caleb pertenecía a esa clase de vampiros que dirigía y mandaba al resto. Era uno de los que imponía las reglas y los castigos que masacraban familias, separaban hijos de padres, descuartizaban muchachos y violaban a indefensas muchachas. Ethan, por el contrario, había arriesgado su vida, su libertad, todo lo que había conseguido sobreviviendo al *Festum*. Lo había hecho por ella, por salvarla. Caleb, en cambio, parecía que no deseaba o no podía salvarla, su destino era matarla. Lo que fuera que estaba naciendo entre los dos era contra natura, no llevaba a nada. Era una burla del destino, que estaba jugando con ellos. Mara supo que debía centrarse en ganar el *Festum*, solo que con Caleb cerca de ella no podía concentrarse de igual manera. Si no lo hubiese conocido antes...

Qué complicado era todo ahora que estaba en sus brazos. Así no podía pensar con claridad, era una muñeca a merced de un ser caprichoso e irresistible que se había encaprichado de ella pero que, más tarde, cuando se diese cuenta de que ya estaba cansado de jugar con su nueva diversión, la desecharía y se buscaría a otra. Mara no quería ser un juguete roto, una muesca más en su interminable lista de amantes y chicas abandonadas. De todas formas, había que ser realistas, lo suyo no tenía futuro. Ni siquiera sabía qué

hacía fantaseando con llegar a algo con el vampiro. Ella los odiaba, siempre había sido así, por todo lo que les habían hecho. Debía dejarse de bobadas románticas y centrarse en regresar a su hogar, tenía que aprovecharse de la debilidad del vampiro por ella y conseguir toda la información útil para el *Festum*. Ahora la pelota estaba en su tejado, ella mandaba, o eso creyó mientras el vampiro la besaba en el cuello, haciendo que se tambaleara todo lo que acababa de plantearse.

—¡Espera un momento! Has venido a hablar, ¿no? —le interrumpió, volviendo a la realidad. Se zafó de sus besos, que por otra parte la derretían, deseando que se acabasen nunca, y le pidió que hablase.

Aun así, no pudo rechazar sus labios fuertes y expertos, que la besaron de nuevo, ignorando su súplica. Esta vez sintió que Caleb se entregaba más, sus besos eran más... tiernos y parecía querer demostrarle que no era solo sexo lo que buscaba en ella. Por su mirada, se sintió realmente deseada. Tal vez se estaba encaprichando o enamorando de ella de verdad, sea cual fuere el grado de cariño que los vampiros pudieran tener.

—Tienes razón, no puedo quedarme mucho tiempo. El siguiente cambio de guardia es en treinta minutos, y los guardianes entrantes son de la guardia privada de mi padre. Me descubrirían y sería nuestro fin: tú no podrías participar en el *Festum* y yo sería recluido hasta que todo hubiese pasado, por no hablar de la deshonra para mi padre... Seguramente me mataría.

—Quiero darte las gracias por la ayuda de antes, yo también hubiese elegido la pistola... ¡Buen truco! —dijo mirando la daga que descansaba sobre su almohada—. Nunca habría pensado que ese puñal pudiese transformarse en un arma tan poderosa...

—Ahora juegas con ventaja sobre nosotros. Sin embargo, debes tener cuidado con los demás participantes. ¿No vistes sus ojos cuando empuñaste la espada? No dudarán en acabar contigo por robártela. Mara, créeme, el ser humano no entiende de modales civilizados cuando la propia vida está en juego. El animal que lleváis dentro sale a la superficie y sois capaces de cualquier cosa, aunque después, con el tiempo, cuando recapacitéis, os pase factura.

—Pero, ¿no se trata de una lucha entre vampiros y humanos?

—No, no te confundas. El miedo a morir es el único enemigo. La supervivencia es la mejor de las excusas para llevar a cabo atrocidades que jamás hubieras imaginado poder realizar: traicionar, torturar, acechar, mentir o asesinar, incluso a tus mejores amigos —dijo señalando el camastro donde descansaba Melanie.

—No estoy de acuerdo contigo. Confío en algunos de los festantes, y sé que no me traicionarían...

—¿Cómo quién? ¿Tu nuevo amigo, el rubito?

Mara se sorprendió de que Caleb lo supiera, pero ¿cómo?

—No debes extrañarte. Dirijo el *Festum* junto con mi padre y pocas cosas escapan a nuestro control. De todas formas, debo decirte que lo descubrí por casualidad, cuando os vi abrazándoos.

—Se llama Ethan, y es un viejo amigo. Ha regresado de Isla Menor porque mis padres se lo pidieron —mintió, sin saber por qué, para ocultarle que el apuesto hombre había arriesgado su propia vida por ella.

—Lo sé —dijo apartando la mirada. Le dolía y no quería que se le notase —. Tal vez podrías confiar en él, pero en nadie más.

—Sí, hay alguien más...Tú.

El silencio los envolvió como una espesa nube de densa tensión, y cada segundo que se alargaba ese silencio parecía alejarlos más. Estaba claro que el vampiro se debatía entre ayudarla o no. Ahora era más fácil y por eso se arriesgaba, después habría cámaras y no podría hacerlo.

—Debes tener especial cuidado con el mapa que os entregaremos. Las provisiones, algunas armas pequeñas y objetos que os pueden ayudar a vencer a los cániros están señalados con una letra X en el mapa. La mayoría de los festantes irán hasta allí atraídos por las posibilidades de dichos objetos, pero ahí también estaremos nosotros esperándoles. Nuestros puestos de vigilancia están ocultos entre esas cosas que necesitáis. Por otra parte, es la única forma de que puedas conseguir unos dardos tranquilizantes que pueden neutralizar a esos animales. Los guardamos allí porque incluso a nosotros nos han atacado en alguna ocasión, su avidez de sangre les convierte en máquinas de matar imprevisibles y letales que no se detienen ante nada ni nadie. No he podido

proporcionarte ninguno de esos dardos porque están guardados bajo custodia por mi padre y su grupo de vampiros. De todas formas, hubiera levantado demasiadas sospechas.

—No te preocupes. Entonces debo ir hasta alguno de esos puestos y conseguir una caja con tranquilizantes de esos que los vampiros estarán custodiando.

—Sí, pero no necesariamente estarán allí parados, tenemos que movernos para poder ir eliminando humanos, puede que tengas suerte y lo encuentres desprotegido, aprovecha ese momento. Solo acudimos allí si necesitamos regresar a por munición para acabar con esas bestias fuera de control, o al final del *Festum*.

—De acuerdo —sujetó su mano y agarró su barbilla para que la mirase. ¿Qué era aquello que asomaba en sus ojos? ¿Piedad? ¿Pena? ¿O en realidad la ayudaba porque sentía algo por ella?

—Hay otra manera de quitarte a uno de esos cániros de encima: usando las gafas de visión nocturna. Solo tienes que golpear con fuerza en un punto verde que hay encima de las gafas. Es el mecanismo que proporciona energía al dispositivo para poder ver en la oscuridad. Una vez presionado, producirá un haz de luz tan potente que cegará momentáneamente al animal. Después las gafas quedarán inservibles... Otra cosa muy importante son los cepos que hay ocultos bajo la hojarasca, y las ramas del suelo. Normalmente ponemos una especie de nido de pájaros colgando de los árboles altos señalando su posición. Los vampiros no solemos escalar allí, no nos gustan las alturas, excepto a Riskull, uno de los segadores, que es como un hermano para mí. Es letal y debes tener especial cuidado con él, es el mejor cazador.

—Creía que lo eras tú... —se mofó.

—Lo soy, pero contigo tal vez no me emplee muy a fondo... Al principio, al menos...

—¿Quieres decir que me dejarás ventaja o que me dejarás libre?

—Aunque quisiera, no podría. Tendrías que matarme para que pudiese dejarte escapar. ¿Olvidas las cámaras? Mi padre me arrancaría la cabeza del cuerpo si descubriese que te permití escapar sin haber luchado con todas mis fuerzas. No puedes olvidar que todo estará grabado por cientos de cámaras

colocadas en todos los rincones y senderos de la isla. Esto se verá en el mundo entero, en todas las ciudades, hasta en el último rincón del planeta. Muchos vampiros apostarán enormes cantidades de sangre humana, nuestro bien máspreciado y escaso. Esto también es un negocio, un espectáculo que mueve muchos intereses y en el que hay mucho en juego. Mi padre es la banca, por así decirlo. Si nadie sobrevive...

—Ningún vampiro gana...

—¡En efecto! Por eso, el año que mi padre consigue que aniquilemos a todos los festantes, consigue ingentes cantidades de líquido rojo proveniente de las apuestas. Así deja de enviar miles de litros de sangre a su destino. Es un negocio redondo —confirmó en tono hierático.

—Hablas del mundo como si fuese enorme. Debe de serlo... No tengo ni idea de cómo es el planeta de grande, nunca he salido de Isla Menor o de aquí. Caleb... —hizo una prolongada pausa para continuar, tragó saliva y prosiguió —, solo sé una cosa: voy a sobrevivir, aunque eso signifique tener que matarte... —agarró la daga y apuntó a su cuello. Él la agarró con rapidez por la muñeca y se deshizo de su amenaza, la tumbó sobre el camastro y ella sintió que se excitaba. Él era el único que podía dominarla, en parte por su fuerza sobrenatural y en parte porque ella le dejaba. Mara sabía que si usaba la fuerza que ocultaba desde su encuentro con el upiro, podría doblegarlo, pero entonces Caleb sabría demasiado. Mejor seguir siendo la débil joven en apuros.

La respiración del vampiro comenzaba a entrecortarse mientras sonreía y comenzaba a quitarse la chaqueta de guardia. En un instante pudo contemplar sus poderosos pectorales y sus cincelados abdominales bajo la lúgubre luz de la luna. Se besaron apasionadamente. Su hirsuto mentón rozaba sus pechos mientras la besaba en el canalillo. Entonces, se escuchó un ruido sobre sus cabezas, podía ser el cambio de guardia. Antes de que Mara comenzase a levantarse, Caleb ya no estaba, se había ocultado tras el camastro, pegado a la pared como una sombra de la habitación más.

El vampiro que vigilaba pasó lentamente por su celda y contempló la imagen de Mara medio desnuda que trataba de ocultar bajo la sábana uno de sus pechos, el que Caleb había besado. El vampiro sonrió complacido por lo que había visto y le hizo un gesto obsceno agarrando su entrepierna. Mara

escuchó un leve gruñido detrás de la cama, Caleb no pudo contenerse. El vampiro debió notar que Mara no estaba sola y que precisamente no debía enfrentarse con el dueño de aquel sonido. Agachó la cabeza y se marchó aprisa, conoedor de que allí había un vampiro escondido.

—Me ha descubierto, debo marcharme, Mara. —susurró, agachándose a su lado.

—Lo siento, pero debías haberte aguantado, eres muy...

—No puedo evitarlo, cuando creo que algo me pertenece lo defiendo hasta el final. ¡No lo olvides!

—¿Te pertenezco?

—Me temo que no, ojalá. Eres un ser muy complejo y difícil de dominar, eres diferente. Mara, ni siquiera nos pertenecemos a nosotros mismos. No creas que yo soy libre. Al estar contigo me he dado cuenta de que soy esclavo de este sistema, de mis obligaciones, de mi posición. Aunque quisiera, no podría salir de aquí corriendo... contigo. Créeme que me agobia y me hace replantearme muchas cosas de mi hasta ahora *perfecto* mundo, hasta que tú entraste en él. ¿Dónde has estado escondida todo este tiempo?

Mara se alzó. Las sábanas dejaron sus pechos al descubierto, pero no le importó, al menos a ella. Caleb los cubrió con su mano mientras los tapaba con la sábana. Se besaron de nuevo con pasión. Aquello era una declaración en toda regla, era lo que Mara necesitaba saber para distinguir si era algo más que un simple juego para él. Estaba dejando claro que no, que sentía algo especial por ella.

—Una última cosa: os harán una herida en forma de “F”, por el *Festum*, en el antebrazo, la pierna o donde ellos quieran. Es para que los cániros y los vampiros os puedan encontrar antes. Aunque sea doloroso, no te muevas cuando te la hagan, podrían seccionarte algún tendón y no podrías correr o utilizar el brazo durante el *Festum*. Debes ser fuerte, te advierto que la herida será profunda —sacó algo del interior de su mono de cuero—. Toma, esto es un parche que cortará la hemorragia y neutralizará el olor de la sangre, pero no será de utilidad si al realizarte el corte te mueves y te dejan coja. Recuerda que tampoco debes arrojarte al mar y nadar, como algunos harán. El agua salada despegaría el parche y la sangre atraería a cientos de los hambrientos

tiburones que merodean por las costas de la isla. Mi padre los alimenta con los cadáveres de los humanos que quedan inservibles una vez que se les ha extraído hasta la última gota de sangre. Para salvarte, tendrías que nadar mar adentro hasta el amanecer, y te aseguro que no sobrevivirías, el agua está muy fría. Por favor, no vayas siquiera a la playa, en la orilla siempre hay merodeando cániros y alguno de los vampiros segadores.

Mara cogió el parche, de un color parecido a su piel, y lo guardó bajo la almohada.

—Recuerda, no le cuentes esto a nadie durante el *Festum*. Los micrófonos lo escucharían y se suspendería el juego. Además, todos los festantes serían eliminados, acusados de hacer trampas. Así que, si no quieres acabar con toda esa gente, incluido yo mismo, debes mantenerlo en secreto; ni siquiera se lo cuentes a tus amigos. Por cierto, tu amigo ganó un arma igual que la tuya... — se retiró de ella con rapidez, pero ante la mirada de agradecimiento y súplica de Mara, se agachó de nuevo para besarla.

—Gracias, Caleb, de verdad, aunque sigo sin entender bien por qué haces esto. Siempre lo tendré en cuenta, pase lo que pase.

—La verdad es que yo tampoco sé por qué lo hago —sonrió, acariciando su mejilla—. Tengo que marcharme, ese bastardo debe de haber dado la voz de alarma. Tendré que ocuparme de él antes de que llegue a oídos de mi padre. ¡Ten cuidado! —susurró desde la puerta de la celda, introdujo una llave y la cerró tras él.

Mara sintió que se quedaba sola. Una sensación de abandono y desarraigo se apoderó de su mente. Respiró profundamente para calmarse. La arrebatadora personalidad de Caleb apenas si le dejaba oxígeno que respirar cuando estaban juntos. Una vez que se tranquilizó, presintió que no podría dormirse con tanta información rondando en su cabeza. Miró el reloj, ya eran más de las doce y media, el tiempo pasaba volando cuando estaba junto a Caleb. Todas las cosas que le había dicho eran primordiales para el *Festum*, se dormiría repasándolas mentalmente. Tal vez así consiguiese conciliar el sueño. Recordó lo del parche curativo, lo cogió de debajo de la almohada y lo metió dentro de una pequeña abertura de la manga del traje que tendría que llevar durante el *Festum*. No quería olvidar ese parche, que le permitiría ser menos visible para sus perseguidores. De acuerdo con lo que Caleb le había

dicho, era vital que tuviera acceso a ponérselo en cuanto comenzase el *Festum*, cuando nadie la viese. Debía ser en los primeros metros del comienzo de la carrera, o las cámaras la verían. Mientras pensaba cómo podría colocarlo sin que nadie se percatase de eso, buscó algo de agua y observó la enorme pastilla que tenía que tragarse. No había más remedio si quería descansar lo suficiente. Se volvió de cara a la pared tosca y gris de su celda, con un último pensamiento para sus padres. Deseaba que la fuerza y la determinación que ellos tuvieron en su *Festum*, la acompañasen. Al día siguiente tendría que correr y luchar por su vida.

—¿De dónde vienes? —le preguntó su padre. La voz de Gornav denotaba que ya sabía perfectamente de dónde venía.

Caleb permaneció mudo, ya vestía sus ropas de príncipe. El heredero del imperio de los vampiros no podía andar vestido como un simple guardián por el castillo.

—Voy a repetirlo una vez más. ¿De dónde vienes? ¿De ver a esa putita?

—Padre, yo...

—¡Calla! Has tenido oportunidad de hablar y no lo has hecho —dijo aproximándose a él con una copa de sangre roja y densa entre las manos. Alzó la mano para golpearle, pero se contuvo—. He escuchado que no querías que esos dos, los jóvenes de Isla Menor comenzasen juntos el *Festum*. ¿Por qué? No me digas que has vuelto a encapricharte de una humana... ¿Cuántas veces debo decirte que con la comida no se juega, hijo? No merece la pena que te mezcles con esos pobres animalillos que ya han olvidado su humanidad y que ahora están a nuestra merced. Sabes cuál es tu sitio y tu destino. Tu prima Katerina espera a que la conviertas en tu esposa, acabando por fin con las tontas rencillas familiares por el control del mundo. Así tu tío podrá pensar que su hija es la reina de los vampiros, ya que él no ha podido serlo. Pero en realidad tú serás el único líder de toda la especie. No quiero que lo tires todo al traste por un capricho, ¿me entiendes?

—De acuerdo, padre, no sé en qué estaba pensando... —musitó con la cabeza agachada.

—De veras que no me importa que te diviertas... He visto a la joven y quién podría resistirse a esa piel... ¿Te dejó morderla?

—¡Padre! No pienso hablar de eso.

—De acuerdo, hijo. Anda, vete a descansar un poco. Te necesito despejado para el *Festum*.

—Gracias por su comprensión, padre.

—¡Ah! Me olvidaba, Caleb. Riskull está avisado para que se encargue personalmente de esa joven, solo en caso de que tus estúpidos escrúpulos te impidieran matarla, llegado el momento —se dio la vuelta y continuó observando Isla Muerte desde el ventanal del castillo, regodeándose en sus dominios.

Caleb se giró y apretó el puño con fuerza hasta hacerse daño. Otra vez se la había jugado su padre. Sabía que su amigo era un asesino implacable y obcecado. Cualquier orden proveniente de su señor estaría por encima de la amistad fraternal que tenían. Mara estaba muerta.

8 · Comienzo

Mara despertó con un terrible dolor de cabeza. Escuchó jaleo en la celda de al lado y vio que Melanie se estaba preparando. No obstante, su compañera no hacía tanto ruido. Escuchó la sirena de nuevo y supo el motivo de su repentino despertar. La noche anterior estuvo dormitando casi una hora más hasta que la pastilla y el cansancio pudieron con ella, así que la falta de sueño le había hecho dormir más de la cuenta. Su deseo hubiera sido levantarse un poco antes para organizarse y meditar sobre todo lo que había ocurrido y lo que debía hacer. Ahora, el tiempo se le echaba encima. Miró su reloj, eran las 18:03. El sol aún brillaba con una débil luz mortecina que indicaba que pronto daría paso a la *Noche de la Libertad*. Quiso acurrucarse y seguir durmiendo, pero eso era de cobardes y Mara no lo era. Un instante después, sobrecogida por la presión de saber que esa era la noche más importante de toda su vida, tal vez la última, la noche en la que debía luchar con uñas y dientes por seguir respirando, se apresuró a levantarse. Sintió que algo había cambiado en ella durante los dos años que había permanecido encerrada en Isla Muerte. Se sentía diferente, más fuerte. Ya no era la niña inocente e ingenua que había vivido entre algodones, apartada del dolor y la miseria de aquel lugar maldito en el que los humanos eran simples pedazos de carne con sangre, jugo que era extraído y codiciado por los vampiros de todo el planeta. Ahora, después de haber vivido como una rata en ese vertedero, haber sufrido experiencias desoladoras como el ataque del upiro, estaba dispuesta a conseguir lo mismo que habían logrado sus progenitores: la libertad.

Se aseó y observó la daga y el traje, sin duda sus dos únicas bazas para salir airosa de allí. Recordó las palabras de Caleb, nadie era su amigo, todos codiciaban hacerse con un arma como la que ella tenía. Por suerte, Ethan tenía otra, eso la dejaba más tranquila. Al pensar en las armas, se le ocurrió que los otros dos festantes que poseían una pistola, tal vez quisieran acabar con ellos para robarles su daga... Sacudió la cabeza para evitar volverse paranoica.

— ¡Oye, Mara! ¿Te cabe este jodido traje? Es un fastidio, he pasado más de cinco minutos para saber cómo se abría —exclamó Melanie desde su celda,

haciéndole olvidar sus quejas interiores.

—No lo sé, aún no lo he intentado. ¿Qué tal dormiste? —preguntó, mientras desempaquetaba el traje de su bolsa. Se deshizo de la ropa que usaba para dormir y se introdujo dentro del traje con una minúscula braguita interior—. ¡Listo! No fue tan difícil, eres muy alarmista —Melanie la miró con cara de pocos amigos, burlándose cuando se dio la vuelta.

—¡No, no me jodas! ¿Ya? Joder, tía, eres una crack. Yo llevo más de diez minutos y no puedo ni subirme la cremallera.

—¡Ven, acércate que te ayudaré! ¡Date la vuelta y te subo la cremallera!

Su compañera se aproximó lo suficiente como para que Mara le ayudase a vestirse. Mientras lo hacía, comprobó que la muchacha estaba temblando.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí—se apresuró a decir, disimulando.

—¡Estás temblando!

—Es este maldito traje, está helado. Espero que las zapatillas de deporte me queden mejor. Como me queden grandes, abandono el concurso. ¡Ja, ja, ja! —rio.

—No tienes por qué preocuparte, yo estaré allí, a tu lado.

—Lo sé, y yo al tuyo... Oye, me han dicho que es mejor si hacemos un grupo, que para acabar con los vampiros así es más fácil que nosotras solas. ¿Qué te parece?

—Depende —respondió cepillándose el pelo—. Si somos un grupo llamaremos más la atención de los vampiros y los depredadores, ¿no crees? Además, si somos varios, los más fuertes nos sacrificarían enseguida para poder continuar ellos, pienso que es mejor que vayamos solas, pero tú también decides.

—A mí me dan igual esos capullos, yo me quedo a tu lado, que a esos no los conozco de nada. Bueno, dejaremos que el buenorro de tu amigo entre en el grupo, ¿no? —se acercó a su material y comprobó que el traje llevaba todo lo necesario, incluso la brújula, que no sabía cómo usar.

Mara continuó preparándose, vendrían a buscarlas a las 18.30, o eso les

dijeron. En frente de ese macabro juego tendría a Caleb. Tenía sus dudas de si sería capaz de matarla llegado el momento. No se imaginaba esos fuertes brazos que la habían acariciado y amado con dulzura golpeándola y maltratándola hasta matarla durante el *Festum*, pero cualquier cosa podía pasar. Debía estar preparada, con los vampiros nunca se podía estar segura, eran caprichosos e imprevisibles.

En su bando tendría a Ethan, el que había sido su amigo especial de adolescencia, el chico perfecto. Había sido el único joven que había convivido con ella en Isla Menor... Como para no haberse sentido atraída por él. Lo cierto es que incluso ahora, comparado con muchos otros humanos que había visto en Isla Muerte, Ethan era un semidiós entre los mortales. No era que la escasez de chicos en su pequeña isla le hubiese condicionado hacia Ethan. En realidad, era que él era el mejor ejemplar que había visto antes de que Caleb se cruzase en su camino. La diferencia radicaba en que Caleb era un vampiro, su verdugo y asesino de cientos de inocentes, y Ethan era un hombre que estaría luchando por salvarla y llevarla de vuelta a casa con sus padres.

—Queda poco tiempo... Me muero por comer algo...

—Recuerda que dijeron que no debíamos comer nada, pero, anda, guardaba este trozo de pan para una de estas noches. Creo que ya no lo voy a necesitar.

—Gracias. Pero, ¿qué es ese jaleo?

—Supongo que es... por nosotras. Vamos a participar en el *Festum*. Deben estar agolpados a las afueras de este recinto. Melanie, aunque sea por una noche, seremos sus heroínas. Así que luce tu mejor sonrisa para cuando salgas ahí fuera. No podemos mostrarnos descontentas o nerviosas. Algunos de los humanos que esperan han deseado participar en el *Festum* cada día de sus miserables vidas. Si nos comportamos mal, lo verían como una ofensa. Somos el ejemplo a seguir, su única esperanza para poder continuar en el lugar más horrible del planeta, mañana cuando esto acabe y se levanten para retomar sus horribles vidas.

—De acuerdo, ¿estás lista?

—Sí, eso creo. Bueno, todo lo lista que se puede estar cuando uno va a luchar por su vida. Me siento como un antiguo gladiador en la arena de Roma.

—¿Qué es eso? ¿De qué hablas?

—Nada, nada, historias de mis padres.

—¡Suerte!

—A ti también. ¡Espera! —la agarró del brazo antes de que llamara al guardia para avisarle de que estaban listas—. Tienes que esperarme, tengo un plan para que esta luna no sea la última que veamos.

—¿De qué se trata? —le preguntó mordisqueándose la uña del dedo índice.

—Ahora no puedo —le señaló la cámara que había escondida en el pasillo—. Cuando llegue el momento debes buscarme o esperarme, y te lo contaré.

—¡De acuerdo! Si salgo primero, permaneceré escondida hasta que tú aparezcas, te lo prometo.

—¡Vale! Melanie, esta noche debemos acabarla juntas.

El guardián encargado de toda la cárcel se personó a las 18:30 para dejarlas salir. Les pidió que lo acompañasen, pues debían terminar de prepararlas. Mara se llevó el brazo instintivamente hacia el hombro. Sabía que ahora vendría la parte en que las marcarían como a reses. Melanie iba delante. Como nadie la veía, aprovechó para comprobar si el parche que tenía escondido en el traje continuaba allí. Al tocarlo se tranquilizó. Ese dispositivo ocultaría aquella sangrienta mutilación que los iba a señalar de por vida, siempre que sobreviviesen, claro. No les bastaba con el otro tatuaje para reconocerlos, tenían que seguir martirizándolos.

Salieron del edificio y en el patio de la cárcel les esperaba una noche clara y despejada. Corría una brisa suave que era lo suficientemente fría como para hacerlas temblar, aunque fue por los nervios por lo que los dientes de Melanie castañetearon. Caminaron por un estrecho pasillo creado por los guardias para que pudiesen pasar de un edificio a otro, sin escaparse, apartadas de la enfebrecida multitud que se agolpaba a los lados de los guardias. Melanie sonrió y saludó con la mano como si fuese un personaje importante, y lo cierto es que para esas personas lo era. Pensó en las palabras de Mara. Aunque fuese a morir, tal vez podría alegrar los corazones de esos pobres condenados, aunque fuese con su propia condena. En definitiva, el *Festum* no era una liberación, también era una condena, nadie podía renunciar a participar en la Noche de la Libertad. Melanie sabía cuál era el castigo por negarse a participar en el *Festum*, el peor de todos: una muerte segura, lenta y dolorosa,

que le haría acordarse de que debía haber elegido correr por su vida en la *Noche De la Libertad*.

Esa noche sabrían si definitivamente se salvaban o morían, no tendrían que preguntarse qué cruel tortura les tendrían preparada los vampiros hasta el día que muriesen. Eso era mucho más de lo que aquellos emocionados ojos que las observaban, eclipsados ante la idea de ser libres, podrían saber jamás. En unas horas tal vez ya no fuesen nada, vagos recuerdos en los corazones de esos condenados. Serían nombres olvidados tras el anuncio del siguiente *Festum*.

Llegaron a una especie de dependencias que tenían la apariencia de hospital. Allí se encontraron con alguno de los festantes y, aunque no pudieron hablar con ellos, les escuchaban gritar detrás del biombo donde los marcaban. El hediondo olor a sangre parecía excitar a los vampiros que practicaban aquel macabro rito iniciático. Melanie la miró con gesto de preocupación. Mara apoyó su mano en el hombro para que se tranquilizase, todo estaba bajo control, quiso decirle, no le iba a pasar nada... Solo tres tajos en el brazo o la pierna, y con suerte no quedaría tullida de por vida, solo una profunda cicatriz más que reflejase su falta de libertad.

Un par de vampiros les arrancaron una especie de parche que tenía el traje y les dejaron al descubierto el antebrazo. Mara respiró aliviada, al menos no quedaría coja. Desinfectaron la zona y dibujaron con un rotulador una letra F perfecta, de manera que el del machete pudiese ser fiel al dibujo. La primera en pasar fue Melanie. La joven gritó horrorizada y salió pálida hacia la siguiente habitación, casi tuvieron que llevarla en volandas porque parecía haberse mareado al ver tanta sangre. Después fue el turno de Mara.

—¿Algo que decir? —preguntó el vampiro con un afilado cuchillo entre sus manos.

—Sí, ¡acaba pronto o tendré que clavarte el cuchillo!

El vampiro sonrió y miró a su compañero. La contestación de Mara pareció divertirlo. Lejos de parecer asustada, la muchacha se mostró desafiante. En tres movimientos expertos y bien aprendidos, sintió como la carne se abría bajo el afilado cuchillo como si fuese mantequilla. El objeto metálico se introdujo en la carne con rapidez. Notó que el corte era bastante profundo, no quiso mirar. Cuando retiró el brazo ya estaba hecho. De los profundos surcos

comenzaron a brotar hilillos de sangre en un segundo. Antes de que el vampiro pudiese indicarle que se marchase, alargó el brazo y cogió un pañuelo de papel que había sobre la encimera y lo llevó hasta su herida. Nada más apoyar el papel, este se tiñó de rojo. Mara le dio un puntapié a la puerta y se adentró en un largo pasillo oscuro. Dos guardias salieron a su encuentro, le arrancaron el pañuelo del brazo con gesto de desaprobación, dejando que el suelo, a su paso, fuese tiñéndose de gotas de sangre. Sintió un gran escozor en el brazo. Seguramente, una herida como aquella hubiese necesitado puntos de sutura, pero a los vampiros les importaba bien poco si se desangraban, se infectaba la herida o morían; ellos solo querían espectáculo. Al final del pasillo la esperaba una puerta blanca con un número: 13. “¡Empiezo bien!”, se dijo, resoplando por el número que le había tocado.

—¡Espera aquí dentro! —le ordenaron.

La empujaron dentro y, cuando la puerta se cerró, el pestillo se bloqueó y comenzó a girar lentamente hasta que el habitáculo apuntó hasta el exterior. Mara pudo descubrir que el atardecer ya casi se había difuminado con la negrura de la noche, un color púrpura y negro dibujaba el horizonte. Ahora podía contemplar el terreno donde se encontraba, parecía un enorme claro en mitad de la nada. Entonces, una voz la sobresaltó.

—¡Buenas, Mara! —le saludó una hierática voz que provenía de un altavoz sobre su cabeza—. En breve comenzará el *Festum*. Debes dirigirte a la plataforma circular que verás cuando salgas. Tu número es el trece. Deberás ocupar esa posición y correr en línea recta cuando escuches la sirena. Los treinta participantes debéis salir a la vez. ¿Tienes contigo el arma que conseguiste?

—Sí —respondió.

—Te aconsejamos que no esperes a otros festantes, pues poseer un arma te situará entre los últimos que puedan morir esta noche. Muchos no dudarán en matarte para hacerse con ella. Debo admitir que eres una de mis favoritas, espero mucho de ti, que contigo se cumpla eso de: *de tal palo tal astilla*. Tus padres lucharon mucho por salvar sus vidas. Veremos qué puede hacer su hija. No olvides que ellos también te estarán viendo en todo momento, así que no debes tirar la toalla. Te doy la bienvenida oficialmente al *Festum*.

Aquella solemne voz no le era del todo desconocida. Estaba segura de que se trataba de Gornav, el dirigente de los vampiros, el cerebro que había creado la *Noche de la Libertad* y que, por otra parte, también era el padre de Caleb... Vio una pequeña mesita en la cual no había reparado y descubrió una especie de mapa del relieve, la altura, y toda la información que podría hacerle falta. También encontró un reloj con una pequeña brújula luminosa para orientarse en la oscuridad. Cogió el mapa y empezó a estudiarlo mientras se colocaba el reloj. La orografía del terreno era muy escarpada, había grandes desniveles de altura en pocos metros. La isla estaba dividida en varias zonas muy bien diferenciadas: montaña, playa, cuevas, y la ciudad. Por otra parte, la playa era doblemente peligrosa, así que tal vez se dirigiese hacia la montaña. Durante el recorrido, podría bordear la ciudad. Si hubiese problemas, podría usarla como vía de escape. Aunque estuviese cerrada a cal y canto, tal vez existiese un resquicio por el que colarse dentro. El dolor la tentó a coger el parche y colocárselo, pero dedujo que allí habría cámaras, así que esperaba un poco más.

“¿Qué números tendrán Melanie y Ethan? Espero que hayan caído cerca de mí”, se preguntó. La herida le escocía muchísimo, además no dejaba de sangrar. Cerró el compartimento del brazo para que, al no verla, el dolor fuese desapareciendo poco a poco.

Quince interminables minutos transcurrieron allí hasta que la compuerta de aquel habitáculo se abrió. Todo estaba mortalmente en calma, demasiado silencioso para tratarse del lugar donde se encontraban. Enseguida vio un enorme círculo separado en radios que salían desde el centro. Cada uno de los radios era una pared que dividía la circunferencia en partes iguales. Corrió hacia el lugar y descubrió una luz que parpadeaba en el lugar que debía situarse: el número 13 vibraba sobre su puesto. Subió a una especie de plataforma metálica desde la cual los festantes tendrían que salir al oír la señal. El nerviosismo la estaba asfixiando, no había visto a los dos principales apoyos que tenía en esa macabra diversión, no había visto a nadie. Aislada como se encontraba, solo podía hacer una cosa: introdujo la mano en su traje, en el compartimento secreto, se agachó y se ocultó mirando hacia la pared de metal que cubría su retaguardia. Separó las dos partes y lo posó sobre la herida que le había hecho el cuchillo. Colocó el parche, que se adhirió a la perfección y anestesió el dolor de inmediato. Una sensación de

frescor curativo impregnó la zona. Mara cerró los ojos y respiró aliviada. Volvió a cubrir la abertura secreta por miedo a que pudiesen descubrirla: no sabía si había hecho bien o mal, solo que sintió un enorme alivio cuando aquel parche entró en contacto con su herida abierta. El fuego que ardía en la zona se fue extinguiendo gracias al ungüento medicinal del que estuviese empapado aquel parche. Abrió los ojos para mirar al oscuro cielo y agradecer a Caleb el regalo que le había hecho. Ahora comprendía realmente lo que significaba volver a tener la mente despejada, sin pensar en el dolor que le provocaba esa cruel herida. Por fin podría centrarse en el *Festum*.

Ajustó sus botas y las correas del traje. Situó la daga cerca de su mano derecha, colgando del cinturón que le habían proporcionado. Según les habían informado, saldrían todos a la vez, y cada uno de los festantes debía correr en línea recta. Si cruzaba los límites laterales de la circunferencia, corrían el peligro de perder uno de sus pies por los cepos camuflados en el suelo. No debía ser agradable sentir esos dientes metálicos cerniéndose sobre una pierna. Además, no serían liberados y pasarían todo el *Festum* sufriendo de dolor, hasta que los vampiros los encontrasen y acabasen con su agonía, que bien podía ser cerca del amanecer, cuando ya creyesen que se habían olvidado de ellos y que se salvarían. Mara comenzó a sentir que los nervios trepaban por su estómago. La sangre le bombeó con más celeridad hasta el cerebro. Faltaba poco, lo sabía, tal vez menos de un minuto. Se colocó en posición de salida y se dijo a sí misma que correría con todas sus fuerzas hasta el bosque. Allí esperaría encontrar a sus amigos. No podía dilatar mucho la espera, pues pasados cinco minutos, los cániros y los vampiros cazadores saldrían a su encuentro. Justo en el último instante recordó que debía ponerse las gafas de visión nocturna, aunque ahí, junto a la ciudad, había mucha luz artificial, proporcionada para poder grabar la salida de los festantes en condiciones óptimas. Dentro del bosque no habría luz alguna. Palpó su cuerpo, pero no había rastro de las gafas. Sin ellas estaría perdida, como un ciego en mitad de una gran ciudad... No era posible, recordaba haberlas cogido. Repasó mentalmente lo que había hecho desde que había salido de la celda. No recordaba haberlas visto durante todo el camino. Tal vez se le habían caído en medio del gentío que las había estado esperando. Se movió nerviosa, como queriendo que saliesen de la nada. Entonces, por casualidad, algo le rozó el cuello, bajó la mirada y descubrió la correa de las gafas, que colgaban de su

cuello y descansaban en el pecho. Sonrió para liberar la congoja que le había entrado al pensar que tendría que moverse a ciegas en mitad del bosque, la noche del *Festum*. Pensó que iba a volverse loca. Tiró de la gomilla y se las colocó en la cara. Presionó el botón del centro y comprobó que, al cabo de unos segundos, todo se teñía de color verde brillante y negro. Algunos puntos de luz eran muy brillantes, tanto que hasta que su vista no se acostumbró, la cegaron por un momento. Contempló decenas de lucecitas verdes a su alrededor cada vez que parpadeaba o cuando cerraba los ojos. Cuando se alejase de la ciudad no vería ningún punto de luz, así que todo se vería de manera más clara. Por primera vez, comenzó a sentir algo de miedo por tener que sobrevivir en esas circunstancias. Mara deseó que aquella noche acabase de inmediato. Después recordó el rostro y las palabras de sus padres y las veces que le habían descrito ese momento. Le dijeron que ellos también estaban nerviosos los instantes previos al *Festum*. Ahora se enfrentaba ella sola contra su mayor miedo: perder a sus padres. Así que trató de tranquilizarse, se suponía que ya había vivido aquello, aunque no fuese de manera directa. Sabía dónde se metía, sus padres le habían descrito muchas de las vivencias que estaba ella viviendo ahora en primera persona.

Entonces sonó la sirena, un ruido ensordecedor que lo inundó todo, aunque no acalló las voces de los enloquecidos vampiros que saltaban y brincaban cuando la portezuela que tenía delante cayó al suelo, indicando que comenzaba el juego. Tardó un par de segundos en emprender la carrera. Al principio miró al frente, pero después, tras correr unos metros, miró la calle de la derecha; en ella había un tipo con cara de pocos amigos que también la miraba. Le hizo un gesto señalándole que se verían al final del camino, eso sería si era capaz de cogerla. Mara miró al otro lado y encontró a una joven demasiado lenta para sobrevivir, pronto la dejaron atrás. La acobardada joven se detuvo y se giró para regresar al círculo. En ese instante, una especie de rayo eléctrico salió desde el centro de la esfera, haciéndola retroceder y continuar la carrera. Aquella distracción permitió que el vecino de la calle derecha la adelantase. Miraba con descaro hacia su daga, que colgaba de la cintura. Adivinó sus intenciones de inmediato: cuando llegasen al final del camino, la estaría esperando para arrebatarse el arma. Comenzó a correr con todas sus ganas, pero los primeros gritos de horror a su alrededor la hicieron volver la vista atrás para comprobar que otra joven había sido alcanzada por uno de esos

cepos al tratar de cruzar de un pasillo a otro. Mara sintió una ola de piedad por la joven. Aun así, nadie podía regresar a ayudarla, su vida también estaba en juego. De todas formas, esa joven ya estaba condenada, jamás escaparía de las alimañas que serían liberadas en breve. La impotencia por no haber podido ayudar a esa joven la empujó a acelerar el ritmo de carrera. El adversario que corría en la calle paralela se sorprendió al ver la velocidad que estaba alcanzando, lo había adelantado. Mara había entrenado mucho durante toda su vida. Sus padres fueron muy constantes e inflexibles, y ahora se lo agradecía. Unos trescientos metros más adelante, se encontró con el comienzo del bosque tropical. Lo había conseguido, había llegado al bosque de las primeras, solo que, por culpa del idiota que la seguía, no había podido prestar atención a la dirección que habían tomado Ethan o Melanie. Se dio la vuelta para ver si los veía, pero nada, solo vio a ese tipo, que estaba llegando y que no le quitaba los ojos de encima. Mara no iba a permitir que le quitara el cuchillo, pero podía ver en sus ojos claros inyectados de sangre que no era un individuo normal, estaba preparado para ese trabajo.

“¿Un asesino profesional, un sicario?”, se preguntó, mientras corría al interior del bosque. “¿Lo habrá enviado Caleb para borrar me pronto del mapa?”. No lo creyó así. Sin saber por qué, creyó a pies juntillas todo lo que él le había contado, hasta ahora no le había mentado.

La primera vegetación salvaje chocó contra su cuerpo como cuchillas asesinas. Mara entró arrasándolo todo, empujada por la adrenalina y la emoción del juego. Se chocaba contra las ramas y arbustos, e incluso golpeaba algunos obstáculos con sus pies para avanzar más rápido. Cuando trataba de superar un enorme tronco que había caído en mitad de su camino, algo saltó encima de ella. Cayó estrepitosamente sobre la húmeda vegetación baja, golpeándose contra las piedras del suelo y tocando algunas ortigas con las palmas de las manos. Solo tuvo tiempo para rodar sobre su espalda y enfrentarse contra aquello que la había derribado. No podían ser los cániros, ni los vampiros, era demasiado pronto, pero, “¿qué podía ser?”

9 · Juego Sucio

Contempló el rostro desencajado de su agresor. Era fuerte, poderoso y el sudor y la circulación se agolpaban sobre su rostro, enrojeciéndolo. Saltó sobre Mara de nuevo, esta trató de golpearle con su rodilla en la entrepierna, pero erró el golpe y tan solo le dio en el muslo. El terrible coloso se abalanzó sobre ella y le dio un puñetazo en la boca del estómago. Mara sintió que algo se rompía en su interior, y una explosión de dolor se extendió por todo el cuerpo. El tipo la agarró con una mano, impidiendo que se moviera, era mucho más fuerte que ella. Comenzó a palpar sobre su cintura, buscaba algo y le pareció que una mirada de lujuria recorría su rostro. “¿Va a violarme?”, se preguntó. Desgraciadamente para él, la daga no estaba donde creía. La caída y el forcejeo habían hecho que saliera por los aires y se encontraba clavada en el tronco muerto que habían tenido que esquivar. Ahora tendría que soltarla y salir corriendo a por la daga, pero eso le permitiría correr a ella en dirección contraria. El tipo sabía que les quedaban pocos minutos para que las bestias fuesen liberadas, no podía pararse demasiado a pensar qué hacer.

—¡Estate quietecita y todo saldrá bien! Solo quiero esa daga, por mí puedes irte —Mara detectó que mentía. Ese tío quería la daga y dejarla allí malherida para que los cániros tuviesen con qué divertirse y lo dejasen a él tranquilo, ganar tiempo.

Mara pensó en usar su fuerza más sobrenatural, aquella que le había sido transferida del upiro, pero no sabía cuándo le haría falta. Tampoco sabía si eso la debilitaría demasiado. Ese tipo tenía pinta de ser poco inteligente, trataría de jugar con él antes de mostrar todas sus cartas.

—Puedo ayudarte, imbécil.

—¿Ah sí? ¿Cómo, listilla?

—Sé dónde puedes esconderte hasta que todo esto pase... ¡Saca tu mapa!
—Mara trataba de ganar tiempo. Si ella moría durante el *Festum*, ese tipo no volvería a Isla Menor para convivir con sus padres, sus amigos, su familia...

—¡Aquí está! ¡Estate quieta y no intentes nada!

—¡Ábrelo! ¿Ves esa mancha oscura bajo las rocas? Esas son las cuevas, no entres en las inferiores, te encontrarían, pero las más elevadas son seguras. Mis padres ganaron así. Solo tienes que esperar a que amanezca, los vampiros odian las alturas...

—¿Ya está? No me lo creo. ¿Así de fácil?

—¿Tienes un plan mejor? Si no me crees, peor para ti, yo me dirigía hacia allí.

—Vale, haremos una cosa...

El tipo dejó de apretar sus manos y liberó su cuerpo del peso que la oprimía, salió rodando hacia el tronco donde estaba la daga. Quería sorprenderla. No obstante, Mara ya se había levantado con increíble velocidad y corrió en dirección contraria.

—¡Corre, idiota! Espero que te cojan pronto esos bichos, gracias por la información. Ni se te ocurra aparecer por allí, estaré esperándote con esta amiga —gritó, mostrando la daga, que se convirtió en una espada al pulsar el botón.

Mara se maldijo por su mala suerte, había perdido su mejor protección. Sin embargo, había salvado la vida, de momento...

Corrió por el bosque hasta que escuchó el ruido de la sirena que indicaba la liberación de los cániros y los vampiros. Todo se complicaba. Había perdido unos minutos cruciales, no había encontrado ni a Ethan ni a Melanie, y había perdido la espada que tanto le costó ganar. Miró la brújula para que le indicase su posición, miró el mapa y pensó que tenía que alejarse de la playa. Sin duda los vampiros saldrían de las instalaciones que se encontraban más cercanas a esta, era un terreno abierto que debía evitar. Miró sorprendida la esfera del reloj brújula que llevaba y observó que había 30 lucecitas verdes alrededor. Cuando las terminó de contar, imaginó qué significaban: era la manera de indicarles cuántos festantes quedaban vivos. Seguramente, cuando el primero cayese, cambiaría de color. A toda prisa avanzó hacia el interior de la isla. En la distancia, tras ella, comenzaron a escucharse gritos de bestias y personas que, en el silencio de la noche, aún sonaban más terroríficos y espeluznantes. Recordó que a los vampiros no les gustaban las alturas, así que

trató de localizar el árbol más alto. El parche que llevaba en el brazo evitaría que su olor la delatase. Si conseguía estarse quieta, como pegada a la corteza del árbol, podría pasar desapercibida, no podrían olerla. Una vez pasasen de largo, la mejor opción sería acercarse hasta la ciudad de Isla Muerte. Aunque sus colosales puertas se cerraban cada *Festum*, podría permanecer escondida en sus inmediaciones, cerca de los acantilados. La verdad es que continuó huyendo sin un esquema claro de hacia dónde dirigirse. Era perentorio encontrar a sus amigos de inmediato.

Divisó un enorme tronco de color grisáceo, pues la noche ya había robado de colores al denso bosque. Parecía como si se lo hubiese tragado un animal gigantesco y tuviese que ir casi a tientas, orientarse en un mundo de sombras. Recordó las gafas y las activó. Por suerte no las había perdido, y pudo ver lo que le rodeaba con una pasmosa claridad, aunque en tonos verdes y grises. No le costó trabajo trepar hasta lo más alto de aquella infinita conífera. Justo cuando recuperaba el aliento, escuchó algún movimiento debajo del árbol, alguna criatura se aproximaba revolviendo la hojarasca, formando bastante tropel. Entonces lo vio, estaba tan cerca...Justo debajo, al contemplarlo con las gafas, le pareció que lo tenía justo delante de las narices, que podría descubrirla. Acercó la imagen del animal con el zoom del aparato y vio que era realmente asqueroso, horripilante. Una especie de engendro con cuerpo de lobo y cabeza de murciélago, con los colmillos más grandes y afilados que jamás había visto. El animal, de denso pelaje, se restregó en el tronco por donde había subido, olisqueó el aire y continuó su camino. Estaba segura de que la bestia había olido su rastro, el sudor de su cuerpo cuando trepó al árbol, pero desde la altura a la que se encontraba, su olor se había disipado. Por suerte, el parche funcionaba. Se relajó y se dejó caer sobre el tronco, apoyando la espalda hasta que se posó sobre una gruesa rama horizontal, adoptando una forma de L con su cuerpo. No había hecho más que sentarse, cuando apareció otra figura debajo. Esta vez apareció uno de los vampiros, un segador, que caminaba con calma y seguridad por el mismo camino de hojas que el cániro había creado tras él. A su lado caminaba otra de esas bestias, parecía como si fuese un perrito domesticado que caminaba fiel al lado de su amo. No había visto nunca a ese vampiro con mirada penetrante y rictus severo. Caleb le había hablado de uno de los segadores, que era capaz de hacer que los cániros le obedecieran. Ese debía ser. Mara quiso que la *Noche*

de la Libertad acabase ya. Aguantó la respiración cuando se acercaron. Ahora eran mayoría, con lo que ante cualquier movimiento podía darse por muerta. Su párpado comenzó a temblar a gran velocidad, a consecuencia de los nervios. Enseguida el tic fue incontrolable, y Mara tuvo que concentrarse en respirar profundamente y en mimetizar su figura con el tronco y las ramas para que no sobresaliese ni un centímetro que pudiese verse desde el suelo.

El vampiro abrió sus brazos, como extendiendo sus sentidos alrededor. Parecía que pudiese detectarla con solo olfatear el aire. Finalmente, se giró sobre sí mismo, haciendo que su larga levita de cuero negro levantase algunas hojas secas con el veloz movimiento. Mara sintió que sus manos le escocían, las miró y descubrió que las yemas de sus dedos estaban llenas de pequeños cortecitos. La recia e irregular corteza del árbol le había producido decenas de minúsculos cortes, provocando que de esas ínfimas rajitas surgiesen unas gotitas de sangre. Al ver las yemas de sus dedos rojas soltó un suspiro de asombro. Tenía que hacer algo u olerían su sangre, por poca cantidad que fuese. Si se limpiaba en el traje, el olor se impregnaría y perduraría por más tiempo, así que hizo lo único que pudo para destruir su rastro: lamió su propia sangre hasta que no quedó nada sobre sus dedos. Al saborearla, Mara no comprendió la devoción de los vampiros por un sabor metálico y pastoso que a ella le provocaba ganas de vomitar.

De improviso, se escuchó un grito al norte, no muy lejos de allí. El vampiro, arrastrado por el ímpetu de los cániros, salió corriendo por debajo del improvisado escondite de Mara. Cuando los vio alejarse, respiró tranquila. Miró el reloj y dos puntitos verdes se habían apagado. Eso indicaba que quedaban veintiocho humanos. Se levantó para observar hacia dónde se habían dirigido. Aguzó la vista, pero solo pudo escuchar algunos gritos. Si quería ver algo, tendría que subir más, aunque era bastante arriesgado, podría resbalar o enredarse entre las ramas superiores del árbol, que eran más tupidas y menos robustas. Su peso podría hacer que cayese al suelo, poniéndoselo muy fácil a los vampiros. Desde esa altura se partiría la crisma con toda seguridad. Finalmente, se aventuró. Las manos se adherían a la corteza del árbol y Mara era capaz, como ya había hecho muchas otras veces, de encontrar un pequeño hueco o resquicio donde colocar pies y manos. Estiró el cuello todo lo que pudo, pero no se veía nada, todo estaba muy oscuro, hasta que de repente se percató de una luz en mitad del bosque, que parecía

una casa. Cogió el mapa y la vio señalada con una cruz. Ese sería uno de los señuelos para atrapar a los festantes. Los pobres incautos seguramente pensaron que allí habría otros humanos que podrían ayudarles, darles refugio o armas para continuar en el *Festum*. De todos era sabido que existían pequeñas agrupaciones de humanos que se dedicaban a la cría de ganado y animales de granja con los que alimentar al resto de humanos. La salvedad estaba en que esos humanos eran fieles a los vampiros, eran fanáticos adoradores de las criaturas oscuras. Su fidelidad estaba sellada con una promesa de ser convertidos, llegado el momento. La mayoría de ellos dedicaban toda su vida a servir a sus amos sin obtener recompensa a cambio.

Mara supo hacia dónde no debía dirigirse. Al este observó la playa, otra zona prohibida. Al sur sabía que se encontraba la ciudad de Isla Muerte, allí era donde tenía intención de ir, solo que, al ver a sus enemigos desde las alturas, se lo estaba replanteando. Al oeste contempló una construcción mayor, también iluminada, miró el mapa y leyó: *vieja fábrica*. Una cruz al lado le mostró que se trataba de otro puesto de vigilancia de los vampiros, otro señuelo para atraer a los humanos.

Sabía que sin armas estaba muerta. Había tenido suerte, pero pronto, cuando ya no hubiese tantas presas fáciles desperdigadas por la isla, buscarían más a fondo. Al recordar a los festantes, miró su reloj: tres puntos más se habían apagado, quedaban veinticinco. Deseaba tener a Melanie y a Ethan a su lado, aunque la que más le preocupaba era su amiga. Ethan tenía una daga y ya había sobrevivido al *Festum* en una ocasión, podía apañárselas. Observó que por encima de la vieja casa y del denso bosque se erigía una alta montaña, un sendero partía desde las faldas hasta la cumbre. Ese sería el primer lugar de la isla donde el sol incidiría por la mañana. No se le había ocurrido antes, pero tal vez sería una buena idea subir hasta allí, y esperar a que el sol llegase pronto para protegerla con su luz. Todavía era demasiado peligroso marcar una ruta de escape, pero la montaña era una posibilidad que no había barajado.

Comenzó a descender del árbol, tenía que encontrar a sus amigos, y acababa de decidir que iba a ser fiel a su plan inicial: iría hacia la ciudad. Tal vez encontrase algún arma allí. Esos vampiros malnacidos los habían empujado hacia todas direcciones excepto al camino que llevaba hasta la

ciudad y el lugar que la protegía del mar: los acantilados, tal vez allí podría guarecerse hasta que pasase esa noche. Ya había pasado una hora, había que moverse. Había descendido de la rama que le había servido de refugio, cuando escuchó pisadas cerca. Maldijo su mala suerte, deteniéndose como si fuese un insecto hoja agarrándose de una rama. Las pisadas se aproximaron, alguien corría hacia allí. Iba a toda prisa y, aunque tropezó, no cayó al suelo. Tuvo que detenerse y agacharse para recuperar el aliento. La figura levantó el rostro y lo reconoció, era Adam Thomson, el semental. El joven estaba herido, y de su rodilla brotaba sangre en abundancia. El traje había desaparecido de esa zona, dejando al descubierto su pierna derecha casi al completo. Su herida era una invitación a ser devorado.

—¡Espérame, Adam! —susurró una voz de repente—, hasta herido eres más rápido que yo.

—Te he dicho que no me siguieras, ahora soy una presa fácil. Debes ponerte a salvo.

—Ni lo sueñes, no pienso quedarme sola. ¿Dónde podemos ir? Aquí en el mapa se ven unas cuevas, al oeste de la montaña. Tal vez podríamos ir allí.

—No creo que llegase hasta allí, la pierna me está fallando. Además, si sigo perdiendo tanta sangre, no duraré mucho.

Mara comprobó que su amiga Melanie estaba con Adam. Tenía que evitar que se dirigiesen a las cuevas. Era la trampa perfecta diseñada por los vampiros... Continuó bajando, ahora más decidida al ver que su amiga estaba cerca. Por fin podrían reunirse. Había sido una suerte, ahora que lo pensaba, la inmensa isla era un lugar demasiado enorme como para que se hubiesen encontrado. Comenzó el descenso aprisa, no quería que se marchasen de allí sin avisar a su amiga. Tampoco podía gritar si es que querían sobrevivir... De repente, un ruido entre unos arbustos al norte de donde se encontraban la alertó. Allí había algo, siguió bajando sin tiempo para avisarles de que un enorme cániro se acercaba caminando lentamente, acechándoles, sin que fuesen conscientes del peligro. Mara quiso gritar para advertirles, sin embargo, eso habría alertado a todo ser que estuviese agazapado bajo el sepulcral silencio del bosque nocturno.

El animal fue ganando velocidad a medida que se acercaba, ya estaba casi

encima de ellos. Mara pensó que debía hacer algo y, sin pensárselo, saltó desde el árbol para apartar a su amiga de la trayectoria. Adam no pudo reaccionar a tiempo y, aunque emprendió la huida, la criatura saltó sobre su espalda, tumbándolo bocabajo y desgarrándole la carne de la espalda con sus poderosas dentelladas y garras. La bestia, poseída por el éxtasis de la sangre y la carne de su presa, las ignoró.

—¡Mara! —gritó de sorpresa su amiga.

—¡Shhh! ¡Calla! Hay que salir de aquí, ¡ya!

La ayudó a levantarse, y comenzaron a huir en dirección contraria, pero cuando Melanie vio el espectáculo dantesco del animal sobre Adam, no pudo evitar gritar horrorizada. El monstruoso animal las descubrió, abrió la boca dejando caer el brazo de Adam en el suelo y lo miró de reojo, como indicándole que ya volvería a por él. Ahora tenía enfrente a dos jugosas muchachas indefensas que serían el plato fuerte de la noche. Salió como un rayo endiablado, disparado a toda velocidad, apretando sus cuartos traseros. Tan solo tendría que dar varias zancadas para alcanzarlas, estaban perdidas. Siguiendo su instinto, Mara tocó su cinto, buscando la daga. Se resignó y tomó aire para respirar profundamente. Le gritó a Melanie que corriese en dirección contraria, no podría perseguirlas a las dos a la vez, si cada una corría en una dirección distinta. Mara decidió que, si ella se quedaba, su compañera se salvaría, al menos una de las dos.

Melanie le hizo caso y corrió a esconderse tras un árbol, pero no llegó muy lejos cuando el animal ya estaba frente a Mara. La muchacha tuvo la sangre fría de esperarlo hasta que casi la acarició con su aliento. El animal, confiado, se lanzó contra ella pensando que, al no moverse, la presa era fácil y apenas mostraría resistencia. El animal de grandes proporciones arremetió con todas sus fuerzas contra Mara, quien, en el último instante, saltó dando una voltereta en el aire y se apartó. El cániro continuó su avance a toda velocidad sin poder detenerse, chocando contra un árbol. El animal lanzó un escalofriante aullido de dolor, cayó de lado, atontolinado por el golpe. Mara aprovechó y corrió hacia el cuerpo de Adam, quería alejar al animal de Melanie. El cániro, al verla dirigirse hacia su anterior presa, se enfureció aún más, pues creyó que iba a robársela. Con el hocico ensangrentado por el choque y una pata magullada se lanzó de nuevo tras ella. Esta vez no podría sorprenderlo de la

misma manera, debía idear otra cosa. Miró a su alrededor para ver qué podía usar de arma. Solo encontró algunas ramas podridas que estaban desparramadas por el suelo, muchas de ellas partidas bajo el peso y los golpes del cániro. Eso no serviría para detener a ese animal de proporciones épicas. Al pasar junto al cadáver de Adam, vio sus gafas de visión nocturna, y entonces recordó las palabras de Caleb:

“Hay otra manera de quitarte a uno de esos cániros de encima, puedes utilizar las gafas de visión nocturna. Solo tienes que golpear con fuerza un punto verde que hay encima de las gafas, es el mecanismo que proporciona luz a las gafas para poder ver en la oscuridad. Producirá un haz de luz tan potente que cegará momentáneamente al animal.”

Se agachó a recogerlas y, justo cuando presionaba el punto verde que había entre los cristales, se dio la vuelta para encontrarse con que el animal había vuelto a embestirla. Sin embargo, el animal se topó con un impresionante haz de luz que salió de las gafas, dejándolas sin energía e inservibles al instante, pero que incidió en los ojos del animal, cegándolo por completo. Este cayó al suelo y se fue alejando, golpeándose contra troncos, rocas y todo lo que encontró a su paso.

—¡Mara! ¿Estás bien? ¡Ha sido increíble! ¿Quién eres tú realmente? He visto esa pirueta y luego lo de las gafas...

—¡Vámonos de aquí! Seguro que hemos llamado la atención de todos los que nos persiguen.

—¿Dónde vamos?

—A la fábrica abandonada. Tenemos que conseguir armas para defendernos o estamos perdidas.

—De acuerdo. ¡Mara, tienes que ver esto!

—Dime.

—Solo quedan dieciocho luces verdes, poco más de la mitad.

—¿Qué hora es?

—Son las 11:15, aún es temprano.

—Aún queda mucho tiempo. Esas luces rojas son malas noticias. Menos

festantes significa que aún lo tenemos más difícil. ¡Vamos, o te quedas aquí solita! —apresuró a decir Mara, arrojando las gafas ya inservibles al suelo, junto al cuerpo inerte de Adam.

10 · Sobrevive

—¿Cómo vamos? —preguntó Gornav a su hijo al entrar en la sala de control desde donde coordinaban todas las imágenes que eran procesadas y emitidas en vivo.

—No está mal, un poco más retrasados que el año anterior. Como no me has dejado tomar parte todavía...

—¿Cuántos quedan vivos?

—Exactamente, 17.

—Vaya... —dijo pensativo—. De acuerdo, entras ahora mismo.

—¿En qué zonas están los humanos?

—Se han dividido en varios grupos: hay tres que se han dirigido hacia la montaña, han conseguido esquivar a los cániros y ya suben por el sendero hasta la cumbre.

—¿Tenemos a alguien allí? —preguntó levantando su perfilada ceja oscura. Su rostro pétreo se reflejaba en el monitor, y una arruga de contradicción se dibujó en su frente—. Aún quedan muchos. ¿Colocasteis los trescientos cepos?

—Sí, padre, como y donde usted indicó. En la cumbre estaba Ninrola, pero ha abandonado su puesto y se dirige a las cuevas...

—¿Por qué? —preguntó en tono inquisidor.

—Porque usted ordenó que Tristan ocupase mi puesto en el bosque, así que las cuevas quedaron desprotegidas. Hacia allí se dirige el grupo más grande de humanos: siete.

—¿Y los demás?

—Maik se encuentra en las inmediaciones de la ciudad y vigila la playa del este, donde hay otro grupo de cinco. Riskull se encuentra en el puesto de la vieja fábrica y la playa oeste de la isla, así que...—Caleb detuvo su discurso al comprobar que Mara y Melanie se dirigían directamente hacia la zona que aparecía en la pantalla. La humana no le había hecho caso, se estaba metiendo

en la boca del lobo. Riskull era el peor segador al que se podría encontrar esa noche.

—¿Qué ocurre, Caleb?

Caleb divisó las dos figurillas que se dirigían hacia la vieja fábrica. La número trece era una de ellas. Mara se dirigía directamente hacia la fábrica abandonada, una ratonera y una trampa perfecta que el segador más letal de todos conocía a la perfección.

—Nada, padre. Como dice, tengo que entrar. Hay demasiadas zonas desprotegidas. Los cuatro, con ayuda de los cániros, no son suficientes para acabar con esto rápido. No queremos que ocurra como hace años...

Caleb sabía que debía ir a avisar a Mara, aunque pusiese en riesgo todo el *Festum*. Sintió una incomprensible y desmesurada opresión en el pecho. Debía ayudarla, era perentorio protegerla, y allí, a pesar de haber dirigido a los segadores lejos de su posición, no podía hacerlo.

—¿Cuántos cániros han caído?

—Dos, uno por un disparo y el otro con la espada del número 25, Ethan Ford.

—¡Ja, ja! —Rio—, te dije que ese era un ejemplar fabuloso, sabía que daría juego. Dejadlo para lo último. Eso sí, debe caer. Esta vez no va a regresar a Isla Menor.

—Aguantará hasta que yo lo encuentre...

—Te he dicho que no te precipites. ¿Dónde está?

—Está escondido por el bosque, acaba de salir indemne de su encuentro con un cániro. Ahora viaja hacia el sur, viene hacia la ciudad...

—¡Desviadlo! En la ciudad no hace nada, solo conseguirá que lo maten demasiado pronto. ¡Quiero espectáculo!

—No hay problema, saldré a su encuentro.

—¡No! Mejor dirigidlo hacia el nido de crámulas. Esas arañas son terribles con los humanos. Su picadura le hará desorientarse y entonces será todo vuestro, sin esfuerzos.

Caleb ya había salido de la sala de control. Fue a recoger su equipo para entrar dentro del *Festum*. Pensó que dejaría a Ethan para más tarde. Ahora tenía que ayudar a Mara, Riskull era implacable. Nada más apareciesen por la fábrica, acabaría con ellas.

Había transcurrido casi una hora sin que tuviesen que esconderse de vampiros o cániros. La brújula marcaba la dirección correcta, se dirigían al este. Cada nuevo paso que daban, parecía que podría encontrarse con Caleb, y entonces, ¿qué pasaría? ¿La mataría como le advirtió? En el interior de su corazón sabía que no podría acabar con ella, no sabía cómo, ni por qué, pero se había creado una conexión entre ellos, algo muy extraño que nunca había experimentado con nadie, ni siquiera con Ethan, cuyo amor había surgido con el tiempo, como una semilla que germinase lentamente en el interior de su corazón. Lo que sentía por Caleb era diferente, era como una mala hierba que se abría paso por la dura tierra en mitad de la sequía y que se había arraigado con unas raíces profundas e inquebrantables, difíciles de arrancar. Mientras caminaban, sintió el impulso de contarle a Melanie lo de Caleb, necesitaba saber si su amiga pensaba como ella, o en cambio pensaba que estaba loca por enamorarse de su verdugo, de uno de los asesinos que las perseguía. Tal vez así consiguiese quitárselo de la cabeza.

—¿Alguna novedad? —preguntó Mara a su amiga. No sentía ganas de mirar ese maldito reloj. Cada vez que veía que una luz se había apagado, el alma se le caía a los pies y sentía el impulso de tirar la toalla. “¿Cómo podríamos parar esto?”, pensó.

—Somos exactamente la mitad, quince —dijo mostrando media circunferencia iluminada—. ¿Sabes algo de tu amigo, el rubio ese tan guapo que ha venido a buscarte?

—No —dijo con tono de gracias-por-recordármelo—, supongo que estará bien, es muy fuerte y ágil. Si nosotras estamos aún vivas, él también lo estará. He tratado de buscarlo, pero el bosque ha sido un caos.

—¡Shhhh! —escucharon desde lo alto de unas rocas camufladas por un grupo de altas coníferas.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Mara a la defensiva.

—¡Ey! Chicas, soy yo, Meltzer. No pensaba que sobreviviríais tanto

tiempo, más de las doce y aún estáis de una pieza, ¡enhorabuena! —susurró desde lo alto de los peñascos—. ¿Dónde cojones vais? ¿Estáis locas? Os van a ver esos perros del infierno. Ya he gastado dos balas en uno de ellos, y no sé si lo maté. Me quedan solo cuatro.

—Vamos hacia la fábrica abandonada, no debe andar muy lejos —dijo Mara acercándose—. Creo que allí hay armas, algo con lo que defendernos. Esas balas no te durarán mucho.

—¿Vienes? —le preguntó Melanie, acercándose más hacia las rocas, siguiendo un oculto sendero tras los árboles que había en el lateral del ascenso.

—¡No! ¡Ni de coña! Allí están los vampiros. La fábrica no queda lejos, pero no se os ocurra ir allí. He visto a uno de ellos haciendo guardia, ha pasado en una ocasión por aquí delante, pero al acercarse escuché cómo lo llamaban por radio.

Mara no se percató de la casita de madera que colgaba desde los árboles laterales, donde Melanie estaba dispuesta a apoyarse a descansar mientras conversaban. La joven dio un solo paso y escuchó un chasquido metálico debajo, miró y sintió un dolor desgarrador que le atravesaba a la altura del tobillo. Unas fauces metálicas surgieron de la nada, camufladas bajo las hojas secas y la tierra, se cernieron sobre su pierna, atrapándola y derribándola de dolor. La muchacha emitió un grito atroz y desolador que Mara consiguió ahogar con su mano. Le tapó la boca, pero después no pudo controlarla.

—¡Joder! ¿Qué es eso, Mara? —preguntó Meltzer saliendo de su escondite asustado por los gritos de dolor de Melanie.

—¡Un maldito cepo! Los hay por todas partes. Hasta ahora no nos habíamos encontrado con uno de ellos, lo olvidé por completo...

—¿Lo sabías? —preguntó Meltzer extrañado. Se acercó para ver la herida que sangraba profusamente. El tobillo estaba destrozado, hecho añicos, no podría volver a caminar.

—Mis padres me contaron algo, supuse que tú también lo sabrías... —miró la casita de madera preparada para los pájaros del bosque, estaba justo encima de sus cabezas. Por culpa de las malditas prisas, los nervios y todo lo que tenía en la cabeza, por culpa de Caleb. Había olvidado que las casitas de

pájaros eran una señal para los propios vampiros, así evitaban pisar alguno de los cepos que otros habían colocado con anterioridad. Ahora no servía denada decirlo, solo conseguiría enfadarla y sentirse peor consigo misma. Había sido un fallo que jamás se perdonaría, pero ahora no servía de nada pedir perdón o decir *lo siento*.

—Hay que hacer algo rápido, —apremió Meltzer—. Hay que esconderla, y largarse de aquí.

—¿Cómo? De ninguna manera me iré de aquí sin Melanie.

Su amiga seguía gimiendo y llorando. La miró comprendiendo que Meltzer tenía razón. Ahora solo era un lastre, estaba condenada. Comenzaron a escuchar ruidos acercándose. Algo se aproximaba, morirían todos.

—Estás loca, yo me largo de aquí, vas a morir tú también.

—¡Tiene razón, Mara! ¡Vete! —sollozó.

Con lágrimas en los ojos, casi sin tiempo para asimilar lo que había ocurrido y la decisión que tenía que tomar, Mara le prometió que volvería a por ella. “De eso se trata el *Festum*, ¿no? Tomar decisiones difíciles para sobrevivir durante una noche”. Entre los dos la arrastraron por el empinado desnivel y la escondieron tras las rocas. Mara deseó que ya fuesen las 7, y que su amiga pudiese salvarse.

—Prométeme que te salvarás! —le dijo Melanie.

—Te lo prometo. Volveré, te lo aseguro.

—No te preocupes, no hagas promesas que no te dejen cumplir otra promesa anterior. ¡No seas boba...! Igual nadie me descubre y te veo en Isla Menor. ¡Cuídate, amiga!

La abrazó. Las lágrimas se derramaron por las mejillas de ambas, conocedoras del horrible final de Melanie. Mara vio como Meltzer se alejaba del lugar. Los primeros gruñidos se acercaban tras los árboles colindantes. Mara escuchó un disparo y después otro, luego silencio. Se separó de Melanie, que la empujó para que se marchase y pudiese salvarse. Bajó por el otro lado de la ladera para no ser vista. Algo había sorprendido a Meltzer, de lo contrario no habría gastado dos disparos. Mara pensó en que tenía que alejarse de allí o atraería a todos sus enemigos hasta el lugar en que habían

ocultado a Melanie.

Miró su brújula y, conforme se alejaba hacia el este, supo que había desviado su trayectoria. Entonces lo vio. Un enorme cániro se acercaba hasta Meltzer, que se encontraba buscando su arma entre las hierbas. El hombre parecía desesperado, y el animal lo sabía. Se le dibujaba una sonrisa diabólica al darse cuenta de lo indefenso que se encontraba. Meltzer comenzó a sollozar tratando de encontrar su arma. Resultaba patético ver cómo se pierden los papeles cuando el ser humano se enfrenta a la muerte. Pero eso era lo que había, a la mayoría nos ocurría lo mismo. No había mucha dignidad al saber que llega tu hora y no puedes hacer nada por evitarlo. Mara dudó entre darse la vuelta y huir de allí, o ayudar a ese enigmático hombre de color que había venido desde tan lejos. La curiosidad por saber algo más de él, de dónde provenía, era muy fuerte, así que decidió ayudarlo. Observó el lugar, buscando algo con lo que poder atraer la atención del animal, oteó las copas de los árboles por si colgaba alguna jaula de pájaros para que el animal cayese en la trampa, pero no hubo suerte. Debía hacer algo o Meltzer moriría, pero ¿qué? Desesperada, sus sentidos se agudizaron, le ocurría cada vez que se enfrentaba al peligro. Lo había comprobado en varias ocasiones desde su llegada a Isla Muerte. Al contrario que a otras personas, el miedo no la bloqueaba, la despertaba más. Ya le había pasado con el cániro y en su encuentro con Caleb. Había pasado la vistavarias veces sin reparar en él: un montículo, deforme y oscuro, de pie junto a un tronco, nadie habría reparado en él, pero Mara lo reconocería aun con los ojos cerrados. Se trataba de un nido de crámulas, arañas gigantes carnívoras que se volvían locas por la carne, y que odiaban que cualquier ser vivo merodease por su nido. Normalmente, vivían en lo alto de los árboles, pero en la época de cría hacían esas increíbles construcciones, donde escondían los huevos y las crías. Esos montículos podían albergar cientos de esas arañas casi del tamaño de la cabeza de un niño pequeño, apelotonadas en su interior, atentas a la menor vibración que se aproximase. En su isla tenían esas odiosas arañas, que ya les habían mordido y atacado en alguna ocasión. Una vez, cuando era aún pequeña, un hombre había pisado uno de esos montículos de tierra cuando las arañas lo estaban construyendo y el resultado fue dantesco. Enseguida se le subieron decenas de esas alimañas por todo el cuerpo, devorándolo en cuestión de minutos. Al recordarlo, los gritos de dolor del hombre volvieron a

resonar en su cabeza.

No se lo pensó. Corrió todo lo que pudo y se colocó justo delante del montículo, con cuidado de no pisarlo. Notó un leve temblor bajo sus pies, las crámulas debían haberla detectado. Comenzó a gritar hacia donde se encontraba el animal, que en cuanto la vio se giró hacia donde se encontraba y comenzó a correr para arremeter contra ella. Cuanta más velocidad cogía el animal, más tensión se creaba en el nido de crámulas, que comenzaban a inquietarse por el movimiento de tierra que provocaban las zancadas del colosal animal. Como ya hizo antes, mantuvo la sangre fría lo suficiente como para esperar a que el animal arremetiese contra ella. La bestia saltó sobre Mara al verla inmóvil, pero desvió un poco su trayectoria al ver por la esquina del ojo que Mara se apartaba asustada por la frenética actividad del nido, del que comenzaban a brotar crámulas buscando al osado que intentase acercarse a su prole. Sin embargo, el animal no pudo detenerse y derribó el nido con el costado, llevándose adheridas una decena de crámulas, que comenzaron a morder y arrancar la carne del animal con ferocidad, a la vez que segregaban una toxina paralizante de los neurotransmisores del animal, que le impediría moverse. Cuando se detuvo, cayó seco al suelo, devorado por los animales. El resto de crámulas salieron del nido encolerizadas y corrieron en busca de aquello que las había importunado. Mara, que estaba lo suficientemente cerca para ser la culpable, comenzó a rodar hacia un lado. Una crámula saltó sobre su espalda dispuesta a morderle, pero Mara la aplastó en el primer giro y se deshizo de ella. Cuando se detuvo, el enorme insecto volvió a arremeter contra ella dispuesto a matarla, no le importaba que Mara fuese diez veces más grande que ella. La joven se arrastró de espaldas, sin tiempo para ponerse de pie, entonces se escuchó un disparo y el animal se partió en dos mitades, que siguieron recorriendo parte del trayecto hasta por fin detenerse.

—¡Te la debía, gracias! —dijo Meltzer.

—¡Gracias a ti! Estamos en paz, tú hubieses hecho lo mismo. Esos bichos son realmente resistentes... —dijo recobrando el aliento.

—De esonada, otro no se hubiera enfrentado a esa criatura para salvarme. Estoy en deuda contigo—dijo tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse—. Me queda una bala, debemos guardarla y marcharnos de aquí enseguida.

¿Dónde ibas?

—Hacia la fábrica... ya te lo dije.

—Eres terca... Vamos entonces, ya me contarás qué buscas ahí. Lo que está claro es que sabes defenderte.

Mara quiso regresar y volver a ver qué tal estaba Melanie, pero era mejor salir de allí. Solo abandonando aquella zona, su amiga podría tener alguna posibilidad.

—Por el camino puedes contarme algo de tu historia. Necesito saber si es verdad que todavía existen lugares en los que se puede vivir sin la amenaza de los vampiros.

11 · Reencuentros

Continuaron caminando, escondiéndose como dos sombras cada vez que escuchaban algún ruido extraño, hasta que finalmente sus pasos les llevaron a divisar la fábrica abandonada en lo alto de una pequeña ladera. En menos de media hora más de camino llegarían hasta allí. Ya eran cerca de las dos de la madrugada, necesitaban descansar y planificar qué harían cuando estuviesen dentro de la fábrica. Seguramente, el lugar estaría vigilado, y Mara no quería más sorpresas. Estaba preocupada por Ethan, pero confiaba en que él también fuese capaz de sobrevivir a esa maldita noche. Si lo lograba, se reuniría con él de camino a Isla Menor. Miró hacia el cielo y deseó que sus padres estuviesen orgullosos de ella. En definitiva, aún estaba viva, y eso era lo que importaba en el *Festum*. Mara había tratado de no mostrar sus habilidades especiales delante de las cámaras. Era consciente de que los vampiros podrían anular su participación si sospechaban que había alguna irregularidad, y acto seguido sería acusada y ejecutada de inmediato. Había notado que su cuerpo se recuperaba rápido tras la lucha y que era más rápida que antes. También podía adivinar los envites del adversario, pero debía seguir pareciendo tan frágil como hasta ahora. El hecho de que sus padres la hubieran enseñado a luchar, algo que los organizadores del *Festum* sabían con anterioridad, le daba cierta ventaja a la hora de disimular sus nuevas capacidades.

Decidieron subir a un árbol, y descansar un poco. En realidad, era Meltzer quien necesitaba descansar. Mara pensó que debían perder algo de tiempo, aún era temprano y estar deambulando por ahí tampoco les podía traer nada bueno. Meltzer había cogido algunas moras comestibles y algunos frutos de los árboles. Mara miró su reloj, solo diez luces brillaban en su esfera. “¿Significaba eso que Melanie y Ethan habían muerto?”

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó Meltzer mientras rompía la cáscara de una nuez contra la corteza del árbol.

—Eso espero... Aún nos faltan cinco horas. Es demasiado tiempo, aunque ya hemos pasado la mitad del *Festum*. Ahora viene lo peor... Casi no quedamos humanos. Según este aparato, solo diez supervivientes. Eso

significa que ya debe haber más vampiros y cániros que festantes. Es un mal promedio, se han quitado de encima a un montón de gente. Lo cierto es que no pensaba que pudieran hacerlo tan deprisa...

—Creo que no juegan limpio...

—¿En serio? ¿Por qué lo dices?

—Esta isla es demasiado grande como para encontrar a treinta personas tan rápido. Esos perros voraces y maléficos podrían encontrar a muchos de nosotros, y también podrían los vampiros, pero no son tantos como para darnos caza tan rápido. Físicamente es imposible, es como si supiesen dónde estamos. Los tres últimos años no ha sobrevivido nadie... Algo no cuadra.

—Debes tener en cuenta que esos vampiros son asesinos expertos, rastreadores entrenados para matar y muy veloces...

—Aun así, creo que nos rastrean a través de un sistema de vigilancia. Conocen nuestra posición en cada momento.

—Debe ser por las cámaras. ¡Mira, allí abajo hay una! Ahora mismo no nos enfoca, pero podría habernos captado escalando a este árbol.

—Puede ser, aunque no creo. Pienso que tiene que ver con un seguimiento GPS, deben haber colocado algún dispositivo que les da nuestra localización exacta a cada nuevo paso.

—¿Un qué?

—Un GPS es un sofisticado sistema de seguimiento. Antes, cuando la tierra era *normal*, eran muy comunes. Estoy seguro de que los vampiros han adaptado la tecnología a sus propios intereses, como buena especie colonizadora que son. Deben usar algo para localizarnos.

Mara miró el reloj que ambos llevaban. Trató de quitárselo, pero fue imposible.

—Creo que aquí tienes la respuesta. Saben dónde estamos por el reloj.

—¡Qué hijos de perra! Debí haberlo imaginado, si pudiésemos quitárnoslo...

—Me parece que es imposible, habría que encontrar alguna herramienta. Oye, sabes muchas cosas... ¿Tiene algo que ver con la tierra de dónde vienes?

—Sí, mi padre era informático, una especie de científico que estudia y controla esos dispositivos electrónicos con pantallas que sirven para hacer funcionar todas las cosas. Verás, en mi tierra no había vampiros. Éramos libres. Estábamos aislados de manera natural —Mara dejó escapar un suspiro de incredulidad, abrió bien los ojos, complacida al saber que la idea que había estado rondando por su cabeza era cierta—. Durante meses, escuchamos cómo los vampiros iban dominando el planeta poco a poco, pero de nuestra isla se olvidaron. Era muy pequeña y remota, casi inaccesible, aunque éramos autosuficientes.

—¿Crees que podría haber más lugares como tu tierra?

—Supongo que sí, ¿por qué no? Aunque desconozco si mi pueblo continuará siendo libre. Los vampiros me torturaron hasta que les conté de dónde venía el bote donde me encontraron pescando con mis amigos. Nos alejamos de nuestra costa y la corriente nos arrastró durante días hasta la península, dominada por los vampiros. Cuando ya creíamos que íbamos a morir en el mar, los vampiros nos encontraron. La verdad, no sé qué hubiese sido peor: mis amigos fueron asesinados y solo sobreviví yo.

—¡Lo siento!

—No te preocupes, ya me he hecho a la idea de que jamás volveré a ver a ninguno de los míos. La distancia hasta mi tierra es demasiado infranqueable. Tardé un mes en llegar hasta Isla Muerte en barco, no podría llegar allí ni, aunque tuviese un bote. De todas formas, ahora que lo recuerdo..., una noche captamos una señal de un islote anteriormente bajo dominio estadounidense en el que no había vampiros. Lanzaban una llamada para que todo el que pudiese, se uniese a ellos. Lo llamaban *Isla Revolución*, pero la señal se cortó rápido. Me figuro que solo podían encender la radio unos minutos al día para evitar ser localizados por los vampiros. Ahora que lo dices, estoy casi seguro de que hay algunos oasis de tierra que los vampiros aún no han colonizado...

—Deberíamos llegar hasta allí, unirnos, plantarles cara...

—¡Estás loca! Ya es imposible, estamos demasiado diseminados y aislados. La era del hombre ha terminado, solo nos queda la esperanza de sobrevivir esta noche y llegar a Isla Menor.

—Yo creía que esa era la salvación, pero es solo una quimera, una utopía

para mantener esperanzada a las masas de hombres que quedan con vida, y de los que tienen que alimentarse. Debemos encontrar más humanos libres. Habrá alguna manera de acabar con estos asesinos, ¿no?

—Ojalá tuvieses razón. De todos modos, lo que importa ahora es escapar de ellos esta noche. Por cierto, ¿cuál es el motivo para ir a la fábrica? Estará muy vigilada...

—Lo sé, pero seguro que tendrán armas, y debemos conseguirlas. Una bala no da para mucho, ¿verdad? —dijo tirándole unas cáscaras a la cara.

—¡Ey! Estate quieta que si me caigo de aquí no podré ayudarte.

Los dos rieron durante unos segundos para liberar parte de la tensión que habían acumulado al saber que sus vidas pendían de un hilo. Charlaron unos minutos más antes de continuar hacia la fábrica.

No sabía dónde podía estar Mara, no se lo perdonaría si no lograba salvarla. Sus padres se sentirían desolados, no podía fallarles. Había recorrido gran parte de la isla buscándola. Aún no entendía cómo se habían separado tanto. El comienzo del *Festum* había sido un caos, pero había recorrido el bosque, la playa y casi había llegado a las cuevas, cuando esa odiosa segadora lo había descubierto. Llevaba casi una hora persiguiéndolo por toda la isla. Le gustaba comprobar que era más rápido y audaz que ella, pero ahora le estaba pisando los talones. Por suerte, la había despistado en un claro del bosque, y ahora perseguía a otro desgraciado. Ethan hubiese dado cualquier cosa con tal de que Mara continuase con vida. Cuando se había encontrado con Mara antes del *Festum*, la había notado bastante cambiada. Se mostraba más espontánea, segura de sí misma, pero sin dejar de ser la joven que él conoció. Estaba guapísima. Si lograba salvarla, le pediría que fuesen pareja por el resto de sus días, una vez consiguiesen la libertad. Había notado que ella también lo miraba de manera especial. Desde que había llegado a Isla Muerte, no había dejado de recibir proposiciones de todas las mujeres y vampiras que se cruzaban en su camino, sin embargo, ninguna era como Mara. Al verla después de tanto tiempo, descubrió que el sentimiento que había surgido cuando ella era una adolescente seguía vivo y era más fuerte que su propia voluntad. Ahora que era toda una mujer no podía desear otra cosa que

tenerla entre sus brazos cada mañana al despertar.

Comenzaron a descender del árbol, era momento de ponerse en marcha. Todo parecía despejado. Meltzer fue el primero en tocar tierra firme, pero cuando se disponía a ayudar a Mara, escuchó un gran tropel que se acercaba.

—¡Corre, sube! ¡Escóndete! Viene alguien —susurró, pero ya era muy tarde para él, se quedó pasmado delante del árbol, sujetando el arma con las dos manos. Una figura sudorosa y agotada apareció ante él, no había visto a ese tipo, pero no tenía pinta de ser un vampiro, el hombre era corpulento, fuerte y tenía cara de pocos amigos. Meltzer observó que en su mano portaba uno de los sables que se ganaron en la previa del *Festum*. Tal vez esa fuese la espada de Mara.

—¡Ten cuidado! Ese tipo fue el que me desarmó, —susurró mientras subía.

—¡Apártate del camino, idiota! Me persiguen.

Meltzer le apuntó con la mano.

—Esa espada no te pertenece, ladrón.

—La he encontrado, gilipollas, y si no te apartas te abro por la mitad, o lo hará alguno de esos que me persiguen. Meltzer no bajó el arma, solo tenía una bala, pero no le importaba usarla con ese cretino. Sabía que esa espada era de Mara, y la necesitaban para llegar hasta la fábrica.

Antes de que pudieran reaccionar, un cániro de color pardo saltó sobre la cabeza del tipo, arrancándosela de cuajo. Meltzer trató de volver a subir al árbol, pero un segundo cániro se abalanzó sobre él, mordiéndole la pierna. Mara intentó tirar de él, pero en el último instante se le resbaló de las manos. El joven cayó al suelo y también perdió el arma.

—¡Nooo! —dejó escapar Mara desde lo alto. Compungida por la mala suerte de su compañero, saltó sin pensarlo al suelo, entre los dos gigantescos animales, que se empleaban en los humanos. El segundo cániro casi había arrancado el tobillo de Meltzer de cuajo, rasgaba y mordisqueaba el hueso de la pierna del joven con sus molares, haciéndole retorcerse de dolor, mientras gritaba a pleno pulmón. El animal lo inmovilizó con sus enormes garras.

Mara cayó rodando y en su trayectoria agarró la daga que yacía en el suelo, accionó el botón y la enorme espada se abrió. Dirigió su rabia contra el enorme animal que, sorprendido, casi no la vio venir. Agarró con firmeza la empuñadura y le rebanó la cabeza de un solo golpe. Ni aun así, soltó la pierna de Meltzer, que se había desmayado del dolor. La fuerza empleada por Mara fue descomunal, pero no hubo manera de hacerle soltar a su compañero. El otro animal ya había descuartizado al tipo que había robado la espada de Mara, así que se fijó en ella, como intuyendo que era un enemigo poderoso. La olisqueó y lanzó un aullido hueco y profundo que retumbó en todo el bosque. El condenado estaba llamando a los demás, y también atraería a los vampiros. Estaba alertando a los otros de que Mara era una rival superior a él, que necesitaba ayuda. La joven sabía que si corría y le daba la espalda estaba perdida, jamás escaparía. Tampoco había ningún lugar en el que refugiarse, solo podía luchar. Se levantó y se colocó en posición de defensa, como tantas veces le había enseñado su padre, solo que ahora tenía enfrente a una bestia asquerosa de casi dos metros de altura y colmillos afilados como puñales. El oscuro animal rugió de rabia y comenzó a acercarse lentamente, acechándola. Su pelaje negro como la noche se confundía con la oscura negrura del bosque. Mara hubiese preferido ser atacada a toda velocidad, así hubiese visto por dónde se aproximaba con relativa facilidad, pero este era listo, prefería dominar la situación. A cada paso que daba, hundía la tierra unos centímetros. Las gafas de visión nocturna le permitían ver su increíble envergadura. Pesaría algo menos de media tonelada, las ramas crujían bajo sus patas como débiles insectos aplastados al caminar. Mara pensó que ese era su fin, ya había aguantado demasiado... El animal continuó acercándose y, cuando creyó que ya estaba lo suficientemente cerca, cogió velocidad para arremeter contra ella. Mara lo aguardaba con la espada lista, debía ser un golpe maestro, no había posibilidad de error. Errar significaría la muerte y no volver a ver a los que la querían, decepcionarlos a todos.

El animal ganó velocidad y estaba muy próximo a Mara cuando el reflejo de algo brillante se cruzó en su camino. Los cuartos traseros del animal se separaron del resto del cuerpo, que continuó galopando hasta que, unos metros más adelante, cuando su cerebro reaccionó a la falta de retorno sanguíneo de la otra mitad del cuerpo, cayó de bruces, muerto. Mara levantó la vista estupefacta. No comprendía qué había sucedido. Se quitó las gafas, incrédula,

y entonces lo vio.

—Parece que necesitabas ayuda... —dijo Ethan detrás del cuerpo del animal, limpiando su espada en el recio pelaje del cániro.

—¡Ethan! —gritó Mara. La muchacha corrió a los brazos de su amigo, lo abrazó con todas sus ganas—. Ya creía que nunca más volvería a verte...

—¿Dónde te habías metido?

—No sé, el comienzo fue muy confuso y después... bueno, imagínalo, han pasado demasiadas cosas para contártelas. Hay que salir de aquí de inmediato.

—A mí también me han pasado algunas cosas increíbles, pero tienes razón, hay que largarse —Ethan limpió con su manga una mancha de suciedad que Mara tenía en la frente, se quedó mirándola fijamente y acercó su cabeza—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —preguntó ella entregada.

—De veras creí que no volvería a verte. Con cada luz que se apagaba de este aparato sentía que mi corazón latía un poco más despacio, parecía como si me arrebatasen un poco de vida, hasta el punto que decidí que continuaría únicamente hasta que quedase más de un punto luminoso. De haber quedado solo uno... habría usado esta —dijo señalando la espada—. No podría soportarlo, Mara. No sin ti.

—Calla, no seas ridículo. Si hay alguien que merece sobrevivir eres tú. ¿Por qué has arriesgado tu vida por ayudarme? Tú ya te ganaste el derecho a vivir dignamente...

—Porque te quiero... Sin ti no quiero vivir un segundo más en este mundo cruel e irracional donde el mal domina al bien y todos están condenados. Aunque yo fuese libre, seguiría estando condenado sin ti.

Mara se puso de puntillas para llegar hasta los labios de su guapo amigo. Los ojos azules de Ethan brillaban a causa de la emoción. Él le había abierto su corazón, le había dicho que la quería, por fin se había lanzado. Después de tanto tiempo, sintió unas ganas irrefrenables de besarlo y tirarlo sobre la hierba. Sin embargo, mientras sus labios se acercaban, Mara cerró los ojos y una imagen arrebatadora y sensual se coló en su mente: el recuerdo de Caleb. Lo quiso borrar de inmediato y, cuando casi rozó los labios de Ethan, algo los

sorprendió.

12 · Miedo

—¡Bravo! ¡Qué conmovedor! La parejita que creía que podría salvarse — una vampira miró a los cániros y les aplaudió—. Sois buenos con la espada. Hay que tener agallas para hacerles eso a esas bestias. Lástima que vuestra aventura acabe aquí: a las cuatro de la madrugada, cuando quedan solo seis festantes. Bueno, cuando acabe con vosotros quedarán cuatro. Un buen número, menos festantes que vampiros —rió en voz alta a carcajadas. La cámara apostada sobre un árbol cercano se movió con rapidez. Sin duda, ese era uno de los momentos más emocionantes de la *Noche de la Libertad*. Mara imaginó cientos de miles de ojos observándola, unos pocos animándola y dándole fuerzas, otros muchos deseando que muriese en ese instante.

En vez de sentir miedo, el valor, el coraje y la fuerza de todas esas pobres almas condenadas al sufrimiento y el exterminio se apoderó de ella, hinchiéndola de orgullo y determinación. Tener a Ethan a su lado le daba aún más confianza, le había visto luchar con la espada y era realmente bueno. La vampira alzó sus brazos y sacó dos espadas largas y afiladas que llevaba guardadas en forma de “X” en la espalda.

—Ahora me acuerdo de ti. Tú eres el capullo que se libró de mí aquella vez. Siento decirte que esta vez no tendrás tanta suerte... Debiste haberte quedado en tu escondite, encanto. Es una lástima que cuando acabe contigo no se reconozca tu cara bonita y ese cuerpo..., pero es lo que hay que hacer... —suspiró— a no ser que... quieras convertirte...

—¡Ni lo sueñes! —espetó.

—Era broma, idiota. Hay cuerpos bonitos a montones. No arriesgaría mi puesto como segadora por un pobre desgraciado como tú. En una noche como esta puedo beber toda la sangre fresca que me plazca, puedo emborracharme de sangre humana, y disfrutar de lo patéticos y cobardes que sois.

Mara pensó en Caleb, eso debía pensar él también. Jamás arriesgaría su posición y sus privilegios por ella. Solo había sido una aventura, no había más. De hecho, no se habían cruzado en todo el *Festum*. Mara sospechaba que

era porque él no quería, tal vez para no ser descubierto. Si alguien la mataba primero se ahorraría la escena, tal vez lo estuviese viendo y prefiriese que esa vampira se ocupase de ella.

“¿Significaba eso que tenía escrúpulos y no quería matarla o que de veras pasaba de ella?” Mara había sentido algo fuerte, muy intenso cuando estuvieron juntos, pero bien podía haber sido fruto de la pasión o lo desesperado del momento en que se encontraron, justo antes de convertirse en víctima y verdugo.

—¡Mi nombre es Ninrola y voy a acabar con vosotros! —gritó, corriendo hacia donde se encontraban.

Llegó hasta ellos como una exhalación, apenas tuvieron tiempo de cuadrarse para recibir el ataque. Las cuatro espadas comenzaron a repicar una canción mortal en mitad del silencio de la noche. Ninrola atacaba a cada uno de ellos con una mano, la derecha para atacar a Mara y la izquierda para defenderse de los ataques maestros de Ethan. La vampira comenzaba a ganar terreno e iba acorralando a Mara contra unas rocas. Ethan, que veía como se iba desarrollando el ataque, estaba más pendiente de la lucha de la muchacha que amaba, que de su propia defensa. Así que, en un descuido, Ninrola le asestó un corte en el hombro, que solo pudo esquivar en el último momento. Mara, asustada por el ataque contra Ethan, arremetió contra la vampira, que se zafó del ataque, y le propinó una fuerte patada en el estómago, lanzándola con fuerza hacia atrás. Mara perdió el equilibrio y cayó en las rocas, golpeándose en la cabeza. Quedó inmóvil, inconsciente sobre el suelo. De inmediato, una gota de sangre recorrió su frente.

Ninrola sonrió satisfecha. Se concentró en atacar y acorralar a Ethan, ahora más preocupado por lo que le había pasado a Mara que en su propia defensa. Deseaba tirar el arma e ir asocorrerla, pero sabía que no sería posible puesto que, si lo hacía, morirían los dos. Mara estaba a la merced de ese ser, y él era el único que podía sacarlos de esa situación. Con la angustia de tener que ser infalible, volvió a luchar, y esta vez con más fuerza.

—Siento haberme cargado a tu amiguita, cariño. Ahora te toca ati, no te preocupes. ¿Me pregunto a qué sabrá tu sangre? Se te ve sano, y todo el tiempo fuera de Isla Muerte, a tu libre albedrío, habrá dado a tu sangre una vitalidad y un tono dignos de paladear.

La vampira comenzó a atacar con más fuerza y rapidez. Ethan casi no podía esquivar un golpe cuando otro se le venía encima. Ella tenía dos espadas y la velocidad de un vampiro a su favor. Supo que no aguantaría mucho. Ethan tuvo que retroceder varios metros, buscando la forma de deshacerse de Ninrola y así poder recobrar el aliento, pero nada más lejos de la realidad. La vampira quería cansarlo para, una vez estuviese desarmado, poder matarlo.

Un golpe certero de muñeca logro que la espada de Ethan saliese volando por los aires, cayendo lejos de su alcance. Estaba perdido, no había escapatoria.

—¿Unas últimas palabras para la cámara? —dijo apuntándole con las dos espadas en el pecho—. No sé si me beberé tu sangre primero y después te clavaré las espadas en el corazón o te lo arrancaré mientras aún esté latiendo para beber directamente de él.

Una mirada de terror se posó en sus ojos, no por su propia muerte, si no por haberle fallado a Mara. Todos los sueños de una vida en común, lejos de los vampiros, se esfumaron de repente.

—¡Dile adiós a este mundo! —Ethan cerró los ojos. No quería que ese fuese su último recuerdo, que su cerebro se pausase con la imagen de esa asesina para toda la eternidad. Quiso recordar el momento en que sus labios casi habían rozado los de Mara y descansar por siempre con esa última imagen en la retina.

Esperó unos instantes dispuesto a que el frío acero le penetrase quemando como las brasas, arrebatándole la vida. Sin embargo, no ocurrió nada al principio. Después sintió que algo húmedo le goteaba sobre el rostro. Abrió los ojos esperando encontrar el semblante de esa criatura con su corazón en las manos, pero lo que vio lo dejó aún más estupefacto. La vampira tenía las órbitas de los ojos desencajadas y comenzaba a escupir sangre por la boca. Trató de girar la cabeza, pero la hoja de una espada, que ya le había atravesado dejando un gran tajo, la desgarró desde el interior, partiéndola por la mitad. Su cuerpo, aún con vida, pero condenado a desaparecer, cayó a los pies de Ethan.

—¡Nunca dejes la retaguardia descubierta! ¿No te lo han enseñado? —preguntó Mara al rostro desencajado de la vampira segadora. Asió la espada

con sus dos manos y, con toda la fuerza que pudo, asestó el último golpe sobre su cuello, separando la cabeza del cuerpo.

Un enorme grito de júbilo llegó hasta ellos, provenía de la ciudad. Los esclavos humanos y todos aquellos que habían estado viendo el *Festum* jamás habían contemplado unos festantes tan valientes, los únicos capaces de plantar cara a los cániros y a los vampiros. Tras el júbilo, se escucharon estruendos y gritos. Parecía que una revuelta había comenzado.

—¡Mara! ¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú? —dijo agachándose donde él estaba. Recorrió su pecho con la mano buscando alguna herida mortal, y suspiró aliviada al descubrir que estaba intacto.

—Sí, estoy bien, gracias a la buena fortuna. ¿Cómo has podido...?

—Me he dado un buen golpe, tengo una pequeña brecha en la cabeza, pero decidí hacerme la muerta. Era nuestra única oportunidad...

—¡Eres increíble! —dijo besándola con pasión. Esta vez no se reprimió, habían sido demasiadas noches soñando cuándo sería el momento perfecto para besarla por primera vez. Este era ese momento, después de que ella hubiese arriesgado su vida por salvar la de él. Por unos instantes, en los que solo se escuchaban estruendos y un griterío atroz a causa de los enfrentamientos entre los humanos y los vampiros, ellos permanecieron aislados del resto del mundo y de ese macabro juego del que todavía no se habían librado.

—Siento interrumpir el momento, Ethan, pero creo que debemos ponernos en marcha, saben dónde estamos. Debemos llegar a la playa, tal vez sea lo más seguro ahora que quedan solo dos horas y aún podemos conseguirlo, ¿verdad? —preguntó con tono de súplica. Él apartó sus cabellos rubios que le tapaban los ojos brillantes como zafiros y acarició su rostro, limpiándole un poco de tierra de la mejilla.

—Claro que sí, Mara. Tú puedes conseguir lo que quieras. ¡Vamos! —exclamó poniéndose en pie para buscar su espada.

—¡Ha sido fabuloso! ¡No puedo creerlo! Ha matado a una de mis mejores

cazadoras del *Festum*, y han acabado con dos cániros. Sin duda, el mejor espectáculo en años.

—Señor, disculpe, pero ha habido un levantamiento. Los humanos se han exaltado demasiado con el *Festum*. Lo estamos controlando, pero ha habido algunas bajas.

—No te preocupes, pronto acabará la *Noche de la Libertad* para esos dos. Se dirigen hacia Riskull, ya me entiendes... Él sí que es implacable. Además, mi hijo se va a reunir con ellos... ¡Imagina una lucha entre los cuatro!

Cogió una especie de teléfono para comunicarse con Caleb, que se encontraba en el bosque.

—¡Caleb! Deja lo que estés haciendo, dirígete a la fábrica abandonada, hay que acabar con esa muchacha. Ya ha tenido su momento de gloria, pero esto se nos va de las manos. Es hora de que el *Festum* termine por este año. ¿Caleb? ¿Me escuchas?

—Sí, padre. ¿No puede ir otro? Estoy terminado con los tres que estaban escondidos en la playa, cerca de los acantilados...

Gornav miró la pantalla de enfrente. Solo quedaban cinco festantes, el sexto había muerto en el agua, devorado por los tiburones a un par de millas de la costa.

—¡Perfecto! Acaba con esos y encuéntrate con ellos antes de que lleguen hasta Riskull, no quiero más sorpresas esta noche, Ninrola ha caído.

Caleb aceleró el paso y se concentró en acabar de manera rápida con esos tres pobres desgraciados. Debía tomar una decisión, o la mataba o dejaba que fuese Riskull quien terminase con su vida... “¿Y si no podía dejar que muriese? ¿Y si no quería matarla?”. Sus pensamientos se disiparon cuando encontró al primer muchacho detrás de las rocas, temblando de frío y miedo. Le agarró la cabeza con ambas manos y le partió el cuello al instante. Otro pobre que estaba escondido saltó sobre él para protegerlo, pero Caleb lo agarró del cuello con una mano y dirigió su boca hasta la yugular. De un solo mordisco le arrancó gran parte del cuello, y después arrojó su cuerpo a las rocas. Todavía temblando y sacudiéndose de dolor entre espasmos, fue engullido por los oscuros acantilados. La tercera era una muchacha que, de puro pánico, se arrojó al mar cuajado de afilados salientes de roca que había

unos metros más abajo. Caleb miró su dispositivo y tan solo quedaban dos luces verdes brillando.

“Misión cumplida, ahora es el turno de los dos últimos”, dijo para sí.

—No debe quedar ni uno —dijo en voz alta para que todos lo escuchasen.

Las sombras eternas de la noche dejaban de serlo a cada minuto que pasaba, los troncos mudaban su rostro más siniestro y volvían a convertirse en criaturas inofensivas que permanecían impertérritas ante quienes caminaban a su lado. Faltaba menos, muy poco, pero el reloj que indicaba cuántos festantes quedaban le quemaba en la muñeca, por el asco y el odio que le producían los vampiros. Solo ellos, solo estaban vivos ellos dos, Melanie debía haber fallecido. Solo esperaba que no hubiese sufrido, su única amiga en esa Isla de Muerte... Al menos le quedaba Ethan. Lo observaba mientras caminaban decididos hacia la costa. Su porte era valiente y determinado. Su rostro, bañado por la perfección masculina, dibujaba una arruga de preocupación. Por lo visto, debían pasar cerca de la fábrica abandonada para poder llegar a la playa del este, la única que tenía muelle y desde la que se podía zarpar en barco. Esa era la última prueba de los vampiros: coger el barco y arriesgarse a que los estuviesen esperando, o dejarlo pasar y morir peleando. Cualquiera que fuese su decisión, implicaba grandes riesgos o terribles consecuencias.

Los dos estaban seguros de querer marcharse de ese lugar, volver al sitio al que pertenecían, empezar de cero y vivir la vida tranquila y libre que les prometieron, aunque para ello tuviesen que pelear hasta el último aliento. Ethan era consciente de que tal vez no pudiesen sobrevivir los dos. Si debían elegir, Mara debía volver con sus padres. Él no tenía a nadie, y sin ella no merecía la pena volver a Isla Menor. Ethan decidió que, ante el más mínimo peligro, se sacrificaría.

La fábrica se presentó ante ellos como un edificio ruinoso, cuyas ventanas estaban todas rotas. Alguien se había entretenido en dejarla así, como la boca mellada de un antiguo pirata de alta mar. Era una estampa más de ese deprimente lugar arrasado por las huestes de vampiros. Fuera como fuese, el edificio infundía mucho más terror conservando ese aspecto abandonado que si hubiese estado reparado. La fábrica había sido una fructífera industria,

centrada en el cultivo de café, pero cuando los humanos cayeron, todas las construcciones y fábricas innecesarias fueron destruidas.

Se acercaron con sigilo, como dos panteras en mitad de la sabana. Mara sabía por boca de Caleb que habría algún vampiro vigilando ese puesto. Ya no le interesaban los dardos, ni siquiera las armas, ya que tenían en sus espadas, ahora lo que querían era llegar a la playa, fuese como fuese, para alcanzar el bote que, una vez amaneciese, les llevase de vuelta a su hogar.

Ethan y Mara se adentraron en una especie de valle con altas plantas de café, que casi les llegaban a la cara. De repente, escucharon como algo los seguía y comenzaba a deslizarse por debajo de los cultivos, ahora salvajes.

—¡Rápido! ¡Algo se acerca! Hay que entrar en ese edificio, allí no podrá cogernos. ¡Corre! ¡Corre, por tu vida, Mara!

La joven sacó fuerzas de flaqueza y consiguió acelerar la carrera hasta que consiguieron llegar a la vieja fábrica. Cerraron las puertas, y se quedaron dentro, a oscuras. Lo que quiera que fuese que los había perseguido había desistido, tal vez ese no fuese su territorio de caza.

El edificio estaba en ruinas, las paredes tenían muchas humedades, olía a cerrado y a algún animal putrefacto que se descomponía en alguna esquina. Ethan buscó los interruptores de la luz y, al tocarlos, se iluminaron algunas débiles bombillas que todavía colgaban de las lámparas, que titilaron, tímidas, ante la llegada de los humanos. No quisieron adentrarse mucho puesto que en cuanto pasasen unos minutos, y estuviesen seguros de que aquello que los había acechado en los cultivos se hubiese ido, correrían hasta llegar a la playa de poniente.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Mara, impaciente.

—Esperar, mi vida. Hay algo fuera que no me ha gustado nada. He sentido un escalofrío que me ha recorrido el cuerpo. Mucho me temo que será alguna criatura que no conocemos, otra fiera del *Festum* que nos han reservado para el final. Solo quedamos tú y yo, y estoy seguro de que quieren sorprendernos.

—¡Mira! —Mara alzó la voz, había encontrado un asiento y una mesa. Junto a la mesa, había un rifle de larga distancia, munición y los dardos tranquilizantes—. Ya que estamos aquí, deberíamos coger algo de esto, podríamos derribar a eso que nos acecha fuera.

—No te fíes, puede ser una trampa...

No hubo acabado de decir esas palabras, cuando escucharon un crujido cerca, en la misma habitación en que se encontraban, pero cuya amplitud no les permitía ver que algo los acechaba y estaba ahí mismo, aproximándose. Mara pudo vislumbrar el reflejo de una mirada asesina, una mirada que ya había visto antes en otro ser durante la primera vez que se habían visto.

—Ethan... —dejó escapar Mara, a modo de advertencia.

—Lo sé.

Antes de que se moviesen siquiera, el vampiro pasó rozando a Ethan, le arañó con sus uñas en la herida. Después volvió a perderse en las sombras para reanudar su baile de muerte. Esta vez cortó un mechón de pelo de Mara y volvió a desaparecer. Ethan tapó su herida con la mano, ya que empezaba a sangrar de nuevo. El corte era muy reciente, le escocía, pero no le hizo caso. Ese tipo quería desquiciarlos. Pensó que debían huir, pero ya era muy tarde, estaban a su merced.

—Pobres pajarillos perdidos. Tengo entendido que sois los últimos. Es una verdadera lástima haber caído en mi trampa —dijo Riskull arañando la pared con sus afiladas uñas mientras se acercaba a ellos.

Había tanta maldad en ese rostro que apenas si se distinguía la locura que sembraba su aspecto, su mirada les heló la sangre. Al principio, no pudieron reaccionar, inmóviles como todo aquel humano que se hubiese cruzado alguna vez con Riskull. Ambos comprendieron que ese ser era el más desconcertante y peligroso a los que se habían enfrentado. Mara se colocó delante de Ethan, sabía que, si el joven podía, se quedaría allí para permitir que ella huyese. Sabía lo noble y valiente que era, por eso tomó esa posición, no pensaba pasar el resto de sus días lamentándose por haberlo perdido.

—¿Quién quiere morir primero? —preguntó el vampiro en tono burlón.

—¡Tú! —espetó Mara, apuntándole con el dedo.

Parecía que esa era la provocación que el engendro del mal esperaba recibir para decidirse a atacarles. Corrió hacia donde estaba Mara, pero cuando estuvo cerca, saltó sobre la pared lateral, tomó impulso en el aire, sobre sus cabezas, y atacó a Ethan, derribándolo sin siquiera rozar a Mara. La

muchacha, que había seguido la trayectoria de la criatura en el aire, se giró con rapidez y trató de asestarle un golpe, pero era tan rápido que no le rozó siquiera. El vampiro comenzó a forcejear con Ethan, hasta que consiguió tumbarlo boca abajo.

—Ahora vas a saber lo que se siente cuando se te escapa la vida a chorros.

El vampiro levantó el rostro y sus enormes incisivos aparecieron, pero antes de que pudiese morderlo, Mara saltó sobre él y empezó a golpearlo con todo lo que encontró. El vampiro se zafó de ella dándole un terrible derechazo en la cara, haciendo que los orificios de la nariz se cuajasen de sangre. Cuando Mara pudo reaccionar, ya estaba a varios metros de distancia, a los pies de otra figura que los había observado sin tomar partido hasta entonces.

—¡Caleb! —chilló con sorpresa. El vampiro casi no la miró, la ayudó a levantarse, mientras contemplaba cómo Riskull se posicionaba para morder a su amigo. Por él lo hubiese dejado morir, pero sabía que Mara no quería perderlo, y en ese momento descubrió que por nada del mundo quería que ella se sintiese desdichada. No le respondió. Se dirigió caminando con pasos seguros y regios, como solo él sabía hacer, de un modo capaz de hipnotizar a quienes le contemplasen.

Un sorprendido Riskull alzó la mano para saludarlo. Ahora que había llegado su mejor amigo, su hermano, sería pan comido.

—¿A quién prefieres? —preguntó Riskull agarrando e inmovilizando a Ethan con un solo brazo.

Caleb continuó caminado y, cuando los rebasó, lanzó un objeto irreconocible en la oscuridad y destruyó la cámara que lesgrababa.

—¿Qué haces, Caleb? Tu padre te va a matar. Sabes que su momento favorito es cuando muere el último festante... ¿Por qué has inutilizado la cámara?

—Hermano, sabes lo que eres para mí, pero no puedo permitir que la mates. Lo siento, sé que nunca me perdonaré por esto, pero lo que albergo en mi interior hacia ella es incontrolable, no se puede contener. Has sido mi mejor amigo y siempre te recordaré.

Riskull, confuso y fuera de lugar, atónito ante las palabras de su mejor

amigo, intentó levantarse, darse la vuelta para ver si había entendido bien lo que le había dicho Caleb. Entonces, el vampiro sacó su espada del cinto y le rebanó la cabeza de un solo golpe. Cuando el cuerpo de su amigo cayó al suelo, se arrodilló a su lado, y destrozado por lo que acababa de hacer, comenzó a llorar. Miró a Mara y le gritó:

—¡Ves lo que me has hecho hacer! Jamás en todas las vidas de un vampiro hubiera dicho que yo acabaría con su vida. ¡Yo!, que hasta hace unos días hubiese dado mi vida por la de él. ¿No es esta prueba suficiente?

—¿De qué? Una prueba, ¿de qué? —preguntó Mara acercándose. Ethan estaba confundido, ese vampiro conocía el nombre de Mara, y ella también parecía conocerlo a él.

—Una prueba de que lo que pasó la otra noche no fue fruto de la casualidad, una prueba de que no he podido dejar de pensar en ti, de que he destruido todo en lo que creo porque me has envenenado con tu ser. No podré volver, lo que he hecho se castiga con la muerte, no importa quién sea mi padre. Una prueba de eso, ¿cómo lo llamáis los humanos? ¡Ah, sí! ¿Amor?

—Yo... no sé qué decir —dijo apoyando su mano en el hombro del vampiro, que se retiró como si le quemase. Se levantó y la miró fijamente, como si fuese capaz de ver su alma desnuda, arrebatársela y marcharse con ella. La dejó sin voluntad.

Acercó su mano al rostro de la joven, y lo acarició con el envés de su mano, no con la palma. Mara fue cerrando los ojos lentamente, hasta que él le besó en la frente. Entonces le susurró en el oído:

—Me he dado cuenta de que no puedo ni quiero vivir sin ti, te necesito. Eres esa persona que he estado esperando toda mi vida, tenía que salvarte, costase lo costase. Te juro que lo he intentado, he tratado de no inmiscuirme en estos juegos, de que fuese otro el que te matase... ¿Recuerdas cuando me preguntaste si, llegado el momento, podría matarte? Yo lo supe desde entonces, jamás seré capaz de hacerte daño. Mara, tienes un poder sobre mí, estoy a tu merced.

Mara lo abrazó y hundió su cara en el poderoso pecho del vampiro. Sus brazos la abrazaron con tanta fuerza que le pareció que cambiaba de idea e iba a asfixiarla. Ethan había permanecido en silencio todo el rato, sin saber qué

hacer o qué decir, ni siquiera ellos mismos sabían lo que ocurría, a dónde les conducía aquello. Pero creyó saber de qué se trataba: entre ellos había existido algo, una relación amorosa. Entonces, decidió que no se rendiría, que lucharía por Mara. Ella no pertenecía a ese lugar, se merecía ser libre.

—Debemos darnos prisa, Mara, va a amanecer en media hora. La playa está a varios kilómetros. ¡Hay que marcharse!

—Este es Ethan, un amigo de Isla Menor, un antiguo festante que sobrevivió a su *Festum*. —aclaró Mara, como justificando la presencia del festante.

—Lo sé, os vi el día que salió la lista de los festantes, reconocí el brillo en tu mirada al verlo de nuevo. Sé que viene de donde tú te has criado, eso no impide que tenga que matarle. Te he dicho que no puedo acabar contigo porque te necesito, pero él no entra en el lote.

—No, Caleb, ¡por favor! ¡Te lo suplico, déjale con vida! Yo me quedaré en su lugar, se lo debo. Ha arriesgado su vida para volver a participar en el *Festum* y así poder llevarme de nuevo con mis padres. No merece morir.

Caleb sonrió, levantando una ceja, como no creyéndose esa trola. Lo de sus padres no le encajaba. Caleb conocía la naturaleza de los hombres, y ese tipo había vuelto a por Mara porque era increíble, porque nunca encontraría una mujer como esa en toda la faz de la tierra.

—La quieres, ¿verdad?

—Sí, desde mucho antes que tú —respondió Ethan con sequedad.

—Entonces solo podrá quedar uno a su lado, y no vas a ser tú.

—Cuando quieras...

—¡Caleb! ¡Mírame! Te lo ruego, te lo suplico, déjale, jamás podré estar contigo si te veo acabar con su vida.

Los dos la miraron extrañados. Mara había expresado su intención de estar con Caleb en vez de con Ethan.

—¡Ethan! ¡Detente tú también!

—¡Lo siento! —dijeron al unísono, enzarzándose en una pelea.

Era evidente que Caleb era más fuerte, pero ninguno de los dos trató de

usar un arma, estaban peleando con sus puños y piernas. Caleb le dio un puñetazo a Ethan en la cara, y el joven le devolvió otro que le hizo girar la cara con brusquedad a causa del impacto. Una sucesión de tortazos les sobrevino, hasta que Caleb fue cogiendo ventaja y pudo coger la cabeza de su oponente entre su brazo y antebrazo. Esa llave lo asfixiaría en pocos segundos. La cara de Ethan se estaba volviendo de color violeta, le quedaba poco tiempo. Caleb no escuchaba los gritos de Mara para que lo soltase. De repente, un dolor agudo y penetrante le atravesó, y no tuvo más remedio que soltarle.

Ethan volvió a respirar aliviado mientras veía a Mara sujetando un arma entre sus manos.

—¿Qué me has hecho? —gritó Caleb.

—¡Detenerte, para que no hagas algo por lo que nos arrepintamos toda la eternidad!

—Pero, ¿de dónde has sacado eso?

—Es el arma de uno de los festantes que tú y tus amigos os habéis cargado hoy. No te preocupes, no te matará. Es una bala recubierta de nitrato de plata. Te dolerá y no podrás caminar para perseguirnos, también te proporcionará una coartada para tu padre. Le puedes decir que nosotros destrozamos la cámara y os atacamos, pero que tú sobreviviste. Lo siento, Caleb, tal vez en otro lugar, en otro tiempo u otra vida podríamos haber sido algo... Pero no así, no aquí, entre el dolor, el caos y el sufrimiento de los de mi especie. Espero que lo entiendas, el que me marche no significa que... bueno, no significa nada, ya me entiendes. Pertenezco a un lugar del que jamás debí haber salido, solo eso. Nunca debimos conocernos, nuestros caminos no debieron encontrarse. Somos muy diferentes y no creo estar preparada para esto, no después de lo que he visto esta noche.

Se agachó y le besó con dulzura en los labios. Caleb se dejó envolver por sus labios e intentó retenerla agarrándola de su mano. Finalmente, la soltó cuando se dio cuenta de que tenía razón, su amor era una locura, algo inclasificable en el mundo en que vivían.

—Te recordaré cada día... —susurró él.

—Y yo... —le respondió, dirigiéndose hacia la puerta acompañada por

Ethan, que había cogido una escopeta de dardos tranquilizantes por si encontraban alguna compañía no deseada de camino a la playa. La claridad del sol comenzaba a colorear el paisaje, las copas de los árboles volvían a intuirse de color verde, y algún pajarillo comenzaba su frenética actividad.

—¿No hay ninguna posibilidad de que te quedes conmigo? —Caleb se rio ante su propia estúpida pregunta. Mara lo miró desde la puerta e hizo un gesto negativo con la cabeza, le sonrió y le lanzó un beso.

—¡Quédate dentro hasta que vengan a por ti! está amaneciendo, no quiero recordarte como un montoncito de cenizas.

Se dio media vuelta y cerró la puerta. Nada más cerrarla, sintió como si una espina se clavase en su alma, una pequeña opresión recorrió su pecho. Estaba tan guapo allí, indefenso y herido, que sintió ganas de volver a abrir la puerta y besarlo de nuevo, abrazar su cuerpo como ya había hecho y permanecer acostada a su lado recorriendo los músculos de su abdomen mientras él le hablaba.

Tras caminar un buen rato, comenzaron a descender la colina que desembocaba en la playa, con el primer anillo de fuego del sol saliendo tras sus espaldas. En la playa encontraron el bote que los llevaría a Isla Menor. No había ninguna figura en él, parecía que nadie lo vigilaba. Cuando al fin se acercaron al bote, supieron que esta vez sí eran libres de nuevo, que los vampiros no podrían hacerles nada ahora que habían ganado el *Festum*. Subieron aprisa, Ethan tomó los mandos del bote mientras los motores comenzaban a rugir y él comprobaba las coordenadas a las que se dirigían. Ella se sentó en uno de los asientos blancos de piel que había junto a la zona de mando del barco. Miró satisfecha hacia Isla Muerte, mientras la brisa marina comenzaba a mecer sus cabellos. Recordó el día que la arrebataron de sus padres, el día que prometió que saldría de allí, que volvería a ser libre. Al fin lo había conseguido, al menos era libre físicamente, porque su mente permanecería mucho tiempo en la habitación de ese castillo donde estuvo con Caleb.

Ethan se agachó y la besó. Mara supo así que él no quería saber nada de lo que hubiese pasado con Caleb, que ahora ellos empezaban una nueva vida juntos. El reflejo anaranjado del amanecer se entremezclaba en sus cabellos cortos y dorados, la brisa del mar le sentaba bien al joven. Incluso herido y

cansado, seguía siendo increíblemente atractivo, era muy afortunada. Entonces, ¿por qué no se sentía del todo feliz? ¿Su historia con el vampiro la habría marcado para siempre? ¿Jamás conocería la felicidad?

El sol comenzó a acariciar las paredes de la fábrica abandonada, Caleb no podía moverse. Mara había sido muy astuta, había evitado que matase a ese joven, ese con el que se había marchado. Se ayudó con los brazos y se apartó de la ventana, pronto entraría la fuerte luz del sol y no quería sentir cómo se abrasaba. Ya había pedido auxilio por radio. Su padre, colérico por cómo se habían desencadenado los acontecimientos, le envió una patrulla de guardias para sacarlo de allí. Caleb no estaba enfadado con Mara, sabía que su historia era muy difícil, imposible, pero él, que siempre lo había tenido todo, cuyos deseos habían sido colmados de inmediato desde su más temprana infancia, deseaba algo por encima de todo en el mundo: la quería a ella, la necesitaba, costase lo costase. Había rozado el edén y ahora tenía que conformarse con el infierno. Miró a la celeste claridad que se posaba en el cielo, como un gran telón de fondo, y lanzó una promesa al aire:

—Voy a buscarte, Mara. Dondequiera que vayas te encontraré, porque tú sabes como yo que la esencia de mi ser y del tuyo se han unido de una manera incontrolable que va más allá de nuestros deseos u obligaciones. No te preocupes, te demostraré que soy digno de ti y que voy a luchar hasta el fin de mis días por recuperarte.

AGRADECIMIENTOS

Querido lector, muchas gracias por leer esta historia que ha sido escrita con todo el cariño y el esfuerzo del mundo. Deseo que hayas disfrutado con la lectura, de ser así, me encantaría que pudieses dejar un comentario en Amazon para que el resto de lectores puedan guiarse por tu experiencia con esta historia y la descubran de tu mano.

Si te entró el gusanillo por descubrir alguno de mis otros libros, comentarme algo directamente, o conocer algunos de mis otras novelas y noticias, puedes seguirme en las siguientes redes sociales:

Facebook: busca Rafael Alcolea Harold

Twitter: @RafaelAlcolea

Instagram: @rafaelalcolear

Blog-web: <http://rafaelalcolea.blogspot.com.es/>

Email: rafaalalcolear@gmail.com

¡MUCHAS GRACIAS!

